



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
COLEGIO DE LETRAS MODERNAS

## TRASLACIÓN INTERCULTURAL DEL CUENTO “SERATINA” DE NICCOLÒ AMMANITI Y LUISA BRANCACCIO.

**TRADUCCIÓN COMENTADA  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO  
DE LICENCIADA EN LENGUA  
Y LITERATURAS MODERNAS  
(LETRAS ITALIANAS) PRESENTA:**

**ERIKA RIVADENEYRA SOLANO**

ASESORA:

DRA. MARÍA PIA ZANARDI LAMBERTI LAVAZZA



FACULTAD DE FILOSOFÍA  
Y LETRAS

• CIUDAD UNIVERSITARIA 2012 •



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**ASESORA:**

---

DRA. MARÍA PIA ZANARDI LAMBERTI LAVAZZA

**SINODALES:**

---

DRA. TATIANA ALEJANDRA EDILIA SULE FERNÁNDEZ

LIC. JOSÉ LUIS BERNAL ARÉVALO

LIC. ELEONORA MARÍA ANTONIETA BIASIN

LIC. ELETTA LEONI

*Bruno siempre dice que, por desgracia,  
la vida la hacemos en borrador. Un  
escritor puede rehacer algo imperfecto  
o tirarlo a la basura. La vida, no:  
lo que se ha vivido no hay forma de  
arreglarlo, ni de limpiarlo, ni de tirarlo.  
¿Te das cuenta qué tremendo?*

**Alejandra Vidal Olmos,  
en *Sobre héroes y tumbas*,  
de Ernesto Sabato.**

*I am up in the clouds  
And I can't and I can't come down  
I can watch and cant take part  
Where I end and where you start*

**Radiohead.**

# AGRADECIMIENTOS

---

A lo Alto, por permitirme concluir este trabajo; porque sólo Dios sabe cuándo es el momento perfecto para que ocurran las cosas.

Este trabajo está dedicado especialmente a mi mamá, María Guadalupe Solano. Gracias por creer en mí, por enseñarme a ser independiente y por darme siempre la libertad de elegir mi camino. Gracias también por haberme inculcado el placer de la lectura desde pequeña; es un tesoro que pasará de generación en generación.

Dedico este trabajo a Rosa María Solano (†), mi segunda madre, porque si algo me enseñó es a perseverar en mis objetivos, a ser disciplinada, a hacer bien las cosas. Creo que este trabajo es el mejor ejemplo de ello y es para ti, mamá.

También dedico este trabajo a Carlos Morales, mi complemento, mi apoyo, mi pareja en esta vida, porque sin ti no habría terminado este proyecto que también es tuyo. Gracias por despejar dudas, cuidar el diseño y cada detalle de este trabajo. Es un honor tenerte a mi lado.

A mis más grandes maestros en la universidad: la doctora María Pia Zanardi Lamberti Lavazza y el maestro Agustín Cadena. A ustedes agradezco las mejores enseñanzas y lecciones aprendidas, y el amor y cuidado que siempre le han dado a sus clases. Son una gran inspiración para mí.

Agradezco especialmente a Aarón Colín, mi querido amigo que me ha acompañado en tantas vidas, por los años en la facultad, por tantas y tantas lecturas compartidas y por siempre apoyarnos mutuamente.

A Rafael (†) y Adrián Solano, porque sin su sacrificio económico no habría podido hacer el diario viaje hasta la universidad.

A toda mi familia, tíos, primos, sobrinos y personas que de formas misteriosas han colaborado en esta tesis, especialmente a mis grandes amigas, Claudia Labastida y Alicia Gerena, por las aventuras y experiencias vividas, por los sabios consejos cuando el entendimiento no daba para más.

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Propósito del trabajo                                 | 7   |
| I. Gioventù Cannibale: sus características y contexto | 12  |
| II. La Teoría del Skopos                              | 18  |
| III. Algunas dificultades y cambios                   | 38  |
| IV. Frases y expresiones idiomáticas y metáforas      | 55  |
| V. Conclusión   | 67  |
| VI. Bibliografía                                      | 72  |
| VII. Nohecita   | 77  |
| VII. Seratina   | 121 |

## PROPÓSITO DEL TRABAJO

En la época actual la traducción forma ya parte de la cotidianeidad. Estamos tan acostumbrados a la globalización, al Internet, a la multiplicidad de lenguas que nunca nos planteamos una cuestión fundamental: ¿por qué existen tantas lenguas y no una sola? ¿Por qué no existe una semilla o un microchip instalado en cada humano para poder comunicarse en la misma lengua? Y en la misma línea: ¿por qué la diversidad de lenguas tiene tantas manifestaciones que hacen que esta vía de comunicación se vuelva todo lo contrario, es decir, un vehículo de confusión?

La tradición judeocristiana tiene una respuesta fatídica a estas preguntas: el mito de Babel. Los nueve primeros versículos del capítulo 11 del Génesis son muy conocidos:

Era entonces toda la tierra de una sola lengua y unas mismas palabras.

Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí.

Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla.

Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuésemos esparcidos sobre la faz de la tierra.

Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos tienen un solo lenguaje; y han empezado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer.

Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió

Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.<sup>1</sup>

Rebelión, diseminación, soberbia, desobediencia, arrogancia, castigo, son sólo algunos conceptos que se manejan en torno a este mito. En los primeros versículos de este relato sobre Yahvé se da la idea de unión y pertenencia universal perfecta, y el deseo de construir una edificación que le diera fama y reconocimiento a los hombres para no ser dispersados y evitar la amenazadora desunión (aunque en otras versiones se maneje lo contrario, como si la dispersión fuera algo positivo). Más adelante se menciona por segunda ocasión la unidad lingüística de los hombres, y esta vez proviene del mismo Yahvé, quien se muestra temeroso y preocupado por la decisión de los hombres de *hacer* lo que piensan. Y esa capacidad de ejecutar, esa fuerza, radica en su lengua única. La sutil y efectiva venganza del Señor es dispersarlos sobre la faz de la tierra y así desmembrar la lengua única original y edénica de los hombres, destruir el poder del entendimiento natural entre ellos: la pluralidad de lenguas se convierte en una muralla, en algo antinatural.

Es así como esta "maldición babilónica" ha recorrido la historia hasta nuestros días. No por nada en la Edad Media, en donde el acercamiento a Dios se hacía por medio de las traducciones realizadas en los monasterios, la traición a la fidelidad de la palabra del Señor era vista con ojo crítico y mano de hierro, causando gran pesar a los traductores que no debían alejarse de la literalidad de la obra.

Muchas teorías de la traducción se han desarrollado a lo largo del tiempo, algunas más apegadas al criterio de traducción literal que otras o con puntos de partida diversos, entonces; ¿cómo traducir?, ¿bajo qué guía o método? Como apunta Umberto Eco en *Dire quasi la stessa cosa*:

Ma il concetto di fedeltà ha a che fare con la persuasione che la traduzione sia una delle forme dell'interpretazione e che debba sempre mirare, sia

---

<sup>1</sup> Charles C. Ryrie, *Biblia de estudio Ryrie*, p. 36.



pure partendo dalla sensibilità della cultura del lettore, a ritrovare non dico l'intenzione dell'autore, ma l'intenzione del testo, quello che il testo dice o suggerisce in rapporto alla lingua in cui è espresso e al contesto culturale in cui è nato.<sup>2</sup>

Esto lleva a pensar que hay que saber *sentir* y *escuchar* el texto, no sólo analizarlo, descifrarlo y recodificarlo para así poder comunicar su intención misma, pues al fin y al cabo la semilla de la comunicación germina en cada uno de los hombres.

Con estas reflexiones no se quiere insinuar que la multiplicidad de lenguas y, por lo tanto, de culturas, sea una desgracia, el origen de los males de la comunicación que nos aqueja. Todo lo contrario, es sólo hacer un recorrido histórico, mítico y primigenio de un aspecto poco mencionado y que, por ende, engloba la actividad traductora. Me parece que si el mundo tuviera una sola lengua —lugar monocromático, monolingüístico y monocultural— sería una pesadilla y un aburrimiento insufrible. Por eso las traducciones, adaptaciones e interpretaciones son las acuarelas con las que podemos darle más vida, riqueza y color al entorno que nos rodea.

Mi inquietud por la traducción nace al leer libros de autores escoceses traducidos al español peninsular, en especial a Irvine Welsh, autor de *Trainspotting*, y darme cuenta de lo alejado y artificial que resultaban esas traducciones contra el original. Pensé en cómo sería una traducción en español mexicano (después sabría que es una traslación intercultural o culturizada) y qué tan bien podría resultar ese experimento, así que decidí aplicarlo en un texto de un autor que me gustara, y sobre todo en un texto que se prestara para ese fin. En este caso elegí "Seratina" de Niccolò Ammaniti y Luisa Brancaccio. Para poder lograr esta traslación utilicé no sólo el español mexicano, sino un lenguaje con topología lingüística de la Ciudad de México adaptada a los tiempos contemporáneos. En este trabajo realizo

<sup>2</sup> Umberto Eco, *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*, p. 16.

una traslación culturizada basada en la Teoría del Skopos presentada por Hans J. Vermeer y Katharina Reiss en 1978 en el tratado *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*, que propone una teoría, como el mismo nombre lo indica, *funcionalista*, regida por un escopo. El fin principal de ésta es el *propósito* de la traducción, y en este caso en particular es que todas las ideas expresadas en el texto de partida sean entendidas y asimiladas por los lectores mexicanos de la Ciudad de México bajo las normas de su cultura; es decir, si una situación o costumbre específica de un lugar no corresponde a un equivalente exacto en la lengua meta, es posible hacer los cambios tanto en tiempo, lugar y espacio pertinentes siempre y cuando el mensaje emitido sea decodificado en los mismos parámetros en ésta.

Este tipo de traslaciones interculturales son arriesgadas, no sólo por el debate que se genera acerca del respeto a la fidelidad del texto de partida, sino porque, evidentemente, este tipo de traducción sería más restringida y se publicaría sólo en ciertas áreas geográficas en las cuales tendría una difusión localizada.

El propósito de este trabajo es demostrar que es posible traducir o trasladar un texto literario con la Teoría del Skopos de manera exitosa, sin pérdidas significativas, y que acerquen y sumerjan más al lector ideal al que va dirigido el texto. El texto fue trasladado de manera cuidadosa, sin que se haya eliminado la crítica social, sello característico del cuento, ni la ironía con que se manejan las situaciones, ni el lenguaje coloquial con el que se expresan los personajes; sólo se cambió el contexto, el "paisaje", algunos factores temporales y las situaciones que conlleva este cambio. El objetivo es permear al lector de una realidad propia, adentrarlo más en el texto, tomarlo en cuenta para hacerle sentir que esa situación es tan suya como lo es para los lectores del texto en su lengua original, y esto sólo se puede lograr cuando el mismo texto se presta para ser transformado en otra realidad sin pérdidas ni cambios drásticos. Cabe señalar que con este trabajo no se pretende hacer un análisis lingüístico o profundizar en teorías

traductológicas, sino comentar las dificultades y las decisiones tomadas en el proceso de trascurturización.

En este trabajo se presentan las características de la obra, un marco teórico, una muestra de algunos cambios y dificultades específicos, un muestrario de frases y expresiones idiomáticas, la traslación misma y su bibliografía. En la muestra se exponen las dificultades que encontré a la hora de realizar la traslación, los retos que se presentaron y sus soluciones. Además de esto, conté con la colaboración del traductor ibérico Juan Vivanco, responsable de la única traducción española de este texto bajo el sello editorial Mondadori, quien muy amablemente me proporcionó su trabajo. No es mi intención realizar una comparación entre ambas traducciones, sin embargo utilizaré algunos casos para ejemplificar mejor mi trabajo. También es necesario decir que conté con el apoyo de la escritora Luisa Brancaccio, quien contestó mis mensajes y explicó varios aspectos de esta obra escrita a cuatro manos.

## I. GIOVENTÙ CANNIBALE: SUS CARACTERÍSTICAS Y CONTEXTO

En Italia, en el año de 1996, salió a la venta una recopilación de cuentos llamada *Gioventù cannibale* editada por la casa editorial Einaudi, en la colección Stile Libero. En total son 11 cuentos divididos en tres secciones: *Atrocità quotidiane*, *Adolescenza feroce* y *Malinconie di sangue*. Algunos nombres de autores con los que el público se ha ido identificando son: Niccolò Ammaniti, Daniele Luttazzi, Aldo Nove, Andrea Pinketts, Matteo Galiano, entre otros. A Niccolò Ammaniti y a Luisa Brancaccio les tocó el honor de inaugurar la sección *Atrocità quotidiane* con su cuento al alimón "Seratina". El éxito de esta publicación no se hizo esperar. Era muy atractivo el hecho de que una casa editorial tan seria como Einaudi sacara una recopilación tan desafiante. Los editores hacían referencia a un nuevo movimiento literario: "I Cannibali", y el libro se vendió en cantidades enormes gracias a su título llamativo. Sin embargo, dejó un mal sabor de boca. Los cuentos no estaban hilados entre sí y la sangre que corría por las líneas no tenía una buena justificación; la calidad, de un cuento a otro, variaba considerablemente y la mayoría de los autores dejaron el camino de la literatura algunos años después. Se estaría entonces hablando de furor, de moda.

El concepto de moda en el ámbito literario y artístico no es muy bien visto: un libro de moda no es tomado como un objeto digno de atención. Si se habla de un movimiento literario, éste es bien visto, pero si se habla de moda, nunca será tomada en serio. Sin embargo, como bien dice Emanuele Trevi en *Il Manifesto* y en el mismo prólogo de la segunda reedición a diez años de la publicación de los cuentos: "Eppure, si potrebbe osservare, proprio perché la si depreca con tanta convinzione si riconosce alla moda la sua potenza".<sup>3</sup> No hay que olvidar que la moda va de la mano con la

---

<sup>3</sup> Emmanuel Trevi, prólogo a la segunda edición de *Gioventù cannibale*, en [www.orepiccole.org](http://www.orepiccole.org)

muerte, como Trevi pone en evidencia con el ejemplo del "Dialogo della Moda e della Morte" que aparece en las *Operette morali* de Leopardi, y se pregunta: ¿por qué el autor habría puesto a dialogar una de las cosas más importantes de la existencia humana y el aspecto más frívolo de esta misma existencia? Tal vez porque la muerte está privada de lenguaje, al contrario de la moda, y sin embargo, la moda se comporta de manera parecida a la muerte, puesto que destruye rápidamente, transforma el presente en pasado. Trevi señala a la moda, con respecto a la muerte, como "il suo significante" como si ambas fueran un signo: una misma forma que no se puede separar. También señala que, viéndolo desde otra perspectiva, el diálogo entre la moda y la muerte es el verdadero misterio de la existencia humana, ya que si la muerte de esta existencia es el último significado, entonces la moda no es tanto su opuesto, sino su manifestación. En las mismas *Operette morali* se observa cómo la moda sirve a la muerte para sus fines:

Moda: E mi pare a proposito che noi per l'avanti non ci partiamo dal fianco l'una dell'altra, perché stando insieme in compagnia, potremmo consultare insieme secondo i casi, e prendere migliori partiti che altrimenti, come anche mandargli meglio ad esecuzione.<sup>4</sup>

Trevi dice que, si esto es verdad, entonces los "libros de moda" tendrían que ser considerados con cautela, puesto que en ellos se manifiesta y plasma la realidad. Es aquí donde entra *Gioventù cannibale*, antología que fue bien recibida, pero que más tarde fue criticada severamente por los especialistas en literatura. El editor de la primera antología, Daniele Brolli, etiqueta a sus narradores como "i giovani cannibali" y añade en el prólogo a este libro que la antología es "il segnale di una svolta dell'immaginario".<sup>5</sup> El editor habla también de "uno stile", "una atmosfera" de afinidad entre los

<sup>4</sup> Giacomo Leopardi, *Operette morali*, p. 33.

<sup>5</sup> Daniele Brolli, prólogo a la primera edición, *Gioventù cannibale*, p. X.

textos que se presentan. A pesar de que es evidente para cualquier lector que la distancia entre uno y otro cuento es enorme, también es cierto que un punto en el que todas las líneas se tocan es el lenguaje. Todos tienen un lenguaje común narrativo y, además, una idea clara del tipo de violencia que se maneja. En la base conceptual de la antología se tiene, como primera cosa, la violencia. Sin embargo, este tipo de violencia es muy preciso: es una violencia sin motivo, sin trasfondo psicológico, sin sentido, sin una relación entre delito y castigo, es una violencia que es, existe y punto.

Por un lado, este tipo de literatura es llamativa, pero tal vez por eso mismo el libro termina siendo flojo. Este tipo de literatura no puede calificarse de "malo", porque es a todas luces el reflejo de lo que se vive en la sociedad y de los pocos valores que se respetan, aunque en su afán por mostrarse radicales e innovadores, muchos de estos narradores terminan siendo moralistas sin que ésta sea su intención última. Otro punto importante es que muchas veces esa falta de trasfondo psicológico en la violencia se traduce más como un problema de naturaleza técnica que como un tema a tratar; es decir, la violencia invade todo el cuento y lo deja sin argumentos, la violencia se vuelve el argumento mismo y ésta es insuficiente para constituir un cuento fuerte. El problema que surge ante la "neutralidad" de esta violencia es que tampoco se hace la distinción entre lo trágico y lo cómico. Como dice Trevis:

E visto che il tragico e il comico, fin dalla notte dei tempi, obbligano a una precisa scelta del campo stilistica, più o meno "alta" o più o meno "bassa" a seconda delle particolari intenzioni, a questo regime di confusione deve per forza (al meno nei casi migliori) corrispondere una conseguente ambiguità linguistica.<sup>6</sup>

Al hablar del lenguaje que caracteriza estos cuentos es necesario decir que tal vez estos escritores no hayan retomado modelos literarios italianos

<sup>6</sup> E. Trevis, *op. cit.*

ni los hayan reelaborado. Sin embargo es necesario observar cómo los cómics de los años setenta y ochenta influyeron en el lenguaje literario italiano y cómo un proceso de metamorfosis y de hibridación empezó gracias a revistas como *Il Male*, *Cannibale* y *Frigidaire*, entre otras. Es cierto que en aquella época el uso de este tipo de lenguaje buscaba otra clase de objetivos, se buscaba otra dimensión del lenguaje, con un sentido diferente y los que lo usaban se alejaban de moralismos de cualquier tipo. Sin embargo todo este proceso influyó de manera decisiva sobre la nueva "generación pulp".<sup>7</sup>

Como Trevi dice, tal vez la verdadera "svolta dell'immaginario" de estos escritores sea que esta recopilación está escrita no sólo como una prolongación del cómic, sino que descubre en su propio lenguaje una nueva tonalidad de la lengua en la que se nota una tragicómica pobreza de las palabras sin miedo a las reticencias o al desperdicio.

Fulvio Panzieri opina:

È ben strano il giornalismo culturale italiano sempre in cerca di "non eventi" da sbattere in prima pagina. Così, se fino a qualche tempo fa, toccava ai grandi capolavori essere ricordati e riletti in pompa magna [...] ora ci si lascia andare all'effetto vintage, con il risultato paradossale che non si ricordi una meritoria opera letteraria, bensì la grancassa pubblicitaria che intorno ad un modesto fenomeno è stata creata dal giornalismo culturale stesso. [...] dieci anni fa si inventavano slogan per pubblicizzare la nascita di un presunto gruppo di scrittori in grado di cambiare il destino della letteratura italiana [...].<sup>8</sup>

Sin embargo, este libro llegó a formar parte de las antologías escolares de la historiografía literaria italiana. El crítico Alessandro Canzian hace hincapié en que no es necesario entrar en la polémica de si es literatura "alta"

<sup>7</sup> Se les llamó así debido a los pasquines publicados en papel de muy baja calidad (de ahí el nombre) en Estados Unidos en los años 50. En estas novelas de bajo costo se narraban e ilustraban historias sensacionalistas de pasión y crímenes extremadamente violentos.

<sup>8</sup> Publicado en la tercera página de la revista *Avvenire*, en [www.orepiccole.org](http://www.orepiccole.org).

o "baja", sino observar cómo el resto del mundo toma en cuenta este tipo de literatura. Canzian habla "degli stessi libri che qui da noi si scontrano col muro di gomma dello snobismo accademico, del disdegno e della 'fine della letteratura'". El éxito de estos libros ha causado reacciones divididas: si por un lado gustan al público, la crítica los rechaza, y si no gustan, la crítica los exalta (por herméticos o incomprendidos) y los califica de "libros serios". Parece que ser leído por muchos es una desgracia.

Canzian reitera que al leer la crítica italiana parece como si en ese país no se publicara o no existiera nada bueno. Pero ¿qué sucede con otros países? Es sabido que en lugares como Alemania, Inglaterra o España se traduce a estos autores con éxito y es fácil ver la aceptación que tienen en las reseñas que se hacen en los periódicos. Para ejemplificar lo antes dicho, en Estados Unidos, particularmente en la Universidad de Cambridge (en un convenio con la Harvard University<sup>9</sup>), existe una clase llamada "Il testo in movimento: themes and techniques in Italian film and literature", en donde se trata desde Calvino y Pasolini hasta Ammaniti.

Con estos ejemplos se puede hablar no de una literatura "baja" sino de una literatura que refleja las condiciones y factores en que se desenvuelve la sociedad contemporánea.

## Los autores

### *Niccolò Ammaniti*

Niccolò Ammaniti nació en 1966 en Roma. Estudió biología, pero nunca concluyó los estudios. En 1994 publicó *Branchie!* en la editorial Ediesse y en 1997 en Einaudi. Esta novela obtuvo éxito y fue adaptada cinematográficamente más tarde, en 1999. Junto a su padre, Massimo, famoso psiquiatra, escribió un ensayo sobre problemas en la adolescencia llamado "Nel nome del figlio", editado en 1995 por Mondadori. En 1996 se da

<sup>9</sup> Cf. [www.carmillaonline.it](http://www.carmillaonline.it)



su participación en *Gioventù cannibale* con el cuento "Seratina", escrito al alimón con Luisa Brancaccio. Gracias al éxito de la antología, se volvió uno de los principales referentes del movimiento "caníbal". Ese mismo año publicó *Fango*, una antología de cuentos; de uno de ellos se desprendió la película *L'ultimo capodanno*. En 1999 publicó la novela *Ti prendo e ti porto via*. Con *Io non ho paura*, del 2001, llegó su más grande éxito, y en 2003 Gabriele Salvatores la llevó a la pantalla con guión del propio Ammaniti y Francesca Marciano. En el 2006 se publicó *Come Dio comanda*, que en el 2007 ganó el premio Strega. En 2009 salió a la luz *Che la festa cominci* y en 2010 su última publicación *Io e te*. Además ha publicado cuentos en otras recopilaciones o revistas; algunos de ellos son: "Alba trágica" en *Tutti i denti del mostro sono perfetti*, "Fa un po' male" y "Sei il mio tesoro".

### *Luisa Brancaccio*

Luisa Brancaccio nació en Nápoles en 1970. En 1994 publicó el cuento *I polipi sono pur sempre creature di Dio* en el volumen colectivo llamado *Bambine cattive*, y en 1996 en la antología *Gioventù cannibale* con el cuento "Seratina" junto al casi novel Ammaniti. El libro obtuvo gran éxito editorial y literario. También en 1996 apareció en la película *Cresceranno i carciofi a Mimongo*. Cuatro años después, la artista participó en otra antología, *Italia odia. Dieci volti del noir italiano*, por lo cual se le cataloga como escritora *splatter*<sup>10</sup> por su violencia e imágenes repletas de sangre. Escribe para el radio y el cine.

<sup>10</sup> El cine *splatter* o *gore* es un tipo de película de terror que se centra en lo visceral y en la violencia gráfica. Mediante efectos especiales y exceso de sangre artificial, intentan demostrar la vulnerabilidad del cuerpo humano y teatralizar su mutilación.

## II. LA TEORÍA DEL SKOPOS

Toda traducción necesita de una teoría que la sustente; en este caso la Teoría del Skopos de Katharina Reiss y Hans Josef Vermeer es la adecuada para el tipo de texto que aquí se presenta. Elegí la Teoría del Skopos porque el texto de Ammaniti y Brancaccio se presta para hacer traslaciones culturizadas sin obtener resultados forzados. "Seratina" puede ser considerado como un texto globalizado en el sentido de que es adaptable en tiempo (o factores temporales como el caso de la tienda de conveniencia que se menciona, el K, fundada en México en el 2005) y espacio diferentes. La clase social, los lugares, las situaciones son universales y es por eso que decidí realizar una traslación culturizada. En principio, el texto mismo se debe prestar a este tipo de traslación; debe ser él quien escoja o "mande". Evidentemente no todas las situaciones que suceden en Roma corresponden a las de la Ciudad de México, pero es importante el hecho de que la cercanía de los sucesos, tiempo y "costumbres" de las ciudades grandes estrechen esa relación entre textos.

Como se dijo antes, mi objetivo es que este texto con sus situaciones sean lo más cercanas al público mexicano actual de la Ciudad de México. Para lograrlo realicé una investigación a fondo del texto y su contexto histórico, de sus frases idiomáticas y regionales, y a la hora de traducir me apegué a la Teoría del Skopos. En los casos que presentaban dificultades o en situaciones que así lo pedían recurrí al uso de equivalencias y omisiones: cambios de nombres, calles, lugares y en algunos casos de situaciones no correspondientes a la cultura meta.

### 2.1. Traslación y traslación culturizada

Katharina Reiss y Hans Josef Vermeer desarrollaron una teoría de la traducción llamada Teoría del Skopos en 1978, basados en la escuela funcionalista alemana. El objetivo de esta teoría es que el texto *funcione* de la mejor

manera en una situación prevista, es decir, que actúe conforme a la función última que se le otorga. Como los autores señalan:

Lo que está en juego es la capacidad de funcionamiento del *translatum* (el resultado de la traslación) en una determinada situación, no la transferencia lingüística con la mayor "fidelidad" posible a un texto de partida (tal vez incluso esta fidelidad resulte defectuosa), concebido siempre en otras condiciones, para otra situación y para "otros" usuarios distintos a los del texto final.<sup>11</sup>

Ahora bien, Vermeer hace la distinción entre "traslación en dos fases" y "traslación culturizada". En la traslación en dos fases, el traductor es el receptor de un texto de partida en el que capta un mensaje que después reformula o recodifica en el código de la lengua final, transmitiéndolo de esta forma, y tiene tres elementos característicos: la traslación tiene lugar casi exclusivamente entre lenguas, los fenómenos culturales se mencionan a lo sumo como dificultades que hacen que la traslación sólo pueda tener un éxito parcial, y no se considera un cambio de función del texto final frente al original.

El término "traslación" es más amplio, pues incluye también la traducción (escrita) y la interpretación (oral), ligadas estrechamente con la cultura en la que se desenvuelven. En cuanto a la traslación de un texto se trata, que es lo que es pertinente en este trabajo, los autores determinan que la producción de un texto (todos con cierta acción intencional) es una forma de interacción que depende de las circunstancias del momento y lugar en que se lleva a cabo, es decir, de la situación. Este proceso de creación se va desarrollando a través de varias estructuras que van desde lo "profundo" hasta alcanzar lo "superficial". La cultura es la más profunda de esas estructuras porque es el origen mismo, porque cada cultura se expresa de

---

<sup>11</sup> Katharina Reiss y Joseph Vermeer, *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*, p. 5.

diferente forma y determina si algo se escribe, sobre qué y la manera en que se hace. La manifestación del texto es ya la estructura superficial.

## 2.2. Tipos de transferencia

En general, existen acciones verbales y no verbales que suponen dificultades a la hora de trasladar. Los autores explican: "es posible transformar una acción (o un producto de una acción) de un tipo determinado en una acción (o producto de una acción) de otro tipo, por ejemplo, un cuadro en música, un partido de futbol en un reportaje, un poema alemán en prosa española".<sup>12</sup> Es decir, son signos que pueden ser tanto verbales como gestuales o de otro tipo, como señales.

Basándose en lo antes señalado hay diferentes clases o tipos de "transferencia". Una transferencia puede ser:

1. Acción no verbal → acción no verbal. Por ejemplo, transformar una acción física en un gesto, como indicar la puerta con un dedo para echar a alguien de una habitación en lugar de darle un empujón.
2. Acción no verbal → acción verbal y viceversa. Por ejemplo, transformar un gesto en una orden. En vez de decir con la cabeza "para afuera" se da la orden "¡Salte!"
3. Acción verbal → acción verbal. Por ejemplo, transformar una orden en una pregunta. En vez de decir "¡Salte!" se dice "¿Qué tal si te vas?"<sup>13</sup>

Jakobson maneja también dos tipos más:

1. Transferencia de un conjunto de signos de la estructura "i" a un conjunto (equivalente) de signos de la misma estructura (como transferir una novela en obra de teatro).
2. Transferencia de un conjunto de signos de la estructura "i" a un conjunto de signos de la estructura "j".<sup>14</sup>

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>13</sup> *Cf. idem, passim*.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 21.

Este último punto es el que engloba a la traducción de una lengua y cultura a otra lengua y cultura, así que es más adecuado hablar de una "traslación intercultural" que de una "traslación interlingual". Es por esto que en el trabajo se hablará de una traslación intercultural, pues es más incluyente. Muchas acciones y situaciones de diferentes culturas no se corresponden biunívocamente entre sí, por lo que pueden convertirse en problemas de traducción. Por eso es importante tomar en cuenta y no dejar fuera todos estos puntos "invisibles" y propiamente culturales a la hora de trasladar un texto.

### **2.3. Refracción**

La refracción es, para Vermeer y Reiss, un tamiz o un lente con el cual se observa el mundo; los autores consideran que es importante en su teoría porque es básico tener en cuenta los puntos siguientes para lograr una buena traslación, ya que plantean dificultades a la hora de desarrollarla. Para ellos existen cinco tipos de refracciones:

1ª La convención específica de cada cultura. Una persona desarrolla sus opiniones, teorías y forma de ver el mundo a partir de la cultura en la que crece y es educado.

2ª La actitud individual (disposición). Las convenciones sociales o lingüísticas pueden romperse o corroborarse debido a las opiniones particulares determinadas por ciertas situaciones.

3ª Variantes de la realidad ("mundos posibles"). De la mano del mundo que se considera real, existen de modo específico para cada cultura o individuo posibles mundos imaginarios. Lo que delimita a estos mundos es diferente para cada cultura e individuo.

4ª Fosilización de las tradiciones. Hay convenciones lingüísticas que quedan fijadas en la cultura y el lenguaje como medio de comunicación y

pensamiento.

5ª Valoraciones. Los valores dados a un objeto varían para cada cultura y persona.

Tanto los tipos de transferencia como las refracciones son detalles importantes en la Teoría del Skopos, ya que esta teoría es consciente de que cada persona (o autor) desarrolla sus opiniones, teorías y forma de ver el mundo a partir de lo que es propio de la cultura en la que ha crecido. De la misma forma, cada persona crece dentro de una comunidad lingüística o comunicativa y adopta formas específicas de expresarse. Esto por fuerza imprime inconscientemente su huella en cada acto creativo que realiza, como la escritura, es decir, que un texto está permeado por la cultura en la que se gestó. Al conocer estos datos, uno puede partir de ahí para recrear en la lengua meta un texto más semejante al del autor, con los mismos aspectos y situaciones, siempre y cuando las culturas sean cercanas, como sucede con "Seratina".

## 2.4. Traslación en dos fases y translación culturizada

### 2.4.1 Cultura

Hasta el momento se ha mencionado varias veces la palabra "cultura", pero ¿qué significa para los autores? Cultura es "el conjunto de las normas y convenciones vigentes en una sociedad, así como todos los comportamientos a que éstas dan lugar y los productos resultantes de dichos comportamientos".<sup>15</sup> La cultura ajena debe dominarse, conocerse y sentirse para saber cómo trasladar sus rasgos específicos en la propia, pues el lector está inscrito en ella. Un traductor debe ser bicultural; debe, pues, conocer la cultura de partida y la cultura meta.

---

<sup>15</sup> K. Reiss y J. Vermeer, *op.cit.* p. 20.

### 2.4.2 Cambios de valor

Los cambios de valor (dados por las refracciones) que sufren los textos al ser transferidos a otra cultura son un punto que puede ser considerado problemático o ser tratado como algo natural o inherente al proceso traslativo. Estos cambios de valor muchas veces son inevitables y a veces ocurren automáticamente al momento de traducir, todo depende del texto, que puede ser propagandístico, publicitario, literario. El valor de un acontecimiento puede cambiar al ser trasladado a otra cultura, la especificidad cultural y situacional determinan la traslación. Por ejemplo, el amor que se le tiene a los perros en Alemania encuentra en la India una actitud parecida hacia las vacas, pero habrá ideas completamente distintas acerca del valor de un animal doméstico.

Si en una traslación se mantiene la forma del texto de partida, a menudo cambiará el valor y el efecto en la cultura final. Los valores de los elementos textuales cambian según el caso; la decisión depende de la finalidad (o escopo) de la traslación.

### 2.4.3 Traslación en dos fases

Reiss y Vermeer afirman que existen en general dos tipos básicos de traducción (o se circunscriben dentro de ellos). La traducción en dos fases y la traslación en situación, de la que se hablará más adelante. Se tiene el siguiente ejemplo: alguien se queja de que una conocida suya siempre está chismeando sobre su vecina, lo que es bastante desagradable, y añade: *I never encourage her to say more*. Según lo expuesto, una traslación del primer tipo sería: *Yo nunca la animo a decir más*. Pero el fallo de esta traducción es que no se dice así, y tiene que ver con el plano del uso. Tal vez esta traslación sería mejor: *No le doy pie a que siga hablando*,<sup>16</sup> pero siempre debe corresponder al mismo sociolecto.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 26.

El primer tipo de traducción reformula (recodifica) el significado del conjunto de signos del texto de partida en la lengua final, y pretende imitar lo más posible la estructura formal, o sea que "transcodifica". A este procedimiento traslativo los autores le llaman "proceso comunicativo en dos fases con transcodificación".

La traslación en dos fases es la definición más extendida y propone que en el proceso de transcodificación un texto de la lengua original sea recibido y reformulado en la lengua final por un traductor, que funge como "estación retransmisora". Un rasgo típico de este primer tipo es que la problemática traslativa se basa casi en su totalidad en el plano lingüístico y toma muy poco en cuenta el componente cultural.

Vermeer y Reiss presentan este esquema de la traslación en dos fases:



Este esquema encierra las siguientes implicaciones: el significado sería una constante al realizar una comparación entre dos lenguas. Como no se ha determinado cuáles son esas dos lenguas, en principio puede tratarse de cualquiera. Por lo tanto, en esta teoría, el significado no está ligado a ninguna lengua, sino que es independiente de cada lengua específica.

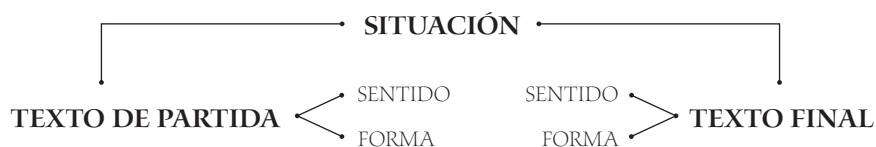
En un modelo así, en el que el traductor es el receptor de un texto de partida que capta y después codifica en el sistema de la lengua final, para transmitirlo al receptor final, se eliminan en general los fenómenos no lingüísticos, algunos de ellos culturales. Es importante hacer notar que, en esta teoría, los fenómenos culturales se mencionan a lo mucho como problemas que impiden el éxito de una traslación. Reiss y Vermeer afirman, por el contrario, que la problemática cultural engloba la lingüística y que hay cambios o equivalencias que se justifican por la función que desempe-



ñará el texto final frente al de partida, e incluso afirman que lo que sucede más a menudo es que se produzcan cambios de función.

El segundo tipo de traslación se centra en el plano del uso. Puede que esté gramaticalmente correcta la primera traslación, pero en la lengua final no se dice así. En cambio, en la segunda cabe la posibilidad de que "el texto se produzca realmente como acción verbal en una situación dada".<sup>17</sup> El factor decisivo en el tipo de traducción que se propone en este trabajo es la *situación*. En esta traslación la equivalencia le da importancia a los fenómenos culturales. La traslación intercultural presupone el conocimiento de las formas de conducta de cada cultura.

Según esta teoría, el traductor debe manejar estos factores y el factor de la situación es la constante:



Al igual que en el primer tipo de traducción, también debe existir una relación de equivalencia entre texto de partida y el final. Sin embargo, los autores definen el concepto de equivalencia como la búsqueda de modos de comportamiento equivalentes en situaciones que se consideran como equivalentes en otra cultura.<sup>18</sup> En este caso la traslación situacional incluye todos los fenómenos culturales (no sólo verbales) y les otorga una misma importancia. La manera de utilizar un lenguaje forma parte de la conducta

<sup>17</sup> *Ibidem*, pag. 26.

<sup>18</sup> "La Translatología permite describir la equivalencia como la relación que existe entre elementos lingüísticos de una pareja de textos y como relación entre textos completos [...]. Además, a nuestro entender, la equivalencia textual trasciende el marco de la manifestación *lingüística* de textos y abarca también la equivalencia cultural. *Ibidem*, p. 117.

"Equivalencia expresa la relación entre un texto final y un texto de partida que pueden cumplir de igual modo la misma función comunicativa en sus respectivas culturas". *Ibidem*, p. 124.

humana y ésta está a su vez condicionada por la cultura; muchas veces al comportamiento no verbal de una cultura corresponde a otro, verbal, en una situación equivalente. Como dicen los autores: "Se trata de buscar modos de comportamiento equivalentes en situaciones que se consideren como equivalentes: partiendo del comportamiento del hablante A en una situación dada, ¿cómo se comportaría el hablante B en la situación correspondiente?".<sup>19</sup> Volviendo al primer tipo de traslación en la que el significado del texto es una constante, ¿cómo determinar el significado? ¿Cómo saber si *table* en inglés significa *mesa* en español? ¿Cómo se determina en qué casos es así? *Table* también significa otras cosas (índice, tablero, cuadro). La respuesta es el *modo* en que se utilizan las palabras o los textos, es decir, en qué situaciones se utilizan. De esta forma vemos que el uso del lenguaje es una forma particular de conducta humana que está condicionada por la cultura en la que se da.

Muchos autores como Nida, Neubert y Lévy, entre otros, se inclinan más hacia el proceso de traducción en dos fases. Sin embargo, Reiss y Vermeer argumentan: "la problemática cultural engloba a la lingüística y [...] existen cambios justificables en la función que va a desempeñar el texto final frente al de partida. (Llegaremos incluso a afirmar que lo más frecuente es que se produzca un cambio de función.)".<sup>20</sup>

La segunda teoría, que maneja el término situacional, abarca también el plano de la cultura, haciéndose más amplia. Una traducción debe planearse y ver bajo qué características se regirá y bajo qué normas se realiza, es decir, todo es estrategia. Un texto nunca debe traducirse de manera forzada de acuerdo con una teoría o estrategia traslativa, sino que bajo determinadas situaciones impuestas por el texto se debe elegir una estrategia. Una traslación puede resultar diferente según la estrategia y función que deba cumplir. Cuando el texto final tiene una finalidad

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 36.

propia (escopo), la información transmitida será diferente de la oferta informativa inicial tanto en forma como en contenido, extensión, valores, puesto que los receptores del texto de partida y los receptores del texto final pertenecen a culturas y comunidades lingüísticas diferentes. Es decir, se trata de "otra" información diferente del texto de partida. El traductor debe resolver su objetivo de la mejor manera y bajo el escopo de la traslación dará la información necesaria para el receptor final de la manera que considere mejor.

Lo antes mencionado fue aplicado al texto "*Seratina*", pues es un texto globalizado que permite tanto una traducción en dos fases como una traslación intercultural. La cultura de las grandes urbes es muy parecida en todo el mundo; existen muchos fenómenos, hechos y características correspondientes como la prostitución, las diferentes clases sociales, el abuso de poder y las situaciones típicamente ciudadanas; se observan los mismos lugares, el zoológico, las plazas, las avenidas importantes, las zonas residenciales y la periferia. Este texto, al ser trasladado a la cultura mexicana, no pierde su carácter original, que es reflejar un estrato de la sociedad, su educación, acciones, cultura y sus consecuencias. La cultura italiana y mexicana contemporáneas son parecidas; la globalización está también presente en los textos posmodernos y esto permite una apertura y cantidad de cambios en la temporalidad, de entorno y lugar, y variantes a la hora de trasladarlo. Toda traslación culturizada conlleva cierta dificultad en el proceso de traducción —como generalmente sucede—, ya que algunos elementos del texto no pueden ser reproducidos literalmente y resultan forzados, pues es difícil lograr que produzcan el efecto deseado. Sin embargo, se cuenta con varias herramientas, como equivalencias, cambios y omisiones que deben ser plenamente investigadas y justificadas.

#### 2.4.4 Tres factores a tomar en cuenta

Existen tres factores importantes para una traslación según Vermeer:

1. En primer lugar, la interpretación del texto de partida hecha por el traductor como receptor es un factor decisivo para la traducción. Es decir, si el traductor lee un texto, supóngase el *Lazarillo de Tormes*, y lo reproduce como, por ejemplo, novela de aventuras, documental o como crítica de su época, modificará de modo decisivo los criterios de asimilación del receptor final.
2. El segundo factor importante es la función del texto y la que elige de un modo justificado el traductor, es decir el escopo que escoge el traductor para una obra; por ejemplo: el *Quijote* como libro infantil y juvenil, en lugar de obra literaria sublime y profunda.
3. En tercer lugar, se puede afirmar que la función de un texto varía siempre con la distancia cultural. Es decir, el texto cambia no sólo con la distancia temporal y espacial que existe entre una obra y su traducción, sino también con la distancia entre culturas (un poema épico tiene ahora una función diferente a la que quería expresar el autor original cuando escribió el texto). También cuando se traduce a un escritor contemporáneo, la diferencia cultural entre los lectores del texto original y los del texto final provoca un cambio de función; por ejemplo, un escocés leerá de manera diferente a Irvine Welsh que un peruano o un africano.

#### 2.5. El concepto de información

El concepto de *información* se refiere de una forma general al conjunto de las funciones del lenguaje con las que un emisor quiere comunicarse con un receptor; estas funciones están dadas en una forma y situación determinadas, pues engloban la intención del autor misma: lo que le gustaría

que el receptor entendiera y de qué modo. El receptor es el que completa la acción comunicativa cuando recibe el texto. Cuando las diferencias temporales (y culturales) son muy distantes, entonces esta función varía, pues el receptor no las recibe de igual manera que en su cultura y su época. Por eso los autores afirman que en una traslación: "la cultura y, dentro de ella, el lenguaje cambian *necesariamente* con todos sus valores implícitos".<sup>21</sup> Por ejemplo, en un texto, una expresión escrita se puede entender de muchas formas; por el contexto situacional nos damos cuenta del efecto que quiere transmitir el autor, de esa manera se traslada con el mismo sentido aunque puede haber varias formas de decirlo; uno como traductor escoge la expresión que se adecua mejor a la situación. En estos casos, dicen los autores, "no se consigue menos, sino algo diferente".

Los autores definen la traslación como una meta-información, es decir, la información final de la información origen que reorganiza los valores de partida respecto a los valores de la cultura de llegada.<sup>22</sup> Más precisamente la traslación es una "oferta informativa" sobre una "oferta informativa". El concepto de *información* mantiene siempre un factor intencional por parte del productor y también del traductor (cuando hay un encargo o cuando éste desea cambiar deliberadamente la función del texto), pues se pueden definir como *información* determinadas estrategias traslativas aplicadas al texto meta, porque éste no sólo comunica, sino también informa sobre el texto origen. Una oferta informativa no es una instrucción por seguir. Da un rango de posibilidades de interpretación: por eso es una oferta, y como tal el traductor puede tomar decisiones más "creativas" que debe justificar. La traslación parte de una situación-meta dada (expectativas del traductor o cliente); a partir de esto se puede determinar si y cómo se realiza la traslación: ¿cuál es la función o escopo óptimo que quiero para la traslación? ¿Qué lineamientos debo seguir para obtenerlo? ¿Este texto se presta para

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 51.

ser trasladado? ¿Vale la pena hacer una traslación culturizada? Hay que recordar que para la Teoría del Skopos no existe un texto obligatorio para todos los receptores, sino que existe uno para cada situación de recepción determinada; de esta forma, el texto cambia, pues es un acontecimiento dinámico que se constituye por completo sólo en la recepción.

### 2.5.1. Recepción del texto

Para que una interacción, ya sea textual u oral, se complete, es necesario tomar en cuenta a los interlocutores que toman parte en ella, es decir, no limitarse sólo al emisor y al mensaje, sino también al receptor. Los receptores a los que se dirige una traslación se conciben como una *clase especial* del escopo, es decir, que éste es una variable dependiente de los receptores. Un ejemplo son los correos electrónicos, la forma en que se redactan depende de si el receptor es un amigo, un profesor o alguien del trabajo. Reiss menciona también los encargos específicos que realizan las editoriales o clientes, los cuales desempeñan un papel importante en la finalidad de la traslación. Nida<sup>23</sup> afirma que el principal interés del traductor es el de conseguir en los receptores meta la misma respuesta que el texto origen obtuvo de sus receptores, es decir que el traductor puede producir un texto diferente *dependiendo* de los receptores, de los cuales se debe tener en cuenta sus parámetros referenciales: cultura, edad, estrato socioeconómico, etc.

Existe una propuesta metodológica que los autores toman de Hella Kirchhoff, quien fue directora de la sección italiana de la Escuela para Traductores e Intérpretes de la Universidad de Heidelberg por más de 40 años, en la que propone dividir en fases la decisión funcional de una traslación:

1. Fijación del escopo: para determinarlo es necesario estimar a qué tipo de receptores finales se dirige la traslación, pues no se puede determinar si

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 50.

una función es apropiada para un receptor desconocido.

2. Antes de realizar la traslación se pueden asignar ya nuevos valores a las distintas partes del texto de partida.

3. Realización del escopo: El texto final debe producirse según el escopo dado, conforme a la valoración del traductor de las expectativas del receptor final.

Como se ha visto, una traslación implica una transferencia cultural y lingüística. Al realizar una transferencia a una cultura diferente, se vuelve evidente que los valores de los elementos transferidos deben cambiar necesariamente, pues se introducen en un nuevo campo de interrelaciones.

### 2.5.2. Categorías de texto

Reiss y Vermeer se circunscriben a los lineamientos generales en cuanto a categorías de texto se trata, es decir, antes de que un autor formule un texto, se decide por una de las tres funciones comunicativas básicas (en un texto pueden aparecer varias, pero una de ellas domina a las demás) que son la informativa, la expresiva y la operativa; es por esto que los autores las consideran como un fenómeno universal.

Si un autor desea transmitir contenidos mediante su texto, como informar sobre una noticia, dar a conocer cómo funciona un aparato, manifestar sus conocimientos sobre una materia (función *representativa* de la lengua), entonces se habla de una categoría textual *informativa*, pues transmite contenidos. Si con su texto el autor quiere transmitir principalmente contenidos organizados de manera artística, ordenando el contenido conscientemente bajo criterios estéticos (función *expresiva* de la lengua), entonces se habla de categoría textual *expresiva*, pues impera la transmisión de contenidos y su organización artística. Y si el autor desea transmitir contenidos de carácter persuasivo para inducir al receptor del texto a actuar en el sentido deseado por el autor (o el cliente) (función *apelativa* de

la lengua), entonces se habla de categoría textual *operativa*, pues transmite contenidos y persuade o convence de esto.

En el caso de "Seratina" el objetivo de la traslación es mantener su función expresiva con todas las implicaciones que lleva: sus críticas a la sociedad y específicamente al estrato sociocultural al que está dirigido el mensaje, la forma en que lo hace y las acciones que lleva a cabo.

## 2.6. La traslación exitosa

Tomando en cuenta el concepto de información ya mencionado, Eykman<sup>24</sup> afirma que existe la posibilidad de sustituir las imágenes de un texto por otras imágenes, y las formulaciones por otras formulaciones, sin que esto signifique un cambio en la función del texto. Él afirma lo siguiente:

1. La modificación con ciertas condiciones es algo legítimo.
2. Las condiciones de esta modificación son específicas de cada cultura.

Para la Teoría del Skopos una acción de traducción es exitosa cuando se interpreta como adecuada a la situación, o sea, cuando tiene sentido y se entiende en la cultura meta. La interpretación se le exige en primer lugar al emisor y debe poder indicar su intención; por su parte, el receptor también interpreta, y la explicación del receptor puede variar en relación con la del emisor. El texto tiene un valor diferente para cada uno de ellos y se puede decir que una interpretación es exitosa cuando los valores no difieren significativamente entre sí dentro de un margen de variantes posibles. El *para qué* de una acción determina si se actúa, y determina qué se hace y cómo se hace. Los autores señalan que algunas veces el escopo final puede diferir del escopo de partida, y que esto se puede justificar de tres formas:

---

<sup>24</sup> Christoph Eykman, *Phänomenologie der Interpretation*, citado y analizado por Hans J. Vermeer en *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*, p. 82.



1. Se debe diferenciar el texto origen de la traslación; debe considerarse como una producción textual diferente, puesto que sus objetivos o escopos pueden variar.
2. La traslación es, como se dijo antes, una oferta informativa, y ésta se ofrece cuando el emisor espera que sea interesante para el receptor (que contenga algo "nuevo"). Probablemente esta novedad sea un escopo diferente.
3. Una traslación implica una transferencia cultural y lingüística, pues cada cultura y cada lengua forma una estructura propia, en la que el valor de cada elemento se determina por la posición que ocupa en relación con los demás elementos de la misma estructura.

Cuando se realiza una estructura diferente resulta lógico que los valores de los elementos transferidos deban cambiar necesariamente, pues se introducen en un nuevo contexto de interrelaciones.

## **2.7. Coherencia intertextual e intratextual**

En una traslación, especialmente en las que se trata de imitar lo más posible al original, además de la coherencia para el receptor (intratextual), se busca una coherencia entre el texto final y el de partida. Sin embargo, en la Teoría del Skopos esta coherencia entre textos se ve influida por el escopo de la traslación y debe ser calificada desde el área del receptor.

La coherencia intertextual es la relación existente entre la traslación y el texto de partida que varía según el escopo y se determina a partir de éste, y está subordinada a la coherencia intratextual de la traslación que debe ser, primeramente, comprensible por sí misma. Es decir, que la coherencia de la traslación se debe calificar con base en el escopo que la traducción misma tiene y no entre la semejanza formal del texto origen y el meta, pues muchas veces por mantener la coherencia de la forma se deja de lado la del

sentido. Cuando se logra una coherencia intratextual (para el receptor) y una intertextual (entre el efecto final y el de partida), se logra una traslación exitosa. Los autores comentan que, generalmente, las faltas de coherencia se dan cuando el traductor se apega al significado de las palabras y descuida el sentido del texto. Un ejemplo, en la Edad Media era una regla comúnmente observada el transferir culturalmente en las representaciones pictóricas el nacimiento de Jesús bajo las circunstancias situacionales de Europa. En la época medieval, la historia se consideraba como algo establecido por la omnipresencia divina, así la representación de acontecimientos históricos podía ser ahistórica y por lo tanto coherente.

## 2.8. Equivalencia y adecuación, y equivalencia dinámica

Es sabido que sobre el término de equivalencia se ha dado uno de los debates traductológicos más fuertes y alargados que han existido en el tiempo, puesto que es el referente para "garantizar" la relación entre el texto original y el traducido, y muchas veces se convierte en "el instrumento de medida que garantiza la buena traducción de un discurso cualquiera".<sup>25</sup> El término equivalencia es la relación entre un texto final y uno de partida que puede cumplir la misma función comunicativa en sus respectivas culturas, pues la respuesta del receptor es esencialmente igual a la de los receptores originales. Para obtener una equivalencia es necesario "observar la dimensión pragmática de los signos lingüísticos", es decir, de qué manera influye el contexto en la traslación.<sup>26</sup> Jakobson ya utilizaba este término para describir el propósito de mantener una equivalencia entre los textos a pesar de las diferencias estructurales implícitas en los sistemas culturales y lingüísticos de ambas lenguas.

<sup>25</sup> Miguel Pérez, "Pragmática y traducción: una propuesta para el tratamiento de las inferencias conversacionales", *Revista electrónica de estudios filológicos*, p. 17.

<sup>26</sup> K. Reiss y J. Vermeer, *op. cit.*, p. 124.

La translatoología describe la equivalencia como la relación que existe entre elementos lingüísticos de una pareja de textos, pero también la relación entre textos completos. Sin embargo, la relación de equivalencia entre elementos individuales de los dos textos no implica que exista equivalencia textual en un plano general, y a la inversa. La equivalencia textual debe trascender el marco de la manifestación lingüística y abarcar la equivalencia cultural. Nida,<sup>27</sup> que pertenece a la misma corriente traductológica funcionalista, al igual que Reiss y Vermeer, afirma que existen dos tipos de equivalencias: la formal y la dinámica. La formal se da muy pocas veces, pues factores como las diferencias culturales no permiten un calco entre las estructuras formales. Por equivalencia dinámica se entiende la equivalencia de efecto, es decir, cuando el texto supera diferencias lingüísticas, temporales y culturales, y se adapta plenamente al receptor de manera natural. Cuando un cliente o traductor le da a la traslación funciones comunicativas diferentes de las del texto origen, ambos textos ya no mantienen una relación de igualdad de valores y entonces no se puede hablar de equivalencia formal, sino de *adecuación*, pues se trata de adecuar la traducción a la finalidad o escopo que se desea mediante la selección de los signos apropiados a esa finalidad. Es decir, que se traduce de forma *adecuada* cuando se somete la elección de signos lingüísticos a la finalidad de la traslación. Esta selección se adecua a la situación del lector de la cultura final, el cual no sólo se diferencia del lector de la cultura de partida por el hecho de tener otra lengua materna, sino por la diferencia significativa de los conocimientos previos sobre el tema en cuestión.

Traducir adecuadamente es subordinar de manera pertinente la elección de signos al escopo elegido de la misma forma. La adecuación es el criterio que servirá de hilo conductor en el proceso de traslación.

La diferencia entre estos dos conceptos es que en la elección de signos el proceso de traducción no puede ser calificado como "equivalente", sino

<sup>27</sup> *Ibidem*, p.130.

sólo el resultado. Es decir, no se puede "traducir de modo equivalente", más bien se considera que un texto final es equivalente al de partida, y por lo tanto, la equivalencia es el resultado de la acción traslativa.

Para concluir, la equivalencia es un concepto dinámico que requiere para cada texto en particular que se reconsidere la jerarquía de todos los factores que determinan la estrategia traslativa. La buena selección y ordenación constituye la tarea del traductor competente. Reiss y Vermeer plantean que el concepto de adecuación engloba al de equivalencia: se traduce *adecuadamente* cuando la elección de los signos de la lengua meta se supedita consecuentemente a la finalidad de la traducción y se traduce en equivalencia (dinámica). Los autores recalcan que es importante señalar que no se puede exigir que una traslación sea perfecta, puesto que tal perfección no existe; sólo existe el esfuerzo por lograr la mejor traslación bajo sus propias condiciones o escopo; en cambio, lo que sí se puede hacer es evaluarla una vez dadas estas condiciones.

Hella Kirchhoff,<sup>28</sup> aporta una propuesta metodológica con vistas a la práctica de la traslación: es absolutamente necesario poder estimar a qué tipo de receptores finales se dirige la traslación: no se puede decidir una función apropiada para un receptor desconocido. Según el escopo, se pueden asignar nuevos valores a las distintas partes de un texto de partida, y se puede decidir si estas modificaciones se realizarán antes, durante o después de la traslación. Por ejemplo, si se quisiera publicar en Europa una historia de la cultura latinoamericana de un escritor latinoamericano, sería necesario asignar nuevos valores a algunas partes, tomando en cuenta los conocimientos previos y la nacionalidad de los receptores a los que va dirigido. El texto final debe producirse según el escopo dado, conforme a la valoración por parte del traductor de las expectativas del receptor final.

En el caso de la traslación del cuento "Seratina", el resultado de la tras-

<sup>28</sup> En Justa Holz-Mântări, *Translationrisches Handeln. Theorie und Methode*, en *Fundamentos para una teoría funcional de la traducción*, p. 85.

lación es diferente del texto origen, puesto que su escopo es diferente. El escopo, en este caso, es crear una realidad mexicana a partir de una italiana, es decir, ofrecer una oferta informativa más cercana e identificable con el receptor, darle color al texto y acercarlo más a la cultura a la que pertenezco como traductor sin cambiar la función del texto original, que sigue siendo expresiva y sigue manteniendo toda las intenciones de los autores. Esto se pudo lograr, como se mencionó antes, gracias a la flexibilidad que tiene el texto de ser adaptado a otra realidad; sin embargo, no se deben descartar las dificultades que todo texto presenta. Estas dificultades vinieron acompañadas de cambios, como se mencionó, y son las que se presentan a continuación en el siguiente apartado.

### III. ALGUNAS DIFICULTADES Y CAMBIOS

Toda traducción presenta dificultades y retos que el traductor debe solucionar de la mejor manera posible. Es justamente en este ámbito en donde se determina si fue un trabajo bueno, mediocre o malo, siempre bajo los criterios en cuenta la teoría con la que se trabaja dependiendo de la finalidad de la traducción, pues es posible que a un sector no le agrade cierto tipo de corriente traductológica. Sin embargo, se debe tener en cuenta también un punto importantísimo: la *elección* del traductor. La traducción es como la vida: se basa en las elecciones importantes que tomamos. Ante el reto de las dificultades que se presentan en cada texto a traducir existe siempre un abanico de posibilidades que el mismo traductor investiga, busca y se plantea; él debe elegir, de acuerdo con el contexto y basado en su experiencia, la que considere como la mejor de todas o la que mejor se adapte o acerque a la idea que quiere expresar.

El presente apartado es una muestra de los cambios y dificultades más emblemáticos que se encontraron al trasladar el cuento "Seratina" y la manera en que se solucionaron. Es en realidad el punto medular del trabajo, pues estos casos son los puntos focales que determinan si la traslación que se realizó es exitosa y responde a los objetivos planteados. El grado de dificultad va *in crescendo*, es por eso que se comienza con los cambios de nombres, que son los cambios de entrada que se hicieron, para después pasar a la ciudad escenario de la narración, que requirió más ajustes e investigación, debido a las diferencias locales entre cada ciudad y cultura.

#### Cambios

##### 1. Nombres

- a) nombres propios
- b) marcas de coches
- c) títulos de canciones

- d) nombres de marcas
- e) nombres de programas de televisión

## 2. Ciudad escenario de la narración

- a) lugares internos en la ciudad escenario de la narración
- b) lugares externos en la ciudad escenario de la narración
- c) establecimientos
- d) zoológico

### 4.1 Cambios de nombres

El caso de los nombres siempre ha levantado polémica en cuanto a su castellanización o adaptación a la cultura meta, y es perfectamente entendible; como muestra basten estos "botones" encontrados en Internet: *Trenzado Oliver* y *Oliverio Torcido* son las traducciones a la novela de Charles Dickens, *Oliver Twist*. Sin embargo, las traducciones a medias de los nombres completos rompen con la unidad del texto y del ritmo, y el texto pierde toda credibilidad, a mi parecer (del tipo: Guillermo de Baskerville, de *El Nombre de la Rosa*, en donde el nombre se traduce pero el apellido se deja tal cual).

Por eso cuando se necesitó se hizo el cambio debido, siempre respetando la sonoridad o tratándolo de hacer lo más sutilmente posible. En los casos en los que no se requirió, se dejó tal cual, por ser un referente universal o porque si se hubiera hecho el cambio se habría perdido el sentido. También se respetó la misma grafía que en el texto original, por ejemplo el *occhei* italianizado se españolizó con *oquéi*, pues son características particulares del texto; en el caso de las mayúsculas también se mantuvo esta forma tipográfica para subrayar el énfasis en los diálogos; lo mismo sucedió con las cursivas, que los autores utilizaron para marcar el monólogo interior del personaje central.

a) Nombres propios

El primer caso es el nombre de la mamá de Aldo, el protagonista principal: Flaminia Monteleone, que en la traslación quedó como Xóchitl Mondragón. Puesto que el original es un nombre común de la zona de Roma, de origen latino, y se le considera como nombre clásico, en mi versión lo trasladé con un nombre típicamente mexicano, de origen náhuatl, en este caso Xóchitl, para hacer la correspondencia lo más cercana o lógica posible. En el caso del apellido Monteleone, al no existir en español, se trasladó como Mondragón, que es parecido y da el mismo aire de "aristocracia" que el original. Para Aldo Trebbiani se hizo el cambio a Aldo Trejo, por sonoridad, y para Melania Crocetti, Melanie Cruz, esto debido a la fuerte tendencia en México, en grandes sectores, a elegir nombres extranjeros, la mayoría en inglés. En el caso de Lalla y Nappi se hizo el cambio a Lulú, en el primer caso y a Napo (de Napoleón) para el último y Nunzia quedó como Nancy.

Los nombres que no representaron un problema para la traslación se quedaron castellanizados como el caso de Emanuele, que quedó como Emanuel; para Donna el nombre quedó igual por ser el personaje de origen norteamericano y no alterar la imagen que el autor da de ella. También se menciona a Mike Tyson, cuyo nombre no cambió por ser un nombre propio no ficticio y un referente ampliamente conocido.

Como caso especial que me presentó dificultades a la hora de la elección se encuentra el del cantante napolitano Pino Daniele, el cual, y después de muchas opciones y haciendo un salto en el tiempo, trasladado a la cultura mexicana quedó como Rockdrigo, cantante también muy popular de los años 80 en México. La investigación la llevé a cabo en un principio con varias personas italianas, y todas ellas me dijeron lo mismo: no hay otro igual, es incomparable. Cuando les pedí que hicieran un esfuerzo y me dijeran a quién creían que se parecía, o que pudiera ser su equivalente mexicano, absolutamente todas las respuestas fueron dispares. Así que les



pedí que me dijeran las características que les atraían de este autor, sus cualidades, que me hablaran un poco de él. Luego procedí a buscar en YouTube las canciones mencionadas para confrontar con las opciones que me dieron (Saúl Hernández, Alejandro Fernández, Alex Lora). La cuestión principal de este caso es que Daniele canta en napolitano, y por lo tanto su equivalente mexicano debería cantar en náhuatl o en alguna otra lengua que se hable en la región. Al final opté por Rockdrigo, un músico mexicano promotor del rock urbano. Lo elegí porque él fue compositor e intérprete de sus propias canciones, que retratan temas sociales propios de México.

Para finalizar, el nombre de Cori, la persona de limpieza de la señora Mondragón, quedó como María, pues durante alguna época fue muy utilizado —y todavía prevalece este uso, aunque es menos común— el referirse a las domésticas como “Marías”. También con respecto a María se realizó un cambio. En cierto punto se menciona: “*La filippina cinguettò: —Fagiolini bolliti.*” En la traslación se presenta como: “La sirvienta chilló: —Ejotes hervidos.”

Este cambio se realizó debido a que en México no es común que las personas dedicadas a la limpieza sean de otras nacionalidades como puede ocurrir en los países europeos; es más alto el índice de personas de provincia que trabajan en las grandes ciudades como domésticas, así que al dejar “filipina” o poner alguna otra proveniencia dentro de México, no se reflejaría la realidad que se vive en la Ciudad de México. Al tocar este tema, sale a colación el caso de los somalíes que se encuentran cerca del coche de Aldo cuando recogen a Melanie a su casa. El original se refiere a ellos como: “Alla fermata dell’autobus poco distante quattro somali si ghiacciavano il culo”. Se presenta el mismo caso que con la persona de limpieza filipina. En México no existe este problema de inmigración, así que los somalíes fueron sustituidos por “pandilleros”, pues ofrece la misma connotación negativa y de peligro que en el original se le quiere dar.

b) Nombres de marcas

Existen varios nombres de marcas en el texto “Seratina” que requirieron un cambio en el texto de llegada por no tener puntos de venta en México. Algunas otras como Benetton y Fendi quedaron igual debido a que en México son muy conocidas; otro caso es el del reloj de Aldo, un Rolex, que quedó igual, puesto que en México es conocida la marca como una de las más caras del mercado. Sin embargo Caraceni y Stefanel sufrieron cambios por ser casi desconocidas para el público mexicano. Caraceni, que es una exclusiva casa de trajes a la medida para hombres, quedó como Armani, y Stefanel como Mango. Más adelante se mencionan también unas botas, las *moonboot*, éstas quedaron sólo como “botas”, puesto que no existe este calzado para la nieve por no tener México este tipo de clima. Para el caso del impermeable Fila no se hicieron cambios, pues también es conocida esta marca en el país. En este mismo contexto se menciona una “sciarpa del Napoli” que en la traslación quedó como “una bufanda de los Tiburo-nes Rojos”, pues posteriormente se menciona que Nancy, la portadora de la bufanda, tiene acento umbro —en mi traslación jarocho— y por esta razón quise hacer la correspondencia entre ambas. También se mencionan las corbatas Charme: éstas se cambiaron por la marca italiana Scappino, muy publicitada en México. Por último se menciona la frase “Aldo lo tirò fuori dal cappotto e rispose con un tono da operatore Sip”; en la traslación quedó como “Aldo lo sacó del abrigo y respondió con un tono de operador Telmex”, puesto que esta última es la compañía telefónica nacional más grande del país.

c) Marcas de coches

En el texto se mencionan cinco tipos de coches: BMW, Ford Fiesta, Citroën, Tipo y una camioneta Volvo. Para el primero, segundo y quinto caso no fue

necesaria una traslación, puesto que en México también se maneja la marca BMW, el coche Fiesta y las mini-van Volvo. Para el caso del Citroën sí fue necesario buscar una equivalencia, puesto que esta marca de automóviles ya no existe en México. Se investigó de dónde es la marca, qué tan costoso es un coche y para qué tipo de mercado y público va dirigido. Se optó por trasladarlo por Renault, principalmente porque sustituyó en México a Citroën y actualmente se vende mucho en el país, y porque ambas compañías son francesas, el costo del coche no varía demasiado de una a otra marca en modelos semejantes y el mercado al que va dirigido es el de clase media alta.

En cuanto al caso del automóvil Tipo no hizo falta encontrar un equivalente, puesto que la mención de ese coche se tuvo que eliminar, como se verá más adelante, porque aparece aparcado cerca del zoológico, lugar en el que en la traslación está prohibido estacionarse.

#### d) Títulos de canciones

Las canciones que elegí de Rockdrigo como equivalentes fueron *Estación del metro Balderas* y *La balada del asalariado* para el caso de *Fatte 'na pizza c'a pummarola 'ncoppa* y de *'O scarrafone*, respectivamente.

#### e) Programas

Los tres últimos cambios de nombres que mencionaremos son los que se realizaron en el caso de programas televisivos. En la parte que se desarrolla en el zoológico, al haber sido pateado contundentemente por la cangura, Emanuel menciona: "Perché i canguri sono gli animali piú cattivi del mondo e non stanno solo a Quark." Al principio creí que la mejor opción sería Canal Once, pero después de investigar sobre la programación que maneja Quark pensé que si bien Canal Once maneja una barra de programas dedicados a la naturaleza, existe otro canal dedicado completamente a la

ciencia, la naturaleza y los animales: *Animal Planet*. Así que opté por esta emisora que me pareció más emparentada con el programa original.

El segundo cambio fue el relacionado con el noticiero italiano TGI. Su equivalencia en mi trabajo es "el noticiero del 2", por ser el referente más directo, conocido y popular en México.

Para finalizar se menciona el programa *Lascia o raddoppia*. En México hubo un programa hace pocos años con el mismo formato de base y la misma mecánica en los juegos, *Vas o no vas*, así que este cambio fue una equivalencia exitosa.

## 4.2 Cambios de lugares

Uno de los aspectos que exige más destreza a la hora de realizar adaptaciones es el escenario, pues va desencadenando pequeños cambios, muchos de ellos no evidentes en las primeras lecturas, que tienen que encajar como un rompecabezas en el texto final. Ésta es la parte exigente de realizar traslaciones culturizadas, pues se requiere tiempo y concentración para poder vislumbrar las posibles equivalencias y no perderse en la maraña de los detalles y la costumbre.

Para comenzar, en "Seratina", el primer cambio fue la traslación de la ciudad en que se desenvuelve la acción, Roma, a la Ciudad de México. Como primera instancia quise que las coordenadas se correspondieran. En muchos casos esto es imposible, sin embargo, como se comentaba al principio, este texto es tan globalizado, que presenta acciones y paisajes, escenas, movimientos tan generalizados y propios de las grandes urbes que las adaptaciones no fueron forzadas ni exageradas ni requirieron grandes cambios que afectaran la historia en sí.

Además de utilizar mapas de ambas ciudades para localizar los puntos, pedí ayuda extra a varios profesores italianos de la Dante Alighieri oriundos de Roma con el fin de hacer una traslación lo más cercana posible; les

comenté mis dudas y fueron despejadas con información de primera mano que no es fácilmente localizable en Internet ni en mapas.

a) Lugares internos en la ciudad escenario de la narración

Como se mencionó líneas arriba, el primer lugar no mencionado directamente pero que se reconoce por sus calles y referencias es Roma. Se decidió que la ciudad mexicana en la que se desarrollaría la acción fuera el Distrito Federal, pues al igual que Roma es capital, y por lo tanto ambas son ciudades grandes y cosmopolitas. Además, uno de los puntos focales es la utilización del lenguaje, pues al trasladar este texto lleno de giros idiomáticos a la jerga "chilanga" me interesaba e intrigaba el resultado.

Para esa sección, es decir calles y avenidas, se utilizaron mapas de ambas ciudades para tratar de ubicarlas en las mismas zonas o en lugares que correspondieran. Via Archimede quedó como calle Arquímedes, ya que en la Ciudad de México, en la colonia Polanco, que es una colonia "bien" como la de "Seratina", existe una calle de igual nombre: Arquímedes. Via Aldrovandi se convirtió en avenida Chivatito, debido a su ubicación cercana al Zoológico de Chapultepec y a que está a un paso de la colonia Polanco.

El caso de Torpignattara es muy importante, pues como se mencionó anteriormente, su ubicación en el texto meta haría un efecto dominó sobre las otras ubicaciones y detalles que lo acompañan; además la decisión final fue resultado de muchas investigaciones en las zonas, de preguntar y evaluar qué sitio se adaptaría mejor a la trama. El resultado fue la zona alledaña al metro Observatorio, pues en primera instancia ahí se puede desarrollar toda la acción del cuento, se acopla al ritmo y sentido de la trama, y también es un referente directo de una zona reconocida por su delincuencia y sus barrancas solitarias. Además, tenía que encontrar una ubicación cercana a la ciudad y a Polanco, donde viven Emanuel y Aldo, un sitio que al

mismo tiempo fuera un lugar suficientemente "apartado" (si es que se le puede llamar así a alguna colonia dentro de esta gran ciudad) y peligroso para poder situar la acción con el travesti. Cerca del metro Observatorio se encuentra la avenida Artificios, que sustituye a la Flaminia del original. Esta avenida se extiende hasta llegar a un sector popular de barrancas apartadas y sin muchas construcciones, en donde la zona roja está constituida en su mayoría de travestis. Además, cerca se encuentra el Colegio Americano,<sup>29</sup> que cuenta con canchas, mencionadas en el texto origen, pues se dice que el protagonista, al observar los campos de rugby de su antigua escuela, reflexiona sobre hacia dónde ha llevado su vida. En México no se estila ese deporte, por eso mismo fue adaptado a fútbol americano. Así que creo que ésta fue la mejor opción para ubicar el contexto del cuento.

Las avenidas grandes como el Lungotevere, la Casilina y la Olimpica fueron trasladadas como Insurgentes, avenida Observatorio y Constituyentes, respectivamente, por ser avenidas grandes y reconocidas que en algunos casos entroncan con carreteras exteriores. Piazza Euclide se convirtió en Parque América por su ubicación en la colonia Polanco y el equivalente de Villa Glori fue Parque España, por ser el parque de moda en la colonia Condesa a donde la gente lleva a pasear a sus mascotas. Corso Francia fue trasladado como Parque Lira, pues en el cuento Aldo, Emanuel y Melanie van sobre avenida Constituyentes y desembocan en Parque Lira que más adelante se convierte en Arquímedes.

Es importante mencionar que en las locaciones del texto se observa un ambiente invernal; en la traslación esto no representó gran dificultad, pues en México, durante las noches de invierno, también se siente un frío considerable y muchas veces llega a caer agua nieve. Esto lleva a otro punto muy importante en mi experiencia a la hora de hacer esta traslación culturizada, y es la dificultad que se me presentó en un principio por el desconocimiento de este tipo de situaciones: se menciona en "Seratina"

<sup>29</sup> The American School Foundation, mejor conocida como Colegio Americano.

que al ir a dejar a Melanie a su casa se topan con una fila de coches que avanza despacio por culpa de las prostitutas y travestis que se encuentran a los lados de la avenida. También se señala que Nancy se encuentra cerca de una hoguera a punto de extinguirse. Aquí me surgieron dos grandes dudas: ¿existen "pasarelas" de prostitutas en áreas más alejadas de la ciudad? (El caso de la Merced es bien conocido, pero esta zona se encuentra en pleno centro de la ciudad, y en Italia, en general, las pasarelas son en las afueras, en las periferias.) Y la segunda: ¿en México los sexo servidores encienden tambos u hogueras para mitigar el frío? Por el desconocimiento de este tema en un principio pensé en cambiar la situación por un anafre, pero después de preguntar y hacer algunas investigaciones, varias personas me comentaron que, en efecto, habían visto a prostitutas en las afueras de la ciudad encender fogatas para calentarse un poco, sobre todo cerca del área de las pirámides de Teotihuacan y por Ciudad Nezahualcóyotl. Ahora el siguiente paso era localizar un punto parecido cerca de las barrancas de Observatorio. Un compañero que vivía muy cerca de esa colonia me comentó que sí existe una zona roja establecida, pero que la mayoría son hombres y tienen su área ya delimitada, por lo tanto ésta resultó ser la situación ideal. Como añadido debo mencionar los detalles que enriquecen la adaptación, por ejemplo, cuando Emanuel, en su desesperación busca su celular para llamar a su novia, marca con el prefijo de celular de la Ciudad de México, el 55.

Con esta información pienso que el cuento quedó en su traslación muy redondo y no forzado. Además reafirmé la conclusión de que un relato con estas características, es decir, globalizado, con este tipo de situaciones muy de las grandes metrópolis, con el tipo de lenguaje que se maneja y las acciones que se desarrollan, puede ser transculturizado o adaptado con resultados positivos y con la menor pérdida para el texto original. Cabe aclarar que esto no quiere decir que la traslación sea un texto igual al de partida. Como se mencionó anteriormente, en una traducción siempre existirán

pérdidas, sin embargo, como ejercicio y como exploración del fenómeno que los cuentos están viviendo en estas últimas décadas no queda la menor duda que los procesos traductológicos también cambian con el tiempo, y que en muchas ocasiones el que no se adapta puede perder experiencias enriquecedoras.

#### b) Lugares externos a la ciudad escenario de la narración

Este apartado se refiere a los lugares fuera de la ciudad de Roma y de Italia (en el original) con sus correspondencias en la traslación. Todos los lugares cercanos fueron trasladados a lugares dentro o cerca de la Ciudad de México, dependiendo de la ubicación en el texto origen. Al igual que en el caso de lugares internos a la ciudad escenario, se utilizaron también mapas para ubicar estos lugares en sus correspondientes italianos en coordenadas. Por ejemplo, se menciona la ciudad de Siena, que trasladada quedó como Guanajuato. Estas dos ciudades se encuentran, en sus respectivos países, casi a la misma distancia y al norte de la capital, y funcionan como referente equivalente. Igualmente para el caso de Fregene se utilizó Valle de Bravo, pues son puntos cercanos a la capital y de recreación para gente de alto poder adquisitivo, además ambos tienen playas: una de mar y otra de lago. En el caso del Argentario se utilizó como equivalente Puerto Vallarta. Se escogió por su equivalencia y ubicación al noroeste de las ciudades y por ser un lugar para vacacionar en el mar. Para Frosinone, ciudad cercana a Roma perteneciente al Lazio, se hizo el cambio a Jiutepec, en el estado de Morelos, por el hecho de estar ubicados ambos lugares al sur de la capital y no muy lejos de ésta.

En los casos de lugares fuera de Italia se tiene como primer caso Bélgica, para el que igualmente se encontró una equivalencia en la ubicación. Se eligió Canadá puesto que se encuentra en el mismo continente que México y se localiza al norte, al igual que Bélgica para Italia. Éste fue el único lugar



lejano que requirió de cambios, puesto que los demás al dejarlos iguales no cambian la apreciación para el lector mexicano.

En una traslación culturizada no es necesario hacer cambios en todos los lugares mencionados, sobre todo en las referencias universales o que no representan una dificultad de entendimiento para la cultura meta. Por ejemplo, en el texto origen se habla de escapar a Australia, país muy alejado tanto para Italia como para México con muchas oportunidades para comenzar "una nueva vida". Un caso a tomar en cuenta es la referencia que se hace a *America* en el texto origen. En este caso se hizo el cambio a Estados Unidos, puesto que para los mexicanos América representa todo un continente y no sólo un país.

### c) Establecimientos

Con esto se da a entender los lugares cerrados como locales, restaurantes, hospitales, tiendas, etc., que aparecen en el relato. En este caso se mencionan sólo cuatro. El primero es la discoteca Pakiana. Según el Dìzionario De Mauro: "Pacchiano: che, chi manca di finezza e buon gusto e che denota cattivo gusto o rozzezza". Como en el texto origen es presentado con una "k" para ocultar o no evidenciar tanto el significado, y hacer más atractivo y contemporáneo el nombre, en español quedó como Bulgaria. En las colonias de moda es cada vez más común encontrar establecimientos enfocados a niveles socioeconómicos acomodados que, aprovechando la moda de la temporada, se disfrazan de niveles más populares de la sociedad para ofrecer una experiencia edulcorada de la marginación. A pesar de que siempre han sido segregados, los sectores populares tienen una alma festiva que ha sido envidiada en secreto, porque implica una liberación y desenfreno que las clases acomodadas no consideran "civilizados"; esto es algo que tiene el concepto *kitsch*: les da la oportunidad de experimentarse pobres y darse el gusto de liberarse. Lo *kitsch* es ampliamente emulado en

México: hay muchos restaurantes costosos en donde se recrea el ambiente de barrio, aunque en realidad sea sólo la imagen, pues en el fondo estos locales no son tan refinados, como en el caso del Bulgaria, en el exclusivo Valle de Bravo, donde ocurren cosas verdaderamente vulgares y surrealistas como las que les suceden a Aldo y al cirujano.

Por otro lado se tiene el *refinado* restaurante Bolognese, ubicado en Piazza del Popolo, que se transformó en La Mansión, pues se buscó un lugar exclusivo y sofisticado, ya que se está hablando de jóvenes que pueden pagar ese tipo de restaurantes.

En el caso del hospital Fatebenefratelli su equivalente quedó como el Hospital Siglo XXI por ser un hospital ampliamente conocido en la Ciudad de México.

Por último el All Night Long Bartabacchi requirió de más cambios, puesto que en México no existe este concepto de tienda donde hay un expendio autorizado de tabaco, tienda, cafetería y bar, entre otras cosas, algo que en este país no se maneja. En la traslación quedó como una tienda de conveniencia K, puesto que es lo más cercano a la realidad italiana, y es también un local que se encuentra por toda la ciudad, abierto toda la noche, en donde se vende café y también se pueden comprar cigarros. Además la mayoría de los K son locales no muy bien surtidos, tienen muy poca mercancía y por lo tanto son poco concurridos, justo como la descripción que se hace del *bar-tabacchi*. Para ajustarse a nuestra realidad se cambió la palabra *bartender* por *empleado* y, para finalizar con este establecimiento, el anuncio intermitente pasó a ser rojo y no rosa, pues el logo del K es blanco y rojo.

#### d) Zoológico

Uno de los casos en que se requirió hacer más ajustes fue en este apartado, pues es donde se presentó una mayor cantidad de situaciones propias de

cada cultura, es decir, los entornos de ambos lugares difieren en detalles importantes. Se acudió al Zoológico de Chapultepec para resolver los casos especiales y se contó con la ayuda del subdirector del zoológico, quien despejó las dudas que se tenían.

Para comenzar, se contaba con dos opciones: el Zoológico de Aragón o el de Chapultepec. Se decidió que sería el último por su ubicación y cercanía a la colonia Polanco. La ambientación se tuvo que adaptar al contexto o realidad del zoológico de Chapultepec y el primer caso por resolver fue el relativo al muro.

Es bien sabido que un rasgo característico de Chapultepec son sus rejas (incluso existen canciones tradicionales en las que se habla de ellas<sup>30</sup>), así que se hizo el cambio pertinente a la realidad mexicana. Para empezar se tiene el siguiente ejemplo que sería una traducción en dos fases como la que se mencionó en la parte teórica. El texto en español ha sido tomado de la traducción española de Juan Vivanco, quien amablemente me permitió utilizarla para este trabajo, y que es una traducción literal o en dos fases: "Se detuvieron en una avenida oscura con árboles junto a una tapia"<sup>31</sup>. En la traslación culturizada, la frase quedó de la siguiente manera: "Se detuvieron cerca de una avenida oscura con árboles junto a una reja". Se hizo este cambio porque no se pueden estacionar coches sobre avenida Chivatito, que es el lugar ideal para que esta situación sucediera (se hizo esta investigación con el mapa del zoológico y Google Maps): por eso se añadió *cerca*. La expresión *muro* fue cambiada en todos los casos por su equivalente *reja*. Por ejemplo: "—Yo voy primero? —Mariana subió sobre los hombros de Aldo y se aferró con las manos a las rejas"<sup>32</sup>.

No en todos los casos fue sencillo hacer los cambios, y se tuvo que moldear más el texto; en traducción en dos fases: "...y empezó a dar saltitos

<sup>30</sup> Cf. [www.youtube.com/watch?v=Jnx4D4IvafM](http://www.youtube.com/watch?v=Jnx4D4IvafM)

<sup>31</sup> Juan Vivanco, *Juventud Canibal, Antología del horror extremo*, Mondadori, 1998.

<sup>32</sup> En la traducción en dos fases: "—¿Voy yo primero? —Melania se subió a los hombros de Aldo y se agarró con las manos al borde de la tapia.

para ver lo que había al otro lado de la tapia". En traslación culturizada: "... y comenzó a dar saltitos para echar un vistazo del otro lado de las ramas". Existen arbustos y ramas que tapan la visión del zoológico hacia adentro, así que este caso fue resuelto de manera exitosa.

El siguiente caso necesitó más cambios, pues se dan más detalles del muro que tuvieron que ser modificados o adaptados a la cultura meta. Se cita un ejemplo anterior y traducido en dos fases: "—¿Voy yo primero? —Melania se subió a los hombros de Aldo y se agarró con las manos al borde de la tapia—. ¡Ay! ¡Mierda, hay cristales! Me he cortado. Déjame bajar". La traslación culturizada es: "—¿Voy primero yo? —Melanie subió sobre los hombros de Aldo y se aferró con las manos a la punta de las rejas—. ¡Ay! ¡Las puntas tienen filo, maldita sea! Me corté. Bájame". El elemento importante aquí son los vidrios, pues en Italia se suelen insertar fragmentos de vidrio en la parte superior de muros o bardas; en cambio, en México se tienen picas con filo en el zoológico precisamente para evitar que la gente se salte. En seguida se tiene otro ejemplo: "Tienes que poner los pies encima de la tapia, sin apoyarte en las manos. ¿Has entendido?", que en nuestro caso quedó: "Tienes que poner los pies entre pica y pica, sin apoyarte en las manos. ¿Entendiste?"

Este tipo de cambios no suponen una gran pérdida para el texto original. Crean un efecto dominó que afecta otros detalles; sin embargo, se debe tener la habilidad necesaria, con el fin de no transformar el texto innecesariamente, detenerse a tiempo para no "entusiasmarse" y seguir cambiando cosas que no es necesario culturizar. Es importante prestar especial atención a los detalles para lograr un trabajo de calidad, completo y bien cuidado.

Un caso en donde en vez de adecuar o añadir se manejó una omisión fue el siguiente: "Aldo fue rápido. Se montó a hombros de Emanuele y de un salto se plantó arriba. Un chango. En equilibrio sobre unos pocos centímetros irregulares de vidrios rotos". En mi trabajo: "Aldo fue rápido.

Se subió a los hombros de Emanuel y de un salto se trepó. Un chango. En equilibrio sobre unos pocos centímetros". De esta manera se evitan incoherencias, pues es imposible estar en vilo sobre esas rejas que no son anchas, por eso se solucionó con la omisión.

Otro caso en el que se manejó una omisión para justificar la traslación culturalizada es el caso del automóvil Tipo, pues sobre avenida Chivatito no es posible estacionar un coche por ser justamente una vía rápida. De esta forma no sería posible ni creíble el haber traducido literalmente esa parte del texto. El texto original dice así: "Un grosso ramo di una quercia si allungava oltre il muro. Emanuele salì in piedi sul tetto di una Tipo parcheggiata e con un salto abbrancò il ramo. Superò con facilità il muro e si ritrovò appeso nel buio. La luce dei lampioni non arrivava fin là. Rimase così." Mi versión: "Una rama gruesa de un fresno se alargaba por encima de los barrotes. Emanuel se subió a la reja y de un salto se agarró de la rama. Pasó con facilidad al otro lado y se encontró colgado en la oscuridad. La luz de los faroles no llegaba hasta allá. Se quedó así." También se hizo una equivalencia en cuanto a la especie de árbol mencionado en el original, que es un roble, pues no es muy común en México, y existe una mayor presencia de fresnos, según comentó el director del zoológico.

Se debe tener mucho cuidado en detalles que parecen superfluos al momento de trasladar, pero que son de cuidado, pues crean el ambiente propicio; por ejemplo: "La jaula estaba abierta y en un momento estuvo afuera, en el camino de cemento rojo del zoológico". Aquí el cambio radicó en que en el zoológico los caminos no son de grava, como se menciona en el texto italianos, sino de cemento pintado de rojo, así que se hizo la traslación pertinente.

Estos cambios, estas omisiones, se dan generalmente en toda traducción, sólo que en las traslaciones culturizadas son más evidentes —sobre todo se ponen en la mira con mayor severidad— y desencadenan otro tipo de cambios secundarios. Con estos ejemplos que fueron de los más com-

plicados, se reafirma el hecho de que un texto literario debe tener ciertas características para ser trasladado bajo esta teoría traductológica. Sí, existen cambios y omisiones, adecuaciones, pero en "Seratina" no fueron sustanciales, no afectaron el contenido, la historia o el registro que se maneja en el original. El objetivo de esta teoría no es hacer una traslación parchada, no son retazos que se unen aquí y allá, no está constituida por cambios arbitrarios o por descuidos; el objetivo es unificar, contextualizar, sumergir al lector mexicano en el texto sin descalabros ni extrañezas.

## IV. FRASES Y EXPRESIONES IDIOMÁTICAS Y METÁFORAS

Esta fase del trabajo podría ser un sub apartado del anterior, pues hace referencia a las dificultades a la hora de traducir frases idiomáticas y expresiones metafóricas que además a menudo contienen palabras malsonantes. No se ahondó mucho en este aspecto, porque uno de los puntos focales del trabajo es dar cuenta de cómo se solucionaron los problemas culturales basados en mi experiencia traductológica. A continuación mencionaré los casos que me presentaron mayor dificultad o bien que fueron más interesantes y enriquecedores.

Menciona Eva Samaniego: "el significado está condicionado por la lengua que lo organiza, y la lengua está impregnada de cultura".<sup>33</sup>

Las expresiones idiomáticas son unidades léxicas que no pueden escapar a la marca cultural, y por lo mismo son fuente inagotable de inequivalencias que generan dificultades a la hora de traducir. Existen, según Isabel Negro Alousque de la Universidad Complutense de Madrid,<sup>34</sup> tres fuentes que motivan las numerosas expresiones idiomáticas:

1. Las costumbres, hechos históricos, obras artísticas, leyendas, mitos y creencias.
2. Las áreas o zonas de cultura, en las que se reflejan las idiosincrasias culturales.
3. Las metáforas.

Como ejemplos del primer caso: "fare vasche", que es caminar varias veces una calle principal o plaza, y viene de los recorridos que los nadadores

---

<sup>33</sup> Eva Samaniego, "El impacto de la lingüística cognitiva en los estudios de traducción", en P. A. Fuertes (coord.) *Problemas lingüísticos en la traducción especializada*, p. 119-154.

<sup>34</sup> Isabel Negro Alousque, "La traducción de las expresiones idiomáticas marcadas culturalmente", en *Revista de Lingüística y Lenguas Aplicadas*, p. 133-136.

hacen en una piscina; "succedere un quarantotto", se refiere a la revolución que tuvo lugar en Italia en el año 1848; "essere il paese di Bengodi", que hace referencia a un lugar imaginario y fantástico descrito en el *Decamerón*; y "in bocca al lupo...", que tiene un origen, si bien no muy claro, basado en leyendas y mitos antiguos.

Del segundo caso se debe decir que las frases idiomáticas pertenecen o hacen patente el componente específico nacional, es decir, cuestiones que dan carácter a cada nación; por ejemplo: "come il cacio sui maccheroni", que es una frase que no podría ser más que de la cultura italiana.

Las metáforas generalmente recogen o se permean de parte de la cultura de la que vienen, aunque muchas otras son universales. Un buen ejemplo es el que hace Dante Alighieri en la *Divina Commedia* sobre el viaje como metáfora de la vida, un viaje interior de conocimiento que es la obra completa.

Existen casos en que las expresiones fijas se hallan sin cambios en ambas lenguas, y de esta forma se puede transmitir de forma exacta el mismo mensaje. Sin embargo, ante la ausencia de equivalentes semánticos es posible de igual manera encontrar la forma de transmitir el sentido del mensaje de la lengua de partida. Es tarea del traductor buscar en la lengua meta la mejor manera de transmitir la frase idiomática en cuestión.

Existe también la ausencia total de equivalencia idiomática que se da cuando la lengua meta carece de un equivalente literal para la expresión usada en la lengua de partida. De todas formas es posible transmitir el mensaje, y uno, como traductor, debe encontrar la forma de transferirlo exitosamente. Un buen ejemplo es la forma en la que en México se refiere uno a su pareja como "mi 'peor es nada", que si bien se podría traducir con una idea cercana como "il mio meglio che niente", no es una frase idiomática exacta que haga una referencia humorística a nuestra pareja, es más bien una aproximación que podríamos *adecuar* a la frase origen.

A continuación presento algunas frases idiomáticas o metáforas de "Seratina" que elegí porque me resultaron interesantes; otras las elegí como



ejemplo, pues me representaron dificultades o confusión a la hora de resolverlas. Las frases en cuestión aparecen en negritas.

1. *Emanuele aveva i piedi gonfi ma non poteva levarsi i mocassini.*

*La mamma, la signora Flaminia Monteleone, non ammetteva cose del genere. —Rimettiti subito quelle scarpe o te ne vai a mangiare in cucina. Con la servitù. Non sei un tabaccaio! —gli avrebbe detto vedendolo cenare in calzini.*

Esta frase no se tradujo literalmente, pues “no eres un estanquero” no le dice nada a un lector mexicano. En cambio se investigó esta metáfora que habla de una persona de pocos modales y maleducada, y se concluyó que su equivalencia sería la palabra “verdulero”, tan ampliamente utilizada en México para referirse despectivamente a alguien de clase baja.

2. *Seratina!*

*Nel loro gergo significava sfondarsi di canne, rigorosamente senza fidanzate, e tornare a casa a orari improbabili addobbati come alberi di Natale.*

Esta frase me presentó dificultad. Primeramente, de los varios profesores de italiano a los que consulté ninguno sabía darme una traducción precisa; la mayoría de ellos me dijo que nunca la habían escuchado, pero que sabían el sentido de la frase. Pienso que forma parte del idiolecto del autor, es decir, él utiliza esta frase de una manera en que no es utilizada comúnmente, y que designa a dos jóvenes que regresan a casa después de una fiesta con drogas y alcohol. Esta metáfora es muy acertada, puesto que un árbol de Navidad es sinónimo de muchos adornos, luces, colores, brillos, cosas vistosas... que tal vez también vean en su “viaje” los protagonistas todavía al llegar a sus casas en la madrugada. Otra interpretación es que los protagonistas estén tan drogados que lleguen “adornados” de vómito en su ropa. En este caso en que no se tienen equivalentes cercanos se debe hacer un ejercicio tanto de investigación como de imaginación para obtener la

traslación más adecuada. Así elegí "hasta las chanclas", típica frase para designar ese estado de conciencia alterada. Tuve mucho cuidado en no utilizar groserías para este término, ya que el autor hace que el narrador hable generalmente con mayor propiedad que los personajes.

### 3. *Emanuele riconobbe sulla faccia di cazzo di Aldo la stronza sicurezza di chi conosce i suoi polli.*

Esta frase "chi conosce i suoi polli" tiene un equivalente en la jerga mexicana (aunque también he visto que lo usan en Argentina). Hay un dicho muy popular: "conozco a mi gente" y se emplea de forma irónica y con tono de "sabelotodo" ante una afirmación que sabemos no es cierta o con la que se intenta dar una imagen ficticia de sí mismo, por ejemplo: "— Sólo una rebanadita porque no como mucho. —Mejor sírvete bien porque al rato vas a querer más... como si no conociera a mi gente." En este caso "mi gente" se aplica generalmente a la familia o gente muy cercana; "i miei polli" hace referencia a la mamá gallina que sabe cómo son sus polluelos, porque los conoce. Tal vez en México la frase no sea tan "vistosa" como en italiano, pero ciertamente es un equivalente exitoso.

Así que en este caso, la actitud de Aldo es precisamente ésa: como conoce de sobra a Emanuel, sabe que regresará ante las insistencias de Melanie para entrar al zoológico.

### 4. —*Una cosa che mi ha detto Melania su di te.*

—*Che cosa?*

—*Ha detto che sei carino. Che le piaci una cifra.*

Esta expresión "piacere una cifra" es muy romana, aunque en otras partes de Italia se maneja de otras formas: "mi piace un sacco", "un botto", etc. En el cuento lo traduje como "Le gustas un buen", debido a que es una frase muy utilizada en la vida diaria. Había pensado en traducirla como "Le gustas un chingo", sin embargo, la frase origen no hace uso de una palabra

altisonante, y el objetivo es respetar el texto en la medida de lo posible. Es cierto que en algunos casos se utilizó en español alguna expresión malsonante que en la lengua origen no existía, pero estos casos fueron meditados e investigados a profundidad.

5. *Aldo stava fuori come un balcone, questo fatto ora gli era assolutamente chiaro, aveva riletto tutta la storia ed era giunto alla conclusione che Aldo era da sempre nient'altro che uno psicopatico.*

Por último tenemos esta frase perteneciente al área de Roma para referirse a alguien que está fuera de sí, loco, pasado de drogas o borracho. En un principio no entendí el sentido exacto de la frase, aunque el contexto me dio referencias. Después tuve que decidir entre varios equivalentes: "loco de remate", "loco de atar", "chiflado", "bien pinche loco", pero ninguna me convenció mucho pues todas se explicitan con la palabra *loco*. Descarté las dos primeras puesto que se me hicieron falsas, como traducción de español estándar; la tercera me parece que da un sentido más humorístico a la frase, más bromista, y estamos ante la reflexión profunda de un personaje sobre la locura real de su mejor amigo; el último caso no me pareció apropiado, puesto que, al estar hablando el narrador que es omnisciente, no utiliza tantas groserías como los personajes, y no me pareció acertado el utilizar esta frase vulgar, aunque muy utilizada en todo México. "Essere fuori" es una metáfora reducida de "essere fuori di testa", es decir, no poder razonar, estar loco, y se utiliza comúnmente como en "quello è fuori"; de ahí se pasa a una comparación sumamente imaginativa y plástica, que es "come un balcone". A fin de cuentas, elegí "volado como un papalote", primeramente porque "volado" se utiliza de la misma forma en México, alguien que ya está "perdido" por andar en drogas, que es lo que sucede en el cuento mismo. La comparación vino después, ¿cómo puede alguien estar volado?, ¿como qué? Como un cometa, como un papalote, aún más mexicano. Creo que de esta forma se mantuvo esa plasticidad del lenguaje que el original

posee, con su carga humorística, con esa "jiribilla" característica de las frases propias que se desarrollan en el lenguaje popular.

### Palabras y expresiones altisonantes

Además de estas frases, en "Seratina" aparecen muy seguido sus "primas malas", esas frases idiomáticas que contienen insultos, referencias sexuales o excrementicias. ¿Cómo traducir groserías? Parece que es un tema que crea revuelo. Las expresiones malsonantes se inscriben, en cuanto a traducción e interpretación, como una problemática generalizada de las expresiones hechas, según Íñigo Sánchez-Paños de la Universidad Complutense de Madrid.<sup>35</sup> Sin embargo, también representan el motivo para que un traductor haga lucir su trabajo... esto, si se encuentra familiarizado con el tema, de lo contrario, puede resultar desastroso. Desde mi punto de vista, la traducción de groserías bajo la Teoría del Skopos no representa un problema serio, al contrario, da margen y cabida a lo que los traductores en dos fases terminan haciendo con este tipo de palabras, puesto que las groserías dependen muchísimo del contexto, ubicación y entonación que se le dé en el momento. A mi parecer, estas palabras son las más "libres" dentro del proceso traductológico, puesto que cada región maneja diferentes características y formas de decir las, muchas veces de maneras sumamente ingeniosas, y no hay forma de que pasen inadvertidas ni de eliminarlas (a menos que ése sea el encargo específico de la casa editorial). Son también las señales sutiles por las cuales nos podemos guiar para saber contextualizar las obras en tiempo, lugar y condición.

Estas expresiones las encontramos, pues, tanto en palabras aisladas ("¡carajo!"), como en frases enteras ("¡vete a la *chingada!*"), en refranes

<sup>35</sup> II Encuentros complutenses en torno a la traducción: 12-16 de diciembre de 1988, Madrid, Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de la Universidad Complutense de Madrid, 1990, p. 113.

(“según coma el mulo, caga el *culo*” —esta última se considera grosería en México, no así en España, por ejemplo—) y sobre todo en comparaciones (“está más fea que la *chingada*”). Según Sánchez-Paños,<sup>36</sup> son contadas las veces en las que un traductor o intérprete se tropezará en su vida profesional con frases malsonantes. Éste no es el caso. De hecho, “Seratina” se encuentra plagada de expresiones malsonantes que le dan un tono propio al texto. A pesar de lo que suponía antes de comenzar mi trabajo, no se presentaron casos problemáticos, pues ambas lenguas poseen muchas palabras y frases idiomáticas altisonantes para todo tipo de situación; aunque muchas de ellas no son correspondientes formales, existen otras que fungen de la misma manera, dependiendo de su factor pragmático, de las condiciones y contexto de la situación, aunque no se utilicen de manera exacta las comparaciones o calificaciones.

Muchos autores hacen hincapié en la importancia y en la extrema atención que se le debe prestar a este tipo de frases, sin embargo, existe también una gran mayoría que opina que no se le debe mitificar ni conceder una importancia excesiva, sino trabajar sobre la práctica.<sup>37</sup>

Una parte importante a la hora de trasladar groserías es su carga pragmática, es decir la intención comunicativa de cada una de ellas. Las groserías se circunscriben al contexto; Octavio Paz lo manifiesta cuando menciona que un levísimo cambio de entonación hace que la *chingada* se vuelva chistosa o hiriente, juguete o arma afilada.<sup>38</sup>

Algunos autores, como Ana María Rojo y Javier Valenzuela opinan que a grandes rasgos existen tres funciones pragmáticas muy importantes en este plano a tomar en cuenta: énfasis, irritación y desprecio.<sup>39</sup>

<sup>36</sup> *Idem.*

<sup>37</sup> *Idem.*

<sup>38</sup> Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. “Postdata. Vuelta a *El laberinto de la soledad*”, pp. 113 y 114.

<sup>39</sup> Ana María Rojo y Javier Valenzuela, “Sobre la traducción de las palabras tabú”, *Revista de Investigación Lingüística*, p. 214. Los ejemplos son míos.

a) Énfasis: funciona como un intensificador, pues la grosería enfatiza toda la palabra (sustantivo, verbo o adjetivo) que la acompañe: "¡No! ¡Carajo! ¡La boda! **Putá madre**, y yo que mañana quería encerrarme a estudiar!"<sup>40</sup>

b) Irritación: Muy frecuente, aparece en la mayoría de los casos, especialmente con nombres y con casi todos los verbos: "Sencillo, nomás pa' **chingar** a los parientes..."<sup>41</sup>

c) Desprecio: Se utiliza para marcar de manera peyorativa el elemento que modifica. Cuando se introduce una palabra malsonante se indica que algo es insignificante, de poca importancia o moralmente despreciable: "Esos pandilleros **de la chingada** no dejaban de ver hacia el coche."<sup>42</sup>

En resumidas cuentas, los casos de palabras altisonantes deben ser tratados como todo proceso traductológico, tomando en cuenta los diferentes parámetros que intervienen en el proceso traductor: lingüísticos, socio-culturales, de destinatario, etc.<sup>43</sup>

Con las frases malsonantes, más que con ninguna otra familia de palabras, la equivalencia fuera de contexto es prácticamente inexistente; es decir, no hay equivalencia transcodificable, esto es, ajena al contexto, como elemento estático y de traducción más mecánica, ya que tienen un carácter fijo. Éstas son algunas frases idiomáticas acompañadas de insultos, referencias sexuales o excrementicias:

1. *L'ho fatto secco, cazzo. L'ho ucciso. / Me lo eché, puta madre.* Lo maté. En la frase "L'ho fatto secco, cazzo. L'ho ucciso" se tienen dos partes para analizar. La primera es la frase idiomática *fare secco*, que significa matar

<sup>40</sup> En el original: "No! Cazzo! Il matrimonio! **Maledizione**, e io che domani volevo chiudermi a studiare!"

<sup>41</sup> En el original: "Semplice, **per rompere i coglioni** ai parenti, per quale altra ragione sennò?"

<sup>42</sup> En el original: "Quei somali **del cazzo** continuavano a guardare la macchina."

<sup>43</sup> Cf. Hurtado Albir, *op. cit.*

a alguien violentamente en lenguaje coloquial; en español de México se tienen varias formas para decirlo: “cargarse o echarse a alguien”, “escabechar”, “reventar”, “dar cuello”, entre otras variantes. Elegí “me lo eché”, puesto que me parece que “escabechar” y “dar cuello” tienen un toque humorístico que no es el apropiado para la escena en que se desenvuelve la acción; generalmente se dice que alguien “se escabechó” a otra persona en un ambiente temporal más alejado, más de chisme. Es cierto que aunque es un poco absurda la situación, es completamente seria para Emanuel. En el caso de *cargarse* y *reventar* me parece que su uso es más fuerte, violento y vulgar, puesto que generalmente el *reventar* viene acompañado de una palabra malsonante, como “lo reventé a putazos” o en el caso de *cargar*: “me cargué a ese pendejo a balazos”. En la situación en la que se da la frase, el protagonista aterriza sobre el cadáver de un animal, y piensa que lo mató; es un momento de gran angustia, puesto que se encuentra en una situación estresante —aunque no tan tremenda como en el caso de matar a alguien—, trepando una reja para meterse de contrabando al zoológico y sin sus amigos; por eso pienso que “me lo eché” es la frase más natural que habría pronunciado este personaje.

La segunda parte por analizar es *cazzo*. Sucede que las acciones eróticas, referencias sexuales o de liberación intestinal varían de lengua a lengua en muchos casos, es decir, el significante es arbitrario. Las groserías asumen un sentido simbólico comúnmente aceptado y reconocido por los miembros pertenecientes al mismo grupo lingüístico y dialectal; por ello, en mi traslación quedó como “puta madre”, pues es la frase más inmediata en ese contexto del inconsciente colectivo en cuanto a una exclamación de sorpresa o ira se refiere. El motivo de no haber elegido su correspondiente “carajo” se debe a que ha dejado de ser una palabra tabú común (es ya una palabra con una carga mínima de violencia y vulgaridad) entre la población más joven del país que prefiere insultar a la madre en vez de mencionar la virilidad del miembro masculino. Además, *puta madre* es bastante más

fuerte que *carajo*, y esto expresa el sentimiento de culpa del protagonista por lo que cree que ha hecho. Cabe aclarar que el uso de *carajo* continúa utilizándose entre los jóvenes, aunque ya muy poco, pues se ha suavizado su significado y lo vuelve menos atractivo.

2. *Non ci posso credere, sono le quattro di notte e questo imbecille si mette a rompere le palle ai travestiti. Allora non ha capito un cazzo? / No lo puedo creer, son las cuatro de la madrugada y este imbécil se pone a chingar a los travestis. ¿Entonces no ha entendido ni madres?*

Sería bueno detenernos un poco para traer a colación los acertados pensamientos de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. Como menciona Paz, los significados de *chingar* son innumerables —todo depende de la situación en la que se utilice—: “Basta un cambio de tono, una inflexión apenas para que el sentido varíe. Hay tantos matices como entonaciones: tantos significados como sentimientos”.<sup>44</sup> Este verbo en sí denota violencia: hiere, rasga, destruye, viola, y está directamente relacionado con la figura de la Madre mexicana, esa figura mítica que representa a la madre que ha sufrido, metafórica o literalmente, la acción que viene implícita en el verbo al que se alude; esa Madre representada por la Malinche, que nos convierte a todos los mexicanos en “hijos de la chingada”. Por ende, esta palabra está teñida de sexualidad y por lo mencionado anteriormente el que chinga nunca lo hace con el consentimiento del que es chingado. En resumidas cuentas es un verbo “masculino, activo, cruel: pica, hiere, desgarrar, mancha. Y provoca una amarga, resentida satisfacción en el que lo ejecuta”,<sup>45</sup> justo lo que Aldo le hace al travesti. Esta palabra engloba perfectamente todos esos matices que se dan en el texto, toda esa carga sexual de la situación, el temperamento desbocado, la rabia y locura de Aldo descargada en el travesti que ni la debe ni la debería temer.

<sup>44</sup> Octavio Paz, *op. cit.*, pp. 113 y 114.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 114.



También se tiene de nuevo *cazzo* y esta vez tampoco elegí "carajo", que se habría escuchado extraño y un poco forzado; es posible que alguien diga "no ha entendido un carajo", sin embargo, creo que en el contexto en el que está, una persona joven habría hecho alusión, una vez más, a la madre, centro de ofensa muy recurrida por los mexicanos.

3. *Tanto ti bocciano pure questa volta. Ma questa volta mamma ti s'incula davvero. Igual y te truenan otra vez. Pero esta vez mamita te chinga en serio.*

Como se observó, un caso en el que el sentido de las frases en las dos lenguas es el mismo es el mencionado arriba. Recordemos que *chingar* tiene este sentido de apertura, de desgarrar, de sometimiento, de violación siempre implícita en este verbo predilecto del mexicano. En esta frase vemos que en italiano se tiene el verbo *inculare*, metáfora de penetración, de castigo por algo mal hecho. En sí el sentido es el mismo, sin embargo "encular", que existe en español, es poco utilizado en el *slang* mexicano. También hay que tomar en cuenta que en México "encular" se utiliza para los casos en que alguien está no sólo enamorado, sino obsesionado con otra persona: "lo que pasa es que estás *enculada* con fulano".

4. *Nooo, non è possibile... Siamo nella merda. Ora le spara / Nooo, no es posible... Ya valió verga. Le va a disparar.*

Este caso me pareció interesante para ejemplificar las diferencias escatológicas entre dos culturas: la europea y la mexicana. En general, son mucho más utilizadas las expresiones con componentes excrementicios en Europa que en México, sólo basta con tomar en cuenta todas las expresiones españolas: "me cago en la hostia", "en la leche", "en la mar salada", "¡mierda!" Bien dice Paz que los españoles se regodean en la blasfemia y la escatología; insultan a Dios porque creen en él. El mexi-

cano —dice— se complace más en la crueldad y el sadismo.<sup>46</sup> Por esto mismo entiendo que en general se utilice más esta expresión que define al miembro viril masculino y que, como ya decía el autor, se remite siempre a lastimar y hacer daño. Las frases escatológicas, también muy utilizadas en italiano, se remiten a liberaciones, a desahogos, mientras que las mexicanas punzan y hieren: “cuando algo vale verga es que ya se chingó el asunto”.

---

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 115.

## V. CONCLUSIÓN

Como hemos visto, ha quedado claro que el trabajo de traducción no se limita sólo al ámbito lingüístico, sino que puede extenderse y abarcar el de los estudios socioculturales de cada lengua hasta llegar a ser un trabajo antropológico. El proceso de traducción no se circunscribe sólo a grupos de palabras que conforman un enunciado; es un proceso más complejo, pues en la actividad humana diaria las acciones se llevan a cabo por personas que se comunican; algunas toman el papel de emisor o de receptor de un mensaje comunicativo transmitido mediante signos verbales o no verbales. La comunicación se realiza a través de un medio y en situaciones circunscritas en el tiempo y el espacio, lo que vuelve específica cada situación. Esta especificidad determina cómo y sobre qué se comunican las personas, es decir, las situaciones están inscritas en un hábitat cultural que impacta en ellas, y el lenguaje utilizado para comunicarse se considera parte de la cultura.<sup>47</sup>

Uno de los objetivos de este trabajo fue demostrar que un texto literario puede ser traducido de manera exitosa mediante una corriente funcionalista como la Teoría del Skopos, a pesar de las críticas que esta escuela ha arrastrado consigo a lo largo de los años. Pienso que el valor de este método reside en la capacidad del traductor para saber diferenciar qué textos *literarios* aceptan o no este tipo de teoría de manera exitosa. En la traslación culturizada de "Seratina" mi objetivo fue lograr que los aspectos sociales se mantuvieran, que no hubiera cambios de estructura o sentido, que los personajes permanecieran fieles y que los nudos dramáticos simplemente fueran adaptados al contexto cuando no se pudieron mantener las mismas características del "paisaje". Para lograr este objetivo, se realizó una investigación a fondo, pues la traducción, y en particular la traslación culturizada

<sup>47</sup> Cfr. Christiane Nord, "El funcionalismo en la enseñanza de la traducción", *Mutatis Mutandis*, p. 209.

da, no es un asunto de escritorio, hay que realizar trabajo de campo, salir, preguntar, visitar e informarse sobre todos los asuntos relacionados con nuestro texto. Como dice el profesor Agustín Cadena, hay que comentar nuestro trabajo con quien sea: uno nunca sabe si estas personas son doctas en el tema o conocen a alguien que nos pueda ayudar; sobra decir que de esta forma fue la manera en que resolví algunas dudas de este trabajo. También es muy cierto que tener cultura general es parte fundamental a la hora de llevar a cabo un trabajo de este tipo, pero también se debe poseer cultura específica, que no viene integrada en el paquete que se nos "entrega" con los estudios realizados en la facultad. Por esto mismo no hay que conformarse con lo que uno ya conoce, hay que investigar a fondo cada época, cada corriente en la que surgió el texto, cada detalle, y de esta forma cada nueva traducción traerá para el traductor la oportunidad, y responsabilidad, de conocer aspectos del mundo antes desconocidos.

Otro objetivo planteado fue identificar y explicar las dificultades que se fueron encontrando a lo largo del texto, así como la manera en que se resolvieron y las decisiones que se tomaron con este fin. En sí, este trabajo es un acercamiento a las experiencias que viví como traductora y las formas en que me aproximé a las dificultades que todo texto posee. En relación con este punto, creo que es importante mencionar las bondades de las herramientas tecnológicas y su utilidad para lograr una aproximación más detallada a otras culturas. Gracias al Google Street, Google Maps y en general al Internet pude visualizar calles, barrios y zonas de Roma y la Ciudad de México; esto me ayudó a tener más claro el panorama y lograr un trabajo más cuidadoso. También fue muy útil el Internet para conocer términos en *slang* italiano que desconocía. Creo que usar de manera correcta estas herramientas puede ser de mucha utilidad para el traductor.

Por otra parte, gracias a la especialización en el área de crítica literaria a la hora de traducir se puede tener una mayor amplitud de pensamiento y de formas de aproximarse al texto. Puedo decir que mediante el análisis

un poco más sociológico de las palabras altisonantes descubrí diferencias no sólo lingüísticas, sino de carácter, relativas al ser, entre la cultura mexicana y la europea; y que, a pesar de ser tan similares, resulta que poseen un matiz, apenas un velo, que las diferencia enormemente. Sin embargo, es importante mencionar que los estudios de traducción son fundamentales a la hora de traducir; sin este conocimiento la tarea del traductor se ve empañada.

También es importante tener en mente que se debe trabajar con la *intención del autor* para descifrar, como menciona Mauricio Beuchot,<sup>48</sup> esa intención, este significado pragmático que permite llegar a los manejos más profundos del sentido y así poder plasmar de mejor forma las ironías, figuras retóricas o poéticas de un texto. En el caso de "Seratina", el texto mismo es una crítica social a los valores que imperan desde hace unos decenios, o a lo que queda de ellos. Es por lo mismo un texto irónico, violento, directo, un retrato fiel de las atrocidades cotidianas que pasan inadvertidas por su misma naturaleza, y este retrato debía pasar de esa misma forma a la cultura de México. La misma Luisa Brancaccio, co-autora del texto, lo dice en un correo electrónico que me hizo favor de contestar: "Volevamo [Niccolò y ella] scrivere di una borghesia ricca e arrogante ma anche molto sofferente, la stessa da cui veniamo sia io che Niccolò, volevamo scrivere di cose che conosciamo, appunto. Volevamo essere crudeli, volevamo che il lettore stesse male". Por lo mismo, el lenguaje debió ser tratado con el mismo cuidado que los autores le imprimieron al cuento, como dice Brancaccio:

se dovessi scegliere una qualità di quel racconto sceglierei proprio quella letteraria, narrativa. Non la rottura, non la condanna sociale ma la narrazione pura. Le storie in cui non si sente la voce dell'autore, in cui non si avverte lo sforzo dell'autore di darti la sua versione dei fatti, in cui non viene

---

<sup>48</sup> En Elsa Cecilia Frost, *El arte de la traición*, p. 44.

spiegata nessuna ideologia. La storia come mezzo per trasmettere emozioni, la scrittura non come prolungamento della mente ma come prolungamento dell'esperienza.

Para finalizar, es inevitable tocar el tema de la fidelidad. Para los lingüistas y traductores este término difiere considerablemente. Comparto la idea de Hurtado Albir,<sup>49</sup> quien se pronuncia por la fidelidad como el vínculo entre un texto original y su traducción, pero sin describir la naturaleza de este vínculo. Es ahí, en esta naturaleza, donde las diversas corrientes traductológicas marcan la diferencia. En este caso, las corrientes funcionalistas se inclinan hacia la fidelidad al sentido, es decir, a lo que ha querido decir el emisor del texto original, a los mecanismos de la lengua de llegada y al destinatario de la traducción. Christiane Nord crea su propia variante, con la que concuerdo ampliamente, en la que establece como principio orientador la funcionalidad, es decir la *idoneidad* del texto para un determinado fin, y la lealtad, es decir el respeto a las intenciones y expectativas de las personas involucradas en el acto traslativo.<sup>50</sup> Todas estas personas involucradas tienen un concepto determinado sobre cómo debe ser o no una traducción; además, el hecho mismo de pertenecer a una cultura diferente de la que se traduce hace que se tengan ideas divergentes. El traductor debe descifrar estas divergencias, conocer ambas culturas y características que conforman sus pensamientos, y es su tarea mediar de la mejor manera posible entre ambas.

Recordemos estas palabras de Eco que tuve siempre presentes en la realización de este trabajo:

La conclamata "fedeltà" delle traduzioni non è un criterio che porta all'unica traduzione accettabile [...] La fedeltà è piuttosto la tendenza a credere che la traduzione sia sempre possibile se il testo fonte è stato interpretato con

<sup>49</sup> Hurtado Albir, *op.cit.*

<sup>50</sup> Christiane Nord, *op. cit.*, p. 219.

appassionata complicità, è l'impegno a identificare quello che per noi è il senso profondo del testo, e la capacità di negoziare a ogni istante la soluzione che ci pare più giusta.

Se consultate qualsiasi dizionario vedrete che tra i sinonimi di *fedeltà* non c'è la parola *esattezza*. Ci sono piuttosto *lealtà, onestà, rispetto, pietà*.<sup>51</sup>

---

<sup>51</sup> Umberto Eco, *op. cit.*, p. 364.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AMMANITI, Niccolò *et al.*, *Gioventù cannibale*, Einaudi, Torino, 1996.
- BROLLI, Daniele, pról. a la primera edición, *Gioventù cannibale*, consultable en [www.orepiccole.org](http://www.orepiccole.org)
- DEVOTO, Giacomo y Gian Oli (coord.), *Dizionario della lingua italiana*, 1989.
- ECO, Umberto, *Dire quasi la stessa cosa. Esperienze di traduzione*, Milán, Bompiani, 2006.
- FROST, Elsa Cecilia, *El arte de la traición*, México, UNAM, 1992.
- *Juventud canibal. Antología del horror extremo*, Juan Vivanco (trad.), Mondadori, 1998.
- LEOPARDI, Giacomo, *Operette morali*, Rizzoli, Milano, 1951.
- NEGRO ALOUSQUE, Isabel, "La traducción de las expresiones idiomáticas marcadas culturalmente", *Revista de Lingüística y Lenguas Aplicadas*, vol. 5, año 2010, Universidad Complutense de Madrid.
- NORD, Christiane, "El funcionalismo en la enseñanza de la traducción", *Mutatis Mutandis*, vol. 2, no. 2, 2009.
- PANZIERI, Fulvio, "I 'cannibali', compleanno da dimenticare", *Avvenire*, 24 mayo 2006.
- PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad*. "Postdata. Vuelta a *El laberinto de la soledad*", México, FCE, 2009.
- PÉREZ, Miguel, "Pragmática y traducción: una propuesta para el tratamiento de las inferencias conversacionales", *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, consultable en [www.um.es](http://www.um.es)
- RADERS, Margit y Juan Conesa (eds.), *II Encuentros complutenses en torno a la traducción*: 12-16 de diciembre de 1988, Madrid, Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de la Universidad Complutense de Madrid, 1990.
- REISS, K. y Josef Vermeer, *Fundamentos para una teoría funcional de la*



traducción, Madrid, Akal, 1996.

· ROJO, Ana María y Javier Valenzuela, "Sobre la traducción de las palabras tabú", *Revista de Investigación Lingüística*, núm. 1, vol. III, 2000.

· RYRIE, Charles C., *Biblia de estudio Ryrie*, trad. Reina-Valera, Michigan, Portavoz, 1991.

· SAMANIEGO, Eva, "El impacto de la lingüística cognitiva en los estudios de traducción", en P. A. Fuertes (coord.), *Problemas lingüísticos en la traducción especializada*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2007.

· TREVI, Emmanuel, pról. a la segunda edición de *Gioventù cannibale*, consultable en [www.orepiccole.org](http://www.orepiccole.org)

· *Vocabolario della Lingua Italiana Zingarelli*, Bolonia, Zanichelli, 2006.

## BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

· ACOSTA GÓMEZ, Luis A., *El lector y la obra*, Madrid, Gredos, 1987.

· BASTIDAS URRESTY, Édgar, *El mito de Babel*, abril 2009, consultable en <http://cultural.argenpress.info/2009/04/el-mito-de-babel.html>

· CÁMARA AGUILERA, Elvira, *La traducción como acto intercultural. El español y la variación intralingüística*, consultable en <http://www.elcastellano.org/ecamara.html>

· CANZIAN, Alessandro, *L'effetto italiano*, 2 de julio de 2006, consultable en [www.carmillaonline.com](http://www.carmillaonline.com)

· DOMÍNGUEZ, Adriana y Demetrio IBARRA (comps.), *1er congreso multidisciplinario en torno a la traducción*, México, Universidad Intercontinental, 2006.

· EGURBIDE, Perú, "Los 'jóvenes caníbales' italianos convierten la casquería literaria en fenómeno editorial", *El País*, 13 de marzo de 1997, consultable en [http://www.elpais.com/articulo/cultura/ITALIA/jovenes/canibales/italianos/convierten/casqueria/literaria/fenomeno/editorial/elpepicul/19970313elpepicul\\_5/Tes/](http://www.elpais.com/articulo/cultura/ITALIA/jovenes/canibales/italianos/convierten/casqueria/literaria/fenomeno/editorial/elpepicul/19970313elpepicul_5/Tes/)

- FAINI, Paola, *Tradurre. Manuale teorico e pratico*, Roma, Carocci, 2008.
- GARCÍA YEBRA, Valentín, *En torno a la traducción*, Madrid, Gredos, 1989.
- , *Experiencias de un traductor*, Madrid, Gredos, 2006.
- HURTADO ALBIR, Amparo, "Las traducciones envejecen", consultable en <http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2010/05/19/-02197474.htm>
- LÓPEZ GUIX, Juan Gabriel, *Tras la sombra de Babel*, Universidad Autónoma de Barcelona, consultable en <http://www.traduccionliteraria.org/1611/art/lopezguix.htm>
- MANTARRO, Chiara, "Traducir el cine, traducir el dialecto: estudio lingüístico de la película *Romanzo criminale*", Universidad de Málaga, *Entre-culturas*, no. 2, diciembre de 2010, consultable en [www.entreculturas.uma.es/n2pdf/articulo10.pdf](http://www.entreculturas.uma.es/n2pdf/articulo10.pdf)
- MARÍAS, Javier, *Babel*, consultable en <http://www.letraslibres.com/index.php?art=7193>
- MOYA, Virgilio, *La traducción de los nombres propios*, Madrid, Cátedra, 2000.
- , *La selva de la traducción. Teorías traductológicas contemporáneas*, Madrid, Cátedra, 2004.
- MUNADAY, Jeremy, *Introducing Translation Studies. Theories and applications*, Londres, Routledge, 2001.
- NORD, Christiane, "La unidad de traducción en el enfoque funcionalista", en *Quaderns. Revista de Traducció*, no. 1, 1988.
- ORTEGA OLIVARES, Jenaro, "Aproximación a la pragmática", en *Revista de Didáctica*, Universidad de Granada, 1988, consultable en [www.marcoele.com](http://www.marcoele.com)
- PÉREZ, Miguel, Elena Garayzábal heinze y Mohamed El-Madkouri, "Pragmática y traducción: una propuesta para el tratamiento de las inferencias conversacionales", *Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, núm. VI, diciembre de 2003.

- PÉREZ RODRÍGUEZ, José Enrique, *Calidad de la traducción y desarrollo cultural*, Galicia, Universidad de Vigo, consultable en [www.cienciasecognicao.org/pdf/v08/m326102.pdf](http://www.cienciasecognicao.org/pdf/v08/m326102.pdf)
- RALL, Dietrich (comp.), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, México, UNAM, 1987.
- REYES, Carlos José, "La traducción como acto de comunicación. Notas sobre Después de Babel de George Steiner", *Revista La Tadeo*, no. 68, Bogotá, 2003.
- SANTOYO, Julio César, *Traducciones cotidianas en la Edad Media: Una parcela olvidada*, Universidad de León, 1997, en [www.histal.umontreal.ca](http://www.histal.umontreal.ca)
- TAPIA ZÚÑIGA, Pedro C., *Cicerón y la translatoología según Hans Josef Vermeer*, México, UNAM, 2003.
- TORRES Sánchez, María de los Ángeles, *Aproximación pragmática a la ironía verbal*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1999.
- TRICÁS Preckler, Mercedes, *Manual de traducción francés-castellano*, Barcelona, Gedisa, 1995.

## SITIOS DE INTERNET

- Artículos de literatura  
<http://www.carmillaonline.com/>
- Canción sobre Chapultepec  
[www.youtube.com/watch?v=Jnx4D4IvafM](http://www.youtube.com/watch?v=Jnx4D4IvafM)
- Hábitat de los robles  
[www.es.wikipedia.org/wiki/Nothofagus\\_obliqua](http://www.es.wikipedia.org/wiki/Nothofagus_obliqua)
- *Revista Electrónica de Estudios Filológicos* [www.um.es/tonosdigital/znum15/index.htm](http://www.um.es/tonosdigital/znum15/index.htm)
- Revista Ore Piccole  
[www.orepiccole.org](http://www.orepiccole.org)
- Tablas de conversiones (piotta-euro) <http://www.lavinium.com/italiano/>

[piottaeuro1.htm](#)

· Teorías funcionalistas de la traducción

<http://teoriasfuncionalesdelatraduccion.wikispaces.com/>

· Teoría del Skopos

<http://traduccionjuntos08-09.wikispaces.com/>

[Teor%C3%ADa+del+Skopos](#)



Emanuel tenía los pies hinchados, pero no podía quitarse los mocasines.

La mamá, la señora Xóchitl Mondragón, no admitía cosas de ese tipo.

—Ponte de nuevo esos zapatos o vete a comer a la cocina. Con la servidumbre. ¡No eres un verdulero! —le habría dicho viéndolo cenar en calcetines.

Y así, sentado en el sofá en brocado junto a su mamita, se atiborraba la crema de verduras viendo el noticiero del 2.

Quería volver a su cuarto, echarse en la cama y morir.

*Qué diíta*, pensó.

Toda la culpa era de Lulú y sus brassieres.

De sus suéteres, lápices labiales, guantes de piel de cabra, medias de red y leches limpiadoras.

Desde las tres hasta las ocho, entre Bennetton, Tommy y Fendi, de compras con la novia. No había abierto libro. Y faltaban sólo tres días para el examen de derecho mercantil.

Sintió una punzada de dolor en el costado.

Se tragó otra cucharada de la sana crema de verduras que le hacía tanto bien a la úlcera de mamita.

—María, ¿qué hay de guisado?

La sirvienta chilló:

—Ejotes hervidos.

Emanuel subió el volumen de la televisión.

—¡Bájale, Emanuel! Tengo un dolor de cabeza horrible —dijo la señora Mondragón con aire cansado.

Emanuel ya no la soportaba. Todos los días con su pinche dolor de cabeza. Con esa expresión de disgusto pegada en la cara. Parecía que se hubiera comido un plato de moronga echada a perder. Estaba ahí, seca y verde como un espárrago, con aquel traje sastre rojo cardenal, con su úlcera de la chingada, que tenía a todos desnutridos a base de pollo hervido, con el cigarro en los labios y los lentes oscuros.

—Bueeeno, me voy a la cama.

La señora Mondragón permaneció impassible.

Emanuel se paró y se arrastró hacia su recámara atravesando los sesenta metros del suntuoso salón tapizado de cuadros abstractos y alfombras *kilim*.

Pero fue parado en seco en la puerta.

—Emanuel, ¿te acuerdas que mañana por la mañana tenemos que ir a la boda? Le pedí a María que te despierte a las seis y media, ponte el traje azul, el de Armani...

Emanuel prosiguió sin contestar.

*¡No! ¡Chingao! ¡La boda! ¡Putá madre, y yo que mañana quería encerrarme a estudiar!*

Se le había olvidado por completo.

En Guanajuato. En una finca perdida en alguna hacienda campestre.

*¿Por qué Guillermo se tiene que ir a casar a Guanajuato? ¿Y ultimadamente, por qué se tiene que casar?*

*Sencillo, nomás pa' chingar a los parientes, ¿si no qué otra razón?*

¡Horrible! Despertarse a las seis y media, viajar con esa momia de mamitaquerida que te dice una y otra vez:

—¡No corras, Emanuel! ¡Vete más despacio! Así nos vamos a matar.

Entendía a su papá. El pobrecillo se había tenido que ir hasta Canadá para no vivir a su lado.

Se imaginó entonces a la bola de fresas y parientes amontonados frente al bufet, y a su primo Guillermo, el güey más pendejo del Valle de

México, pavoneándose tomado del brazo de Donna, una caballona rubia del Vermont.

Absorto en estas humillantes consideraciones, Emanuel se encaminó por el corredor decorado con frescos. Parecía un condenado a muerte que se dirigía a la silla eléctrica. Estaba a punto de meterse a su guarida cuando sonó el video interfón.

Contestó.

Sobre la pantalla pequeña apareció la jeta cacariza de Aldo Trejo.

Sonrisa alegre. Cuatro pelos nadando en gel. Ojos pequeños y rápidos. Narizota.

—¿Nohecita, muchacho? —graznó el interfón.

—Qué onda, güey, ¿quieres subir?

—No, baja tú. Vamos a dar una vuelta.

—...Ya casi me iba a dormir.

—¿Cómo crees?

—Pasé la tarde con Lulú y mañana temprano tengo que ir a Guanajuato.

—Nohecita reducida, entonces. Un toquecito rápido.

—No... —pero después cambió de opinión—. Está bien, bajo un ratito, así me acompañas a comprar los cigarros.

—Buen chico.

Colgó y fue por la chamarra de piel.

¡Nohecita!

En su argot quería decir ponerse hasta la madre de churros, rigurosamente sin novias, y llegar a casa tardísimo, hasta las chanclas.

Pero desde hacía tiempo las nohecitas comenzaban a fastidiarlo.

*Las nohecitas son un túnel. Te pones hasta el huevo y estás hecho pedazos y no logras estudiar y todo se te escapa de las manos y se te hace pesado, tu pinche recámara y las cenas con tu mamá y las bodas en Guanajuato. Por eso las evito como la peste.*

Aldo lo esperaba atrincherado en el BMW de su padre con la calefacción



al máximo. Traía el abrigo kaki de siempre, la camisa azul que combinaba con sus ojos y los guantes de gamuza de piloto.

En la frente resaltaba un parchecito en forma de mariposa.

Emanuel se sentó, pero antes de cerrar la puerta se detuvo a observar el parche:

—¿Qué te hiciste en la frente?

—¡Cierra la puerta, rápido, que entra el aire frío! —dijo Aldo con urgencia y arrancó rechinando llanta—. ¿A dónde vamos? —preguntó gritando sobre la voz de Rockdrigo.

—A comprar cigarros. ¿Pero qué te hiciste en la frente?

Bajaban a toda velocidad por la calle Arquímedes, desierta a esa hora. Había humedad en el ambiente y los pocos postes de luz iluminaban con una luz pálida y esférica los coches estacionados.

—Ahorita te digo.

Y siguió manejando con la espalda hacia atrás, la nuca contra el respaldo y los brazos extendidos como un piloto de rally.

—Y entonces, ¿cómo te lastimaste?

—Ahorita te digo.

En Parque América Aldo se pasó dos altos.

—Ayer. Inauguración del Bulgaria en Valle de Bravo. Ponía la música un tal Max Trip Twentyfive. Una loquera. ¿Y quién crees que estaba ahí?

—¿Quién estaba?

—Ricardo y yo.

—¡Aaah! ¿Cuál Ricardo?

—El cirujano.

—¿Y luego?

—Nada. Estábamos bailando. Hacía un calor tremendo. El nivel etílico era muy alto. El cirujano le entraba duro al vodka de melón. Después, que se siente mal y se me pega diciendo que quiere irse a su casa. Ese güey no se mide, toma como bestia. Le dije que ni madres, que me estaba divirtiendo y

que se fuera al escusado a vomitar, y fue, sólo que se equivocó de escusado y se armó un desmadre en el baño de las señoritas. Ahora, quiero precisar que antes de ir al Bulgaria, el cirujano y yo nos habíamos atascado en La Mansión de canelones con salsa. ¡No sabes cómo dejó el escusado! Y cuando una de las chavas encontró un canelón semidigerido en su estuche de cosméticos se súper emputó. Evidentemente se lo madrearon, primero la chava y después los sacaborrachos. Yo nada, yo en lo mío. A mí me valía madre. Y bueno, esos cuatro gorilas lo echaron a la calle. ¿Pero ese pendejo no empieza a patear la puerta, a decir que quiere volver a entrar, que tiene la tarjeta VIP? Al final le abren y le dicen que si no se va, le van a llamar a la policía y le azotan la puerta en la cara. ¿Sabes cómo es la puerta del Bulgaria?

Emanuel negó con la cabeza.

—Una caja fuerte. Acero inoxidable. Blindada. Pesa un chingo. Le cerraron la puerta en la mano.

—Putá madre.

—¡Perdió tres dedos! Yo vi esos pinches dedos agitarse en el piso y en ese momento le rompí la madre al primer sacaborrachos que encontré. Total, para hacerla corta, todos terminamos en urgencias. Ricardo, los tres sacaborrachos y yo con los dedos de Ricardo en el bolsillo del abrigo. ‘Pérate... —Aldo comenzó a hurgar en el bolsillo— A lo mejor traigo todavía un pedazo de tendón... O sea, ese pobre güey estaba a punto de hacerse cirujano. ¡Está jodido! ¿Y ahora qué va a hacer? A lo mucho sería psiquiatra. Chale, uno le chinga para pasar la especialidad para que tres pendejos te amputen tres dedos... Imagínate qué hueva ponerse a estudiar psiquiatría.

—Dices puras pendejadas...

—Ve qué asqueroso... —Aldo volteó el bolsillo del abrigo embarrado de rojo—. Tengo que llevarlo a la tintorería...

—Putá madre, qué pinche historia —dijo Emanuel.

—Bueno, dame la mota para ponchar un toque.

—No traigo.

—¿Cómo que no traes?

—No, no tengo, creí que tú traías.

Aldo se amarró frente al K.

—Bueno... no importa. Voy a comprar los tabacos —dijo Emanuel bajando.

El K era una tienda escuálida con un anuncio rojo intermitente. Dentro no había ni un alma, salvo una cajera gorda concentrada en pintarse las uñas y un empleado menor de edad. Emanuel compró dos paquetes de Marlboro light y salió cojeando.

Debía regresar a casa ya y quitarse esos malditos mocasines.

*En cuanto llegue meto mis pies en agua por hora y media con bicarbonato,* se dijo reanimado con aquel pensamiento.

Regresó al coche.

—¡Hace mucho frío! Ni siquiera tenemos hierba. Yo diría que me regreso a cas...

Vio que Aldo había sacado del abrigo un frasquito transparente lleno de polvo blanco.

Emanuel maldijo entre dientes.

—¡Sorpresa! ¡Coca! ¡Empieza la nochecita en versión deluxe! —dijo Aldo con una sonrisa de oreja oreja.

—Nooo, por favoooo. Coca no. Yo quiero irme a dormir. Mañana tengo que ir a la boda de mi primo...

—¡¿QUÉ ESTÁS LOCO?! Ésta es la mejor coca del mundo. ¿No me crees? ¡Pruébala!

—Te creo, te creo, pero no puedo. Mañana tengo que ir a la boda.

—No, no, tú no me crees. Lo sé. Pruébala, chingao, no puedes decir que esta coca no es buena si no la pruebas. Date un jale.

—No, no quiero, neta.

Mientras tanto Aldo ya se había hecho dos rayas y sorbía con la nariz y se frotaba las encías con el dedo.

—Hazte una raya, ándale —insistió. Y habría insistido así toda la noche.

—¡Qué bien friegas, güey! ¡Un jale nada más y después me llevas a casa!

Emanuel se hizo de mala gana su línea y Aldo arrancó quemando llanta.

Se lanzaron hacia Insurgentes. Rockdrigo cantaba *La balada del asalariado*.

—¡Ah chingá, está rebuena esta coca! —dijo sorprendido Emanuel—. ¿Dónde la armaste?

—Anoche —respondió Aldo con aire malicioso.

—¿En el Bulgaria?

—No, en el Siglo XXI.

—¿¡El hospital?!?

—Sí. El sacaborrachos, al que le rompí el tabique, no dejaba de meterse coca en la nariz machacada diciendo que funcionaba como anestésico, y pues le dije que si me vendía un poco. Saqué quinientos pesos, la probé, una bomba. Y pues le di el Rolex por veinte gramos. Un negocia... —El celular empezó a sonar. Aldo lo sacó del abrigo y respondió con un tono de operador Telmex:— Hola... ¿Cómo estás? ¿Sííí? Sí... Está bien. Está bien... Tranquilamente... ¡Ya voy!

Y se dio vuelta en "u" saltándose las barreras de protección del Metrobús.

—¿Qué haces? ¿Quién era? —preguntó Emanuel alarmado.

—Melanie. La vamos a recoger.

—¿A dónde?

—A Observatorio.

—¡NI MADRES! Observatorio está lejísimos. Ni lo pienses. Llévame ya a mi casa —dijo Emanuel encabronado.

—¡Pero ve cómo estás! ¿Qué vas a hacer en tu casa? ¿A bailar el zapateado en tu cama? Acompáñame a recoger a Melanie y en media hora a lo mucho estás en tu casita. No me late manejar solo.

—Pero quítame a ese Rockdrigo que ya me tiene hasta la madre — dijo Emanuel sacando el CD y añadió:— ¿y además quién es Melanie?

Melanie estaba apoyada en el cofre de un coche, en un callejón oscuro, fumándose un cigarro.

A los lados construcciones bajas, sin aplanado, con los pilares del cemento a la vista. Rejas oxidadas, perros rabiosos y construcciones en obra. Cerca, en la parada de autobús cuatro pandilleros se congelaban las nalgas.

*Un lugar de mierda.*

— ¡Ahí está! —dijo Aldo apenas vio a Melanie, y en vez de frenar aceleró.

Melanie también vio los faros del BMW, bajó del cofre, se acomodó el cabello y se enderezó la minifalda.

Aldo jaló el freno de mano, y con un derrapón bien calculado se amarró a pocos centímetros de sus pies.

— ¡Idiota! ¿Me quieres matar? —rio ella apoyando las manos en el cofre hirviente.

Meneándose sobre los tacones altos abrió la portezuela de atrás y entró.

Una oleada de perfume de supermercado invadió el coche.

Ay, cabrón, ¿qué se echó? ¿El Baygón para las cucarachas?, pensó Emanuel.

Pero estaba guapa la chava.

Tenía la cara redonda. Ojos verdes grandes y pestañas largas. Su cabello rizado y negro le llegaba a las nalgas. La boca grande y carnosa, roja, ahogada en lápiz labial. En las orejas llevaba dos enormes aros dorados, grandes como periqueras.

—¡Aahh! ¡Qué rico calorcito hace aquí adentro! ¡Afuera se me estaban congelando las pompis! —rió.

Tenía la voz nasal y lamentosa, y las vocales demasiado abiertas.

—¿Cómo estás, Aldo? —y sin esperar respuesta le tendió la mano a Emanuel—. Pues yo soy Melanie Cruz. Encantada.

—Emanuel —contestó él, seco, estrechándosela.

Melanie se quitó el abrigo *oversize*. Debajo tenía un chaleco de piel de gamuza que apenas si escondía las chichotas apretadas en el wonderbra de encaje.

Emanuel hizo una rápida comparación mental entre los grandes senos de Melanie y los exiguos de Lulú.

*¿Por qué las niñas bien siempre tienen las chichis pequeñas?*

Aldo volvió a poner el CD de Rockdrigo y agarró la botellita de la coca. Se hizo una ruidosa jalada y se la pasó a Emanuel.

—No, gracias. Yo paso.

Melanie gritó desde detrás con aire ofendido:

—¿Y a mí no me ofreces? Aldo, tú siempre tan naco.

—¡Ah, bueno! ¡Entonces eres una drogadicta! —dijo Aldo.

Le pasó el frasquito sin siquiera mirarla a la cara.

Emanuel estaba harto. Y esa calle no le gustaba. Esos pandilleros de la chingada no dejaban de ver hacia el coche.

—¿Nos vamos de este cuchitril, por favor?

Arrancaron.

Aldo iba a ciento sesenta sobre Observatorio, en marcha hacia el centro de la ciudad. Los semáforos amarillos parpadeaban. Mientras tanto Melanie se atareaba con la coca ensuciándose la nariz de blanco.

—No creas que soy una drogadicta como tu amigo, Emanuel. Sólo soy alguien que sabe tomar lo mejor de la vida. Y que no sabe decir no...

—dijo con aire mundano.

Aldo empezó a reír con vulgaridad.

A Emanuel se le heló la sangre en las venas de la vergüenza.

—¿De dónde sacaste a ésta? —le preguntó a su amigo en voz baja.

—Es la cuidadora de mi abuela.

—¿La cuidadora de tu abuela? ¡Ahhh! ¡Claro!

La abuela de Aldo tenía noventa y tres años y un Alzheimer galopante. Se hacía encima y necesitaba a alguien que le diera de comer y que le limpiara la cola: de eso se encargaba la bella Melanie. Así que cuando Aldo, como buen nieto, le llevaba chocolatitos a su abuelita querida, también le daba una repasón a la cuidadora.

—¿Y a dónde me llevan? —preguntó Melanie haciéndose hacia delante con una sonrisa llena de expectativas.

—Acompañamos a Emanuel a su casa —respondió Aldo.

—¿¡¿Cómo?!? ¿Ya te vas a tu casa?

—Es que mañana tengo que ir a Guanajuato... a la boda de mi primo. Tengo que levantarme temprano.

A Emanuel le reventaba disculparse, hablar de sus asuntos con ésa, pero bueno.

—Perdón, pero eres un pesado. ¿Qué te importa la boda de tu sobrino? Vente con nosotros, ándale —insistió ella.

—No es mi sobrino, es mi primo. Y no puedo, de veras. Ya es la una. Es bien tarde —respondió fastidiado Emanuel.

—Ya no le hagas caso a este zombie. ¿Quiere irse a su casa? Pues lo llevo a su casa —intervino Aldo.

—Gracias —contestó gélido Emanuel.

Odiaba esa situación. Odiaba la insistencia de esos dos. Odiaba tener que justificarse. Y le dolían los pies.

*¿Qué chingados les importa a éstos si me quedo o me voy a la cama? Salí sólo a darme un toque, a la chingada,* se dijo cruzando los brazos.

De todas formas ya estaba a salvo. Estaban en Chivatito. A un paso de casa. Una vez en la cama se olvidaría de Melanie, Aldo y toda la pinche nohecita.

—‘Uta, cómo me gusta Rockdrigo. Chavos, traigo hierba. ¿Qué tal un gallito rápido? —dijo Melanie con una sonrisa congelada.

—¿Ya viste? Trae mota. Eres un chavo afortunado —dijo Aldo.

Ni hablar.

Emanuel ahora tenía que cumplir con este último esfuerzo. Se sentía obligado. Obligado a no decir otra vez no.

—Oquéi, un toquecito y a dormir.

—Pinche puerco asqueroso marihuano. ¿Te gusta meterte en la cama alucinado, eh? —Aldo seguía dándole palmaditas en el hombro y codazos con camaradería.

—Ya párale, cabrón —dijo Emanuel tratando de quitarse esa chinche de encima.

Se detuvieron cerca de una avenida oscura con árboles junto a una reja. Pasaban pocos coches, veloces.

Melanie forjó rápidamente, con técnica. Se lo dio a Emanuel para que lo encendiera.

Se pasaban el churro en silencio, aguantando el humo en los pulmones. Después Aldo sacó de la guantera una botella de whisky y también se la pasaron silenciosamente. Un trago, una jalada, una jalada, un trago.

Rockdrigo gritaba: “En la estación del metro Balderas”.

Emanuel se puso a ver la luna enorme al otro lado de las rejas. Estaba cansado. Cansado de perder el tiempo. Cansado de no poder estudiar. Cansado de no poder concentrarse. De pronto tuvo la sensación de ser un hámster que se había subido por accidente a una rueda y que estaba obligado a girar para siempre.

La gente cree que los hámsters se divierten. No es cierto. Los hámsters se suben a la rueda por equivocación y se tardan un montón de tiempo en entender que sólo si dejan de correr la rueda se para y pueden bajar.

A Emanuel le habría gustado cerrar los ojos y dormir hasta mañana,



hasta pasado mañana, hasta después del examen y despertarse en verano, cuando su madre se iba a Puerto Vallarta.

—Estoy muerto, vámonos —dijo al fin, dando la última jalada. Abrió la ventanilla y tiró la bacha.

Una ráfaga gélida y cargada de olor a excrementos animales entró en el coche.

—¡Uta, qué peste! ¿Qué es? —preguntó Melanie tendida en el asiento de atrás.

—El zoológico —dijo Aldo encendiendo el motor.

—¿¿Estamos en el zoológico?!? ¡Qué chido! Nunca lo he visto.

—Si te portas bien, el tío Aldo te lleva, ¿verdad? —le dijo Emanuel, sorprendido de su tono ácido.

—¿Cuándo? ¿Cuándo me vas a llevar al zoológico?

—Ahorita — dijo Aldo apagando el coche.

—Está cerrado, pendejo —bufó Emanuel.

—¿No me digas? ¡Pues nos trepamos!

—¡Sí! ¡Ándale! ¡Hay que treparnos! —Melanie se excitó.

Pero Melanie se habría excitado hasta por una cola en el correo.

—Trépanse ustedes. Yo me voy a mi casa a pie. Que estén chido — dijo Emanuel de mala gana, pensando en la cuesta que lo esperaba. Pero estaba dispuesto a irse a pie, sólo quería irse. Se levantó las solapas de la chamarra, abrió la portezuela y se fue sin despedirse. Se alejó por la oscura avenida, con las manos en los bolsillos.

Se esperaba que Aldo hiciera algo. Que fuera detrás de él, que a fin de cuentas lo acompañara a su casa. Y mientras tanto seguía caminando, solo, de subida, con los mocasines apretados.

*Nada. Éste es un perfecto pendejo.*

Se calmó un poco y apretó el paso.

Después oyó a sus espaldas que Melanie lo llamaba. Se volteó y la vio correr hacia él. Se detuvo.

Tenía piernas largas. Se quedó ahí viéndola correr, parado, no dio un paso hacia ella.

Melanie lo alcanzó, le faltaba el aliento y tenía las mejillas rojas por el frío.

—Di la verdad, Emanuel, ¿te caigo mal?

Habría tenido una cara bonita sin tanto maquillaje.

—¡Qué te pasa!

—¿Entonces por qué te vas?

—Te lo dije, estoy cansado y mañana debo despertarme temprano. Neta. Lo siento.

—Ándale, por favor. Sólo una vuelta al zoológico, hazlo por mí.

Emanuel bajó la vista a sus mocasines. Se quedó sin palabras.

—Ven conmigo...

No supo decir que no otra vez. Había sido antipático toda la noche. Y además, ella lo estaba mirando con esos ojos.

—Está bien. Vamos a dar una vuelta al zoológico.

Aldo estaba recargado en la reja con la nariz hundida en la coca. Los esperaba.

Emanuel reconoció en la cara de pendejo de Aldo la estúpida seguridad de quien conoce a su gente.

—Vámonos —dijo Aldo y comenzó a dar saltitos para echar un vistazo del otro lado de las ramas.

A cada salto, el largo abrigo de kaki se agitaba haciéndolo parecer un enano de circo. Después se volteó para vigilar la calle.

—Aquí está bien —se decidió al fin.

Emanuel lo dejó hacer, decidir. A él no le parecía un gran lugar para trepar.

—¿Voy primero yo? —Melanie subió sobre los hombros de Aldo y se aferró con las manos a la punta de las rejas—. ¡Ay! ¡Las puntas tienen filo, chingao! Me corté. Bájame.

Aldo la bajó. Con las palmas ensangrentadas, lloriqueó:

—Parezco Jesucristo. Tengo estigmas.

—¡Oquéi! Tenemos que cambiar de táctica —Aldo se dirigió a Melanie como si hablara con un niño:

—Tienes que poner los pies entre pica y pica, sin apoyarte en las manos. ¿Entendiste?

La volvió a levantar pero era demasiado bajo para lograrlo él solo.

—¿Qué chingados haces, Emanuel? ¿Te quedaste pasmado? ¿Vas a ayudarnos o no?

Emanuel apoyó las manos en el trasero de Melanie y se puso a empujarla.

—No me agarres las nalgas, cerdo —se rió ella.

—¿Cómo le hago para empujarte sin tocarte las nalgas?

—Sí, pero no te aproveches.

—Tú no te preocupes y concéntrate en subir.

—¡Ya está! —gritó Melanie con los pies entre las picas.

Aldo fue rápido. Se subió a los hombros de Emanuel y de un salto se trepó. Un chango. En equilibrio sobre unos pocos centímetros.

—Dame las manos, yo te jalo —dijo a Emanuel.

Emanuel se las agarró.

Fueron iluminados por una luz azul.

Estaba llegando una patrulla de la policía. Avanzaba despacio.

—¡Chin, déjame! ¡Suéltame las manos!

El coche se acercaba. Dentro de poco los verían. Aldo soltó las manos de Emanuel. Del bolsillo le cayó algo pesado y metálico que rebotó en la calle.

¡Una pistola!

La patrulla estaba casi a unos cincuenta metros.

Emanuel se escondió detrás de un árbol grande con el tronco circundado por una reja.

—¡Agárrala! —gritaba Aldo en voz baja—. ¡La van ver!

—¿¡Qué estás pendejo?!? ¿Qué chingados haces con una pistola? —le contestó Emanuel.

— ¡Agárrala!

Emanuel dudaba.

—¡Agárrala, chingao!

Emanuel se deslizó hasta la pistola y se la metió en el bolsillo. Regresó a su escondite muerto de miedo.

La patrulla pasó.

Emanuel vio hacia arriba. Aldo había desaparecido.

—¡Aldo!

Ninguna respuesta.

—¡Aldooo!

No hubo respuesta.

—¡Vete a la chingada, pinche Aldo! —dijo, y se dirigió a casa.

*Me abandonó. Agarró y se fue. ¿Y qué chingados hago con la pistola? ¿Y si me paran y me catean? Voy derecho a la cárcel. Termino en la cárcel por culpa de este pendejo*, se repetía mientras caminaba.

Vio un contendor rebosante de basura.

*¡La tiro!*

Metió la mano en el bolsillo y sintió el frío del metal.

*¡La tiro!*

La apretó.

No. No podía tirarla. Era la pistola del joyero. El padre de Aldo. Con ese fierro en los pantalones Aldo se hacía el duro. Le disparaba a las señales de tránsito. Esa pistola era una fijación.

*Si la tiro el joyero se emputa con Aldo y después Aldo se emputa conmigo. Bueno, lo espero en el coche... No, quién sabe cuándo regrese, tal vez sea mejor que me meta y se la dé, y así termino con todas estas pendejadas. Sí, hago eso.*

Una rama gruesa de fresno se alargaba por encima de los barrotes.

Emanuel subió a la reja y de un salto se agarró de la rama. Pasó con facilidad al otro lado y se encontró colgado en la oscuridad. La luz de los faroles no llegaba hasta allá. Se quedó así.

*¿Qué tan alto estará? Ay, cabrón, ojalá que no esté tan alto.*

Respiró profundamente y se soltó.

Aterrizó sobre algo blando que cedió bajo su peso.

Se tambaleó y abrió los brazos para no perder el equilibrio.

*¡Sano y salvo!*

Había un olor asqueroso en el aire. Hedor a carne podrida, y a caño, y a sudor rancio y a roña.

No veía nada...

Intentó moverse pero tenía el pie atrapado.

Trató de sacarlo. No pudo, estaba metido en una masa compacta. Húmeda y gelatinosa en el tobillo. Esa cosa le estaba mojando los calcetines.

Se inclinó para examinar con las manos.

Piel

*¿Piel?*

Un animal.

Le había hundido la caja torácica con los mocasines, y ahora su pie chapoteaba entre los órganos internos de la bestia.

*Me lo eché, puta madre. Lo maté.*

Hurgó en sus bolsillos en busca del encendedor.

*Aterricé sobre un animal y lo maté.*

Lo encontró y lo encendió.

Una débil y espectral llamita, nada más.

Emanuel examinó la situación.

La cabeza descarnada y las órbitas vacías. De la boca salía una enorme lengua turgente. Lívida. Moscas y larvas y gusanos atestaban en miles las orejas y los ojos y la boca del animal. Emanuel sintió que la crema de verduras y el whisky le subían por la garganta y le quemaban la

pared del esófago. Mandó todo para atrás. No era el momento de vomitar, ahora sólo quería una cosa: sacar el pie de esa cosa muerta.

—¡Putra madre, qué asco! ¡No mameees!

Sentía alrededor del tobillo la consistencia esponjosa de los pulmones. Comenzó a sacudirse como epiléptico para soltar el pie. También el cadáver se agitó como si se hubiera reanimado.

Dio un tirón y las costillas cedieron alzándose como macabros cuchillos. Emanuel cayó hacia atrás, sobre un montón de heno fétido. Se levantó y corrió.

La jaula estaba abierta y en un momento estuvo afuera, en el camino de cemento rojo del zoológico.

El aire frío le helaba los pantalones empapados de sangre. Corrió con la boca abierta hasta que le explotaron los pulmones y se detuvo, inclinado, a tomar aire.

Se sentó en una banca.

Sentía el corazón brincarle en el pecho. Oía los ruidos de aquella jungla encarcelada.

La luna afloraba entre las ramas de los eucaliptos iluminando todo con una luz amarilla y sucia. Delante de él, más allá de un claro con una fuente, estaba el área de los camellos. Dormían. Inmóviles. Arrodillados como viejas que rezan.

*¡Ya! ¡No lo aguanto más! ¡Quiero irme a mi casa!*

Se imaginó en la cama, en su cuarto, sin zapatos, limpio, bajo el edredón, viendo una película.

Era hora de terminar con esto.

¿Pero dónde estaban esos dos?

Pasó delante de la jaula de los changos. Vacía. Siguió en dirección de los lobos. Le gruñeron haciendo un ruidero de los mil demonios.

*Estos güeyes van a hacer que me descubran.*

Emanuel se volvió cauteloso, volteaba hacia atrás. Tomó un camino

lateral de tierra suelta, y después de un poco escuchó ruido de agua y carcajadas.

*¡Ahí están!*

Aldo y Melanie se asomaban al barandal de la alberca de las focas. Los icebergs de concreto los rebasaban con sus tres metros de altura.

Debajo de ellos, un gran león marino estiraba el cuello brillante. Melanie le vaciaba el Jack Daniel's en las fauces. Y el pinnípedo engullía y reía.

—¡Pinche teporocho, eso es lo que eres! —le gritaba Aldo tratando de tocarlo.

Emanuel se acercó silencioso a sus espaldas. Le dieron ganas de empujarlos.

—¿Ya nos vamos? —dijo con voz calmada.

Los dos se voltearon sobresaltados. Niños sorprendidos con las manos en la mermelada.

—¿Dónde andabas? ¡Estás loco! ¡Ven a ver, Melanie está emborrachando a la foca!

—¡Mira, Emanuel! Le encanta el whisky —farfulló ella.

—No me importa. Me pasó algo espantoso, metí el pie en un cadáver. Mira —dijo enseñándole a Aldo el mocasin ensangrentado.

Los ojos de Aldo eran dos rendijas oscuras. Se inclinó en cámara lenta y observó. Se empezó a reír. Reía con la nariz, como si fuera la cosa más divertida del mundo. Parecía que le iba a explotar la arteria de la frente bajo el parche blanco.

—Pues yo no me estoy divirtiendo... —dijo Emanuel. Después se dio la vuelta y se echó a andar.

—¡Párate! ¡Espérate! ¿A dónde vas? —dijo Aldo siguiéndolo —. Chingá, 'pérate tantito. Tengo que decirte algo.

Emanuel seguía caminando.

—Siempre te enojas de todo. Y espérate, tengo que decirte una cosa de

verdad buena.

Emanuel seguía caminando.

—No buena, excelente. Y puta madre ¿te quieres parar? Estoy hecho pedazos, no puedo correr... — le jadeaba detrás.

Emanuel se paró en seco. Se volteó hacia Aldo y lo miró directo a los ojos. Severo.

—Escúchame bien, Aldo, yo sólo salí a comprar los cigarros, te dije que mañana tengo que ir a la boda de mi primo. Pero tú como si nada. Empezaste con la coca, con esa pendeja, con este pinche zoológico de la verga. Ya estuvo bueno. Tengo frío, metí el pie en una carroña y me lastiman los zapatos. Yo me largo.

—De acuerdo. No hay problema. Vete a tu casa, ve a donde quieras. Sólo quería decirte una cosa.

—¿Qué?

—Una cosa que me dijo Melanie de ti.

—¿Qué cosa?

—Dijo que eres guapo. Que le gustas un buen.

Emanuel se quedó sin palabras por un momento, después, encogiéndose de hombros, dijo:

—Y a quién le importa.

—¡Entonces tengo toda la razón al decirte que eres un pendejo! Ésa está ahí, esperándote con las piernas abiertas y tú quieres irte a tu casa.

—Sí, me quiero ir a casa. Me vale madres, soy un pendejo.

Aldo lo tomó del brazo.

—¿Por qué cada vez que me quieres decir algo me tienes que tocar?

Aldo lo soltó.

—Oquéi, razonemos. ¿Qué tal está? ¿Está buena?

—Sí...

Ese sí era un sí condescendiente y poco convencido, pero en realidad Emanuel lo pensaba de verdad. Melanie estaba bien buena.



—¿Has notado qué tetas?

—Sí.

—¿Te la has tirado?

—Qué pinches preguntitas haces ¡No!

—Yo sí. No puedo ni hablar. Así que, por favor, ve allá y tíratela.

—¿Aquí? ¡Estás loco!

—Aquí. Claro.

—No va a querer. Y además no me late.

—Entonces dime que no te late, pero no que no va a querer. Te la tiras en un segundo.

—¿Pero por qué siempre eres igual?

—¡Ya, ándale! —Aldo empezó a empujarlo. Y se reía.

También Emanuel empezó a reírse. Los dos se reían como idiotas.

—¿Voy? ¿Estás seguro?

—Ve. Yo me echo aquí, en esta banca, y veo los camellos. Estoy muerto. Igual y me hago una chaqueta —añadió Aldo, de pronto más serio.

Emanuel se acercó a Melanie, que estaba sentada delante de la jaula de los canguros y terminaba la botella.

Se sentó a su lado.

—¡Ah! Aquí estás. ¿Dónde andaban? ¿Dónde está Aldo? —dijo ella castañeando los dientes y frotándose las manos.

—Fue a ver las serpientes.

—Qué asco, yo odio las serpientes. También los lagartos.

—¿Tienes frío?

—Muero de frío.

Emanuel la abrazó. Olió de nuevo el perfume de supermercado.

Ella apoyó su cabeza en el hombro.

Empezó a acariciarla. Pero había un problema. Se dio cuenta de que no tenía tantas ganas. La excitación inicial se había desinflado como un pastel sin levadura.

Entre tanto Melanie le besaba el cuello.

Tenía razón Aldo, ésa estaba puesta.

Volvió a pensar en Lulú. ¿Cuánto tiempo llevaban juntos?

*Siete años. Un buen de tiempo.*

Melanie le había metido las manos bajo la camisa. Emanuel bebió el último sorbo de whisky.

*¿Qué hora será? Demasiado tarde. En tres días tengo el examen.*

*¿Y qué?*

Una vocecita realista y antipática se ensañó.

*Igual y te truenan otra vez. Pero esta vez mamita te chinga en serio.*

Y luego, la muy astuta contestó.

*Y tú no se lo dices. No se lo dices a nadie, ni siquiera a Lulú.*

Vio a Melanie. Estaba forcejeando con el cierre de los pantalones.

*Sabes lo que te dirá tu noviecita:*

*“Eres un blandengue, no tienes ambiciones en la vida”.*

*¿Cómo dejas que te diga esas cosas?*

Melanie se lo había sacado. Observó su mano, sus uñas pintadas que le agarraban el pene duro. Alzó la vista, los leones marinos se deslizaban, negros, bajo la superficie del agua.

La angustia le oprimía el estómago y le apretaba la tráquea como un cáncer maligno. Cerró los ojos.

*Debería dejar todo. Irme. Irme lejos, a Australia. Volver a empezar. Es que debería ponerme a estudiar. Debería dejar de fumar churros. Dejar estas pendejadas... Volver a empezar...*

Se vino casi instantáneamente, apretando fuertemente los travesaños de la banca.

Volvió a abrir los ojos y vio a Melanie. Le sonreía. La mano embarrada de esperma.

—¿Y ahora en dónde me limpio? —dijo con una risita.

—No sé —dijo Emanuel mirando alrededor.

Aldo estaba recargado en un farol fumando. Los observaba. Emanuel agarró una hoja de plátano y se la dio a Melanie.

—Límpiate con esto.

Aldo lanzó la colilla a la alberca de los leones marinos y se alejó.

—¿Pero yo te gusto? —preguntó Melanie apoyando la cabeza en las piernas de Emanuel.

—Sí... Claro que me gustas.

—¿Qué es lo que más te gusta de mí?

*¿Qué pinches preguntas haces?*

—Tus ojos.

—¡Gracias! Eres el primero que dice los ojos. Casi siempre dicen que los senos. Oye... yo fui muy linda contigo al hacerte... en fin... tú entiendes.

—Sí, fuiste muy linda.

—Y entonces tú también podrías hacer algo lindo por mí.

—¿Qué quieres? —Emanuel empezaba a ponerse nervioso de verdad.

*¿Pero qué chingados quiere? ¿Te quiero mucho o pendejadas por el estilo?*

—Quisiera... —Melanie se quedó un rato indecisa y después dijo:— el canguro... el chiquito —señalando la jaula a su derecha.

Detrás de los viejos barrotes de hierro, en un espacio estrecho y largo, había dos canguros. Uno grande y uno pequeño. Acurrucados en el suelo de cemento.

—¿Cómo?

—Que si me puedes traer el cangurito. Lo quisiera acariciar.

—¿Estás bromeando?

—¡Ándale! Te lo ruego. Te acabo de hacer una...

Emanuel se paró de un brinco como si de pronto la banca se hubiera vuelto incandescente.

—¿Pero qué pinche razonamiento es ése? Te hacen una chaqueta y tienes que traer un canguro. ¿Y si me hacías una mamada? ¿Te tenía que traer un oso polar? No mames, ¿qué te pasa?

—¡No te pongas agresivo! Sólo te había pedido un favor —Melanie paró la trompa.

—¡Pero qué favor ni qué favor! Mira que yo no te debo nada, tú me hiciste la chaqueta porque me la querías hacer, ¿entendiste? —Emanuel daba vueltas alrededor de la banca como si fuera un tigre enloquecido. Le habría gustado pegarle, pero sólo tenía ganas de vomitar.

Llegó Aldo. Estaba en camisa, el abrigo amarrado en la cintura lo arrastraba por el suelo. Parecía aún más chaparro.

—¿Qué pasa? ¿Qué es este desmadre? ¿Quieren despertar a los guardias? —dijo sentándose junto a Melanie. Tomó la botella de whisky. Vacía. Se la aventó a los leones marinos.

—Nada... Nada... —dijo Emanuel bajando los ojos.

—Tu amigo es un grosero. Le pedí una cosa y empezó a insultarme —dijo Melanie malhumorada.

—¡Ésta está borracha! —Emanuel se dirigió a Aldo con una carcajada forzada—. Me hizo una chaqueta, ¿entiendes? Una pinche chaqueta y 'ora quiere que le vaya a traer un canguro.

—Oye, por favor, no seas vulgar. Yo no te hice nada —dijo Melanie balbuciendo.

—Oquéi. Tú estate tranquila —intervino Aldo—. Y tú ven conmigo —tomó del brazo a Emanuel y se alejaron.

—¿Entonces qué pasó?

—Te lo dije. Está loca. Quiere el canguro —Emanuel casi no podía hablar y sentía que la cara le ardía.

—¿Y qué quiere hacer con el canguro?

—Lo quiere acariciar —dijo Emanuel imitando a Melanie.

—Pues llévaselo —dijo Aldo encogiéndose de hombros.

—No has entendido, Aldo. Quiere que le traiga el canguro cachorro, el que está durmiendo en la jaula con su mamá.

—Ya entendí, ya entendí. ¿Ella lo quiere? ¡Ve a traérselo! ¡Te acaba de

hacer una chaira, ándale! A propósito, ¿cómo te fue?

—Tú viste, estabas ahí.

Aldo no contestó.

Caminaron en silencio en dirección de los chacales.

—Bueno, según yo lo debes hacer. ¿Qué pierdes? Te trepas, se lo das un ratito y después lo regreso yo. Asunto terminado. Ella te hizo una chaqueta y tú le diste el canguro.

Emanuel se dirigió de golpe hacia la jaula de los canguros.

—¿A dónde vas? —dijo Aldo.

—¡A la chingada! Ya me tienen hasta la madre. Los dos. Si esto se acaba después de que agarre el canguro, yo lo agarro. Porque esto ya no lo aguanto más. Nohecita de mierda, Aldo. Gracias.

Habría hecho cualquier cosa en ese momento, estaba exhausto.

*¡Esta nohecita de la chingada tiene que terminar ya!*, se dijo, y se prendió con furia de los barrotes de la jaula. Se trepó haciendo fuerza con los brazos. Metió un pie entre las puntas de la reja oxidada. Se quedó un instante en vilo, la cabeza le daba vueltas ahogada en alcohol. La fuerza de gravedad y el vértigo conspiraban para hacerlo caer. Cerró los ojos y se soltó por la otra parte. Aterrizó con un ruido sordo. El corazón había comenzado a bombearle adrenalina en las arterias y la saliva se le había secado en la boca.

Se arregló los pantalones, que se le habían subido hasta las rodillas.

*¡Qué asco, puta madre!*

La valenciana estaba crujiente de sangre seca y materia orgánica del animal muerto.

Aldo lo incitaba desde la otra parte de los barrotes. Parecía un orangután atascado de anfetaminas.

—¡Muévete!

Apeataba. Ese lugar apeataba a mierda, meados y animal salvaje.

Las dos bestias yacían dormidas en el suelo.

—¡Apúrate!

—¡No estés chingando! —le respondió Emanuel.

Esos dos marsupiales tendrían que estar bajo el cielo estrellado australiano, a veintiocho grados, en una hermosa pradera de treinta mil kilómetros cuadrados y en cambio estaban en el D.F., enjaulados, congelándose el trasero, durmiendo entre sus excrementos.

Seguían inmóviles.

*¿Quieres ver que están muertos? ¿Que están muertos todos los animales de este zoológico?*

Fue presa de una horrenda duda.

*Los encerraron y se fueron. Dejaron que estiraran la pata los animales en sus jaulas.*

Después vio que el cachorro movía las patas posteriores como hacen los perros cuando sueñan.

Avanzó.

La madre era enorme.

Una bestiona de noventa kilos. La larga cola musculosa parecía tubería de agua cubierta de pelo. Se la abrazaba entre las menudas patitas delanteras, unas patitas de ratón con las garras afiladas. Las posteriores, en cambio, eran desproporcionadas e increíblemente fuertes. Tenía cara de Bambi. Un enorme Bambi gris y deforme.

Era la primera vez que Emanuel veía canguros así de cerca.

No lograba valorar su peligrosidad. Animales de documental. ¿Eran agresivos? ¿Tendrían miedo?

Emanuel no tenía ni la más remota idea.

Concluyó de todas formas que sería más sano y correcto no despertar al animalote. Lentamente, con movimientos cuidadosos y precisos de un chino que juega a los palillos, agarró al pequeño inmovilizándolo con un apretón decidido. Era terso. Pesaba poco.

*¡Hecho!*

Se alejó. El pequeño canguro empezó a luchar, a patear enloquecido. Emanuel lo estrechó con más fuerza y lo vio a los ojos. Y ése fue su error.

En aquellas pupilas negras como el petróleo y grandes como canicas vio todo el miedo del mundo. El terror del herbívoro devorado por el carnívoro.

Se le quedó viendo como encantado y luego lo soltó.

La voz de Aldo llegó de otro mundo:

—¿¡Pero qué hiciste?!? ¡Lo tenías en las manos y lo dejaste escapar! —pero aquel era un mundo lejano, del otro lado de los barrotes, un mundo que nunca había tenido en sus brazos un pequeño canguro, que no sabe cuán suave y tibio es. Un mundo que no entiende un carajo de nada.

Se dirigió decidido hacia los barrotes.

Se sentía mejor. Mucho mejor. Se había librado de Aldo, Melanie y su conciencia de un solo golpe. Había entrado en la pinche jaula. Chida prueba. Y había salido limpio, sin ceder a los pinches caprichos de una puta.

Emanuel volteó una última vez hacia el cangurito, que se había escondido en un rincón oscuro. Alzó un brazo. Quería hacerle chau chau con la mano.

Pero la mano no respondió a la orden y empezó a temblarle, justo igual que el cachorro.

Mamá canguro se había despertado.

Estaba inmóvil en el centro de la jaula. Enorme. Lo miraba con dos rendijas oscuras e impenetrables.

—Putá madre —Emanuel se paralizó. El corazón le latía en el pecho como las alas de un pichón encerrado en una jaula.

—¿Qué chingados quiere? ¿Por qué me ve? —se dirigió a los dos de afuera.

—Yo que sé... ¡Salte!

Sí, cómo no. Entre él y los barrotes había tres metros. Entre él y el

canguro dos metros. Tres más dos son cinco. Un salto de cinco metros para un canguro es pan comido. Se puso a hacer cálculos extraños. Como si en vez de salvarse el pellejo tuviera que resolver un puto problema de aritmética.

Ésa era una cosa de coliseo. Una cosa de cristianos y leones.

—Oquéi. No hay bronca. Yo te saco de ahí. Tienes que moverte lentamente, ¿entendido? —Aldo hablaba lentamente, articulando las palabras—. Levanta las manos.

Emanuel obedeció. Si en ese momento Aldo le hubiera ordenado meter un dedo en el culo del canguro para tranquilizarlo, probablemente lo habría hecho.

La bestia permaneció inmóvil con aire de vaca estúpida.

Muy bien. Ahora date la vuelta y acércate a la reja. ¡Pero no corras, por favor!

Emanuel se volteó de espaldas al canguro y se puso a caminar como un astronauta en la luna. Apoyando cuidadosamente un pie tras otro. Cauteloso. Justo como le había dicho Aldo. Un paso. Dos pasos. Tres.

El canguro gigante no se movió. Estaba a salvo.

Emanuel sonrió. *¡Ya la hice!* Se lanzó hacia los barrotes y los agarró.

Advirtió a sus espaldas un ruido imperceptible, un soplo de aire gélido, un nada, el jadeo del saltador de longitud. No tuvo tiempo de voltearse, de ver, de treparse, de hacerse un ovillo, nada.

Fue aplastado contra los barrotes con una potencia mortal. Un cañonazo entre los omóplatos. Escupió todo el aire que tenía en el cuerpo y se deslizó al suelo lentamente, inexorablemente, sin más fuerzas. En cámara lenta.

Golpeado y hundido.

Emanuel, tendido en el suelo, intentaba respirar, pero sólo emitía estertores roncós de un delfín herido de muerte. La jeta contra el cemento. La boca abierta.



—¡Levántate! Leván...

Reconoció la voz de Melanie. Distante. Le pulsaba en los oídos a oleadas. Se puso boca arriba. Estrellas. En el cielo había estrellas. La bóveda celeste era extrañamente luminosa.

Los pulmones cerrados como bolsas de café envasado al vacío. La galaxia lechosa y más abajo la capa de ozono y aún más abajo las nubes. Emanuel veía desaparecer todo y trataba de succionarlo con la boca. De respirarlo.

—¡Respira, Emanuel, respira!

Con un espasmo doloroso Emanuel tragó aire y la bóveda celeste apareció de nuevo.

*¿Dónde está?*

La canguro daba vueltas a su alrededor saltando como un boxeador. Sólo esperaba que Emanuel se levantara de la lona para acabarlo.

Emanuel se arrastró jadeando hasta la reja.

Agarró los barrotes con las manos. Esa hija de la chingada lo había puesto contra las cuerdas.

Por un momento esperó que apareciera un árbitro y gritara K.O.

—¡Levántate! ¡Levántate! Si no...

*(¡Te mata!)*

—¡...te salta otra vez encima! —gritaba Aldo, alarmado.

*Te estás muriendo en la jaula de un canguro, le informó su mente. No de un infarto, no de cáncer, no a ciento ochenta en la carretera. No. Estás a punto de ser asesinado por un pinche canguro. Porque los canguros son los animales más malvados del mundo y no están sólo en Animal Planet.*

Pero eso que tenía enfrente ya no era un canguro. Era un asesino. Era Mike Tyson con cola y marsupio.

—¡Por favor, déjenme salir, abran! —Emanuel se había levantado, con los brazos extendidos entre los barrotes apretaba las manos de Aldo.

—Déjame salir, Aldo, ya estuvo, quiero salir.

Melanie chillaba arrodillada en el suelo.

—Emanuel, te tienes que trepar. ¿Entendiste? ¡La jaula está cerrada! ¡Chingada madre, trepa esta reja de mierda! —Aldo lo sacudía tratando de quitarle de la cabeza ese estúpido, ilógico deseo.

*Abran. Por piedad.*

El canguro estaba quieto y esperaba.

Emanuel soltó las manos de Aldo, pues sintió que una oleada de vómito le subía por la garganta. Quizás el canguro aceptara ese regalo gástrico. Engulliría la crema de verduras de mamitaquerida y lo dejaría ir.

—¿A dónde vas? ¡Tienes que salir! —Aldo trataba de retenerlo. Pero Emanuel se escurrió, de espaldas a los barrotes, en un rincón de la jaula.

—Ve a llamar al guardia. Si me quedo quieto, si no me muevo no...

*...va a saltar.*

El canguro saltó. Levantándose con la cola se lanzó con las patas por delante, listo para patear.

—¡DIOS MÍO!

La mano de Emanuel fue directa a la pistola que llevaba en el bolsillo de la chamarra. La pistola del joyero. Y en ese gesto no había conciencia, sino sólo instinto, el miedo a la muerte escrito en el ADN. Porque Emanuel estaba a punto de morir y ese pinche canguro estaba a punto de matarlo y ya nada tenía sentido, salvo la bala disparada sin apuntar que iba directa al cerebro, que explotaba salpicando más allá de los barrotes la papilla roja, que le partía la cabeza en dos a un marsupial que no tenía ni madres qué ver con la vida de Emanuel.

Y después ya no hubo nada a lo cual disparar.

La canguro se desplomó pesadamente a sus pies.

Emanuel se quedó prendido a los barrotes viscosos de sangre, mientras el cuerpo seguía palpitando, lanzando los últimos residuos de vida.

El cachorro, que hasta ese momento había estado acurrucado, saltó hasta el cadáver de su madre. Le dio vueltas alrededor, lo husmeó, le frotó

el hocico. Y después trató de meterse al marsupio, la única cueva segura que conocía.

Emanuel cerró los ojos y abrió la boca.

Corrían por Constituyentes.

—¡Ora sí la hicimos! ¡Putra madre, te lo echaste ¡Eres un pinche asesino! Hubo un segundo en que te vi hecho mierda, pero tú ¡PUMM!, ¡dejaste frío a ese cabrón! —Aldo gritaba con la baba en las comisuras de los labios.

—Hazme una pista, Emanuel, estoy a mil.

Emanuel en cambio estaba bajo un tren.

Cuando salieron del zoológico, Melanie vomitó hasta la hostia de la primera comunión, y estaba colapsada en el asiento de atrás. Tal vez porque estaba borracha, tal vez porque se había impresionado, tal vez por ambas cosas. Ahora respiraba con la boca abierta, con el aliento que le apestaba a whisky y vómito.

—¡Imagínate cuando lo lleve a Parque España! Todos esos pendejos con los pitt-bull y los gran daneses. ¡Y yo con el canguro! ¡Imagínate a cuántas me voy a ligar! Me lo llevo con una correa y todos que me dicen: “¿Qué raza es?” ¡No mames, súper chingón! —Aldo se revolvió sobre el asiento como si le quemaran las hemorroides.

Emanuel había puesto un montoncito de cocaína sobre un CD y le preparaba una línea.

Se sentía vacío, sin fuerzas, volteado como un calcetín. Una marioneta incapaz de oponerse a los sucesos de esa nochecita.

Seguía dándole vueltas a la imagen del cangurito tratando de meterse en el marsupio de su madre muerta.

*Un feto vivito y coleando en el útero de un cadáver.*

—¿A dónde vamos? —preguntó pasándole el CD a Aldo.

—¡Imagínate cuando lo vea el cirujano! ¿Qué dices, le gustará al cirujano? Yo creo que sí. Igual y se lo llevo mañana al hospital.

El cangurito se había puesto como loco cuando lo metieron a la cajuela, pero Aldo quería llevárselo a su casa a toda costa; le gustaba muchísimo. Lo escucharon dar patadas y golpear la lámina, y por eso Aldo le subió a la música.

Ahora ya no se oía. Acallado por la voz de Rockdrigo y la de Aldo.

Las nubes iluminadas por las luces de la ciudad parecían esponjas llenas de agua sucia.

Emanuel vio el reloj.

Las tres y cuarto.

*En tres horas debo irme.*

—¿A dónde vamos? —repitió sin esperanza.

—Acompañamos a Melanie a su casa. ¡¡¡MIRA LOS TRAVESTIS!!!

Aldo parecía una pelotita enloquecida que rebota de una parte a la otra en el *flipper* parpadeando, haciendo *bonus* y logrando una marea de puntos.

Emanuel lo miró y entendió.

En general, Aldo era una persona aceptable, pero si se le observaba minuciosamente, cada gesto suyo, pensamiento, acción eran detestables, vulgares y malsanos.

Lo vio tal como era, la síntesis de muchas partes horrendas, una persona sumamente horrenda.

Pero Aldo seguía adelante. Si no tenía dinero se lo robaba a su padre, si no tenía mujer se tiraba a la cuidadora de su abuela, si no tenía perro agarraba un canguro, si no tenía a nadie con quien salir llamaba a Emanuel, y si no iba a las bodas los novios suspiraban aliviados.

*¿Y quién te pone un alto?/ No hay nadie que te detenga.*

Bajaron la velocidad por culpa de las putas. Una fila de coches interminable.

—¡Chingada madre! ¡Apúrense! ¡Puercos asquerosos! —Aldo se encarnizaba con el claxon como si fuera el control del *Mortal Kombat*—.

¡Váyanse a coger a su madre! —ladró asomado por la ventanilla muriéndose de la risa.

Negros brasileños y puertorriqueños en corsé se morían de frío sonriendo y mostrando la mercancía. Un mulato con peluca roja y botas de charol comía una torta de pierna cerca del fuego.

Emanuel observaba sin interés cómo se deslizaba ese circo al otro lado de la ventanilla.

Aldo conducía y hablaba y gesticulaba y masticaba furiosamente un chicle.

—Leí que el grupo con más riesgo de contagio son las amas de casa de provincia, porque los cochinitos de sus maridos se tiran a los travestis sin condón, después regresan a su casa y se tiran también a sus viejas. Está cañón, las amas de casa de la provincia se mueren como moscas. ¿Lo sabías? Si vas a un hospital de Jiutepec está lleno de amas de casa con sida. Increíble. ¿Sabías lo de las amas de casa?

—No, no lo sabía —respondió Emanuel sin fuerza.

—¡Ya me rompieron los huevos! —Aldo dio un volantazo brusco y se enfiló en el carril izquierdo a contra flujo. Esquivó una mini van Volvo de milagro. Rebasó la fila de coches haciendo rugir el motor. Regresó a su carril a ciento sesenta; la calle estaba despejada, los faroles amarillos zumbaban como flechas dejando una estela luminosa.

Al papá de Emanuel también le gustaba correr. Al menos hasta que tuvo el accidente. Estuvo dos días en coma. Emanuel y su madre no fueron a verlo. Se preguntó por mucho tiempo el porqué, después descubrió que en el coche también estaba la amante del padre. Había muerto en el accidente. Todo esto sucedió un año antes de que su padre se fuera a Canadá.

—¡¡¡MIRA ESO!!! —Aldo gritó y se amarró haciendo derrapar la parte de atrás del BMW.

Emanuel salió disparado hacia adelante y se fue a estampar contra el

parabrisas.

Melanie se despertó sobresaltada.

—¿Qué pasa?

—Duerme, duerme, no te preocupes — dijo Aldo. Melanie se desplomó de nuevo.

—¿¡Por qué chingados frenas?!? ¿Estás pendejo? —dijo Emanuel enfurecido.

—¿NO LO VISTE?

—¿¡¿QUÉ?!?

—¡No mames, no sabes de lo que te perdiste! Ahorita te lo enseño —Aldo metió reversa y aceleró torturando el motor.

—¡NOOOO! ¡Te dije que quiero irme a mi casa! Te lo dije a las diez y media y tú me respondiste de acuerdo, no te encabrones. ¡Ahorita son las tres y media, y sigo todavía en la calle contigo! Aldo. Ya párale. Cuando el juego se terminó, le paras. ¡Putá madre!

Aldo se acercó al borde de la calle.

En una explanada oscura, además de un anuncio publicitario de corbatas Scappino, una fogata estaba muriendo. En el suelo había latas de cerveza aplastadas y kleenex sucios.

—Disculpa, ¿cuánto? —Aldo se asomó por la ventanilla apoyándose en las piernas de Emanuel.

—Cien por una mamada y doscientos por el resto.

Una figura salió de las tinieblas.

*¿Qué es eso? Una mujer. No. Una vieja. No, un hombre vestido de mujer.*

Era flaco, panzón, mal afeitado. Los lentes de miope le hacían los ojos pequeños como alfileres. Llevaba una falda amplia, de paño café, que le llegaba hasta las rodillas. Calzaba botas de montaña azules. Una bolsa de charol beige atravesada. Para protegerse del frío traía puesta una chamarra Fila y una bufanda de los Tiburones Rojos. La peluca rubia estaba sucia y despeinada, ni gota de maquillaje. Ni gota de chichis.

—¡Es una ganga! —Aldo tironeó a Emanuel.

—Les hago descuento a ustedes dos —respondió ella con acento jarocho.

—¿Cómo te llamas?

—Nancy —dijo el trans en forma coqueta.

—Nancy, aquí a mi amigo le gustas mucho, me lo acaba de decir, me dijo párate, párate, mira qué buena. ¿Verdad, Emanuel? ¿Verdad que te gusta?

—Ya, por favor, ¿nos vamos? —murmuró Emanuel mirando hacia el frente.

Pero el travesti metió la cabeza en el coche.

—¿Entonces chavos, qué onda? Veo que también está su novia, ¿queremos hacer un *ménage à trois*? Pero la orgía vale trescientos.

El aliento le apestaba a ajo y espinacas y pasta de dientes. Emanuel bajó la cabeza y aguantó la respiración.

—¿Cuánto cobras por un beso de lengüita? —dijo Aldo.

—Nada de besos.

—¿Por el aliento?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tienes un aliento que ahuyentaría una nube de langostas —Aldo rió entre dientes.

—A esta hora no me dan ganas de bromear —Nancy se alejó seria del coche.

—¿Cómo, no tienes ganas de bromear? Anda, regresa, hablemos.

Pero Nancy se alejaba contoneándose.

—Discúlpame, de verdad, no te quería ofender, ven acá un momento.

El travesti se había regresado al centro de la explanada, cerca del fuego, canturreando una canción de España y haciendo como si no escuchara.

—¡Te dije que me disculparas!

—Vete a la chingada, hijo de papi, vete a casa que ya es tarde —dijo

Nancy mostrándole el dedo de en medio.

—¡¡¡VEN ACÁ, PUTA FEA!!! —ahora Aldo gritaba, con las venas del cuello moradas, encima de Emanuel, con la cabeza fuera de la ventanilla.

Parecía un cerdo enloquecido.

—¡MÁS TE VALE QUE VENGAS INMEDIATAMENTE, PORQUE SI VOY ALLÁ TE ROMPO LA MADRE!

Igual que en la preparatoria, cuando jugaban americano. Igualito. Se aventaba al montón gritando como enajenado, a hacer daño, a romper huesos.

—Déjalo en paz, vámonos, — dijo Emanuel, aplastado contra el asiento. — No te encabrones.

—Espérame tantito... —Aldo se bajó del coche—. ¿Cómo se atreve ese puto a llamarme hijo de papi...? —Caminaba rápidamente hacia Nancy, gritando y metiéndose coca en la nariz directamente con los dedos.

La alcanzó.

—¿A quién le dijiste hijo de papi? ¡Pendejo!

Se le fue encima.

Alrededor todo era oscuridad, y ellos estaban iluminados por el cono de luz espectral del farol. Dos actores en un escenario. Emanuel era el público, encerrado en el coche.

*No lo puedo creer, son las cuatro de la madrugada y este imbécil se pone a chingar a los travestis. ¿Entonces no ha entendido ni madres? No se da cuenta de que yo tengo que regresar a mi casa sin falta, que me siento malísimo...*

Se volteó y se puso a sacudir a Melanie.

—¡Despiértate! ¡Despiértate! Tienes que ir por Aldo, tienes que decirle que ya le pare. ¡Tenemos que regresar a casa! ¡Ya!

Melanie se giró y balbuceó entre sueños:

— o le dije que le tocara a Napo...

—Putra madre, puta madre... —Emanuel se contrajo y abrió la boca.



Le faltaba aire, sudaba frío,apestaba, sentía el corazón atrapado en una trampa para zorros.

Esos dos, afuera, seguían su numerito. Emanuel empezó a buscar cosas en el coche. Del pánico. Las llaves, los cigarros, el encendedor... ni él sabía qué.

El celular.

*Le llamo a Lulú. Sí, le llamo y le digo que venga por mí.*

*Cincocincoceroiseisochoceroiseiscincodosnueve.*

Marcó el número.

*¿Dónde estamos? ¿Qué le digo?*

Y después miró por la ventanilla.

Dejó caer el celular.

Aldo tenía las piernas separadas y los brazos extendidos.

Apuntaba la pistola a la cabeza de Nancy. Alrededor todo seguía estando a oscuras y en silencio, pero Emanuel escuchaba un tam—tam martillarle los oídos.

¡El corazón! Iba rápido como un tren.

*¿¡Se volvió loco?!?*

Emanuel bajó corriendo del coche.

Nancy estaba inmóvil como una estatua idiota. Con esos ojillos de cuyo miope y la peluca chueca.

—¿Entonces? ¡¡¡Contesta!!! —le ordenaba Aldo

Emanuel no pudo decir *¡baja esa pistola inmediatamente!*

Nada. Su atención estaba completamente capturada por los halos de sudor bajo las axilas de Aldo. Quería hablar, intervenir, pero no hacía más que ver esas dos estúpidas manchas oscuras en la camisa de Aldo.

—Creo que es El Cairo —dijo Nancy con un hilo de voz.

—Oquéi, Oquéi, sigamos —Aldo se movía nerviosamente sobre las piernas, manteniendo la pistola bien plantada en la frente del travesti.

*Emanuel, despiértate, puta madre.*

Agarró un brazo de Aldo, que perdió el equilibrio.

—¡Hey! Ten cuidado, por poco y me haces apretar el gatillo.

—¡Ten cuidado tú, pendejo! Aquí no estamos en una película del oeste, estamos en Artificios.

Aldo volvió a su posición de piernas abiertas y apretó con más fuerza el cañón de la pistola en la frente de Nancy, que ahora había empezado a llorar silenciosamente.

—Es cierto, no estamos en una película de vaqueros, pero tampoco en Artificios. Aquí estamos en... ¡VAS O NO VAS! Hazla de edecán en vez de decir pendejadas —y se puso a reír nerviosamente.

*Intenta con buenas maneras.*

—Aldo, escúchame, es peligroso, podría pasar alguien...

—Bueno, vamos a ver. Sigamos con geografía. ¿Cuál es la capital, la capital de... de Irlanda?

*Ni hablar.*

Nancy comenzó a sollozar y a mover la cabeza desesperada.

—Nooo, te lo ruego, déjame ir. ¿Qué mal te he hecho?

—Tienes diez segundos y después te despacho. Tic-tac, tic-tac, tic-tac.

Emanuel tuvo la certeza absoluta de que en ocho segundos, siete, seis... Aldo le metería una bala en la cabeza de aquel infeliz.

Tenía que hacer algo.

Pero, ¿qué?

—Disculpa, ¿qué pinche pregunta es esa? ¿Cuál Irlanda? ¿Irlanda del norte o del sur? Tienes que ser preciso, Aldo, si no no vale.

A dos segundos del gong Aldo interrumpió la cuenta regresiva y se quedó un instante perplejo, pero luego dijo:

—El interventor tiene razón. Esta pregunta no vale.

Nancy, que hasta ese momento había aguantado la respiración como una carpa, volvió a respirar con la boca abierta.

—¿Te divertiste lo suficiente? ¿Ya nos podemos ir? —dijo Emanuel

con el tono de un padre que se cansó de girar en el carrusel con el hijo pequeño.

Aldo, en cambio, se metió más coca en la nariz y sacudió la cabeza como un perro mojado. Seguía apretando el cañón de la pistola contra la frente de Nancy, en la que se había formado un pequeño círculo blanco.

—Entonces dime... —se dirigió al travesti con la nariz polveada de blanco. Hablaba enseñando las encías, un lobo que gruñe—. ¿Sabes cuál es la capital de los Estados Unidos?

Nancy temblaba. Y veía fijamente subir y bajar la manzana de Adán de Aldo. Se exprimía el cerebro para tratar de recordar lo poco de geografía que sabía (¡ah!, si ese día en que la maestra había explicado América no se hubiera ido de pinta con las amigas...).

—Nueva York —se decidió finalmente—. La capital de los Estados Unidos es Nueva York.

Aldo se puso a saltar y a reír a carcajadas.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no lo sabías! ¡Eres una bestia ignorante!

Emanuel se agarraba la cabeza entre las manos.

*Nooo, no es posible... Ya valió verga. Le va a disparar.*

Lo habría hecho.

Se dio cuenta de que a Aldo se le habían cruzado los cables. Algo allá adentro se había atascado, algo había dejado de funcionar.

Aldo andaba volado como un papalote, eso le era ahora absolutamente claro, había repasado toda la historia y llegó a la conclusión de que Aldo, desde siempre, no era más que un psicópata.

—Respuesta equivocada, te tengo que despachar —dijo tranquilamente Aldo.

Nancy lloraba y temblaba y veía a su verdugo y canturreaba una oración.

—Santa Madre Virgen de la Inmaculada Concepción...

Aldo apuntó. Nancy cerró los ojos.

—¡ESPÉRATE! —gritó Emanuel—. ¡Espérate tantito!

—¿Qué?

—Tienes que darle por lo menos tres oportunidades.

—‘Uta, qué hueva, el interventor dice que tengo que darte tres posibilidades — se dirigió pacientemente a Nancy, que ya había dejado de creer en la vida y trataba de establecer contacto con el más allá.

—¿Y entonces? ¿La capital de los Estados Unidos? —después Aldo escuchó un susurro a sus espaldas. Se volteó de golpe y cachó a Emanuel haciendo amplios gestos con los brazos para llamar la atención de la puta.

—¡Ah, no! ¡No puedes soplar! ¿Qué pinche interventor eres si soplas?

—Aldo, razona, ésta no sabe ni madres de nada, ¿por qué dispararle? Déjala vivir en su ignorancia.

—Diez segundos y contando —dijo Aldo, seco.

—Nueve, ocho...

—Me parece que... Los Ángeles —respondió una vocecita a lo lejos. Aldo alargó el cuello y se llevó una mano a la oreja. Volteaba alrededor como si no supiera de dónde venía el susurro.

—Me pareció haber escuchado Los Ángeles —dirigiéndose a Emanuel—. ¿Será posible? ¿Será posible que alguien sea tan ignorante como para decir Los Ángeles?

—Ya párale, Aldo. Todavía tiene la tercera respuesta.

Aldo asintió comprensivo, él no juega sucio, él respeta las reglas.

Nancy buscó a Emanuel con los ojos.

—¿Me equivoqué? ¿No es Los Ángeles?

Emanuel no respondió. Aldo menos. Ambos la veían como un maestro ve al estudiante burro.

Emanuel empezó a dar vueltas rápidamente alrededor de Nancy y Aldo, que le apuntaba en la cabeza con la pistola cargada, alrededor de ese animal mitológico. Mitad víctima, mitad verdugo.

*No va a disparar. Me la está aplicando. Está haciendo todo esto para que me cague. Para contárselo mañana a los demás.*

Luego sucedió en un momento.

—Dallas...

—¡Incorrecto!

Aldo le disparó en un pie.

Nancy cayó al suelo aullando.

Pulpa, relleno y sangre. Eso era lo que salía de su bota de montaña azul. En el centro se había formado un gigantesco ojo ciego inyectado de sangre, una boca que vomitaba carne molida. Después del disparo bajó sobre la escena un silencio mortífero.

Aldo y Emanuel miraban a Nancy rodar por el suelo, presa de un dolor inmenso, y oían el estertor cacofónico que salía de sus dientes apretados.

Aldo sólo dijo:

— ¿Nos vamos?

—¿¡Nos vamos?!? ¡Pero mira qué chingados hiciste! Tú estás enfermo, Aldo, muy enfermo.

Aldo se dirigió al coche.

Emanuel no lo siguió. Se inclinó hacia Nancy.

—¡Te lo suplico, ayúdame! ¡Estoy muriendo desangrada! No me dejes, te lo suplico, no te vayas... —imploraba el travesti. Después agarró temblando las manos de Emanuel y lo vio con esos ojillos.

—No te vayas...

—Oquéi, estoy aquí, no te preocupes. No me voy, yo te ayudo — Emanuel trataba de calmarse, de calmarla, pero ella nada. Se le prendía del cuello como un nadador que se ahoga—. Te lo ruego, no me dejes morir.

—Te dije que yo te ayudo, no te preocupes —Emanuel trataba de zafarse—. Basta por favor, no me voy a ir.

Pero Nancy no soltaba la presa, lo agarraba de la camisa, de la cabeza, lo detenía.

—No me dejes morir en medio de la calle...

—¡Ya! ¡Párale! —Emanuel se soltó de los tentáculos de un jalón—. Ya te dije que yo te ayudo.

Aldo había hecho maniobras en la explanada y dio dos claxonazos para llamarlo. Bajó la ventanilla y dijo:

—¿Qué haces, vienes o te quedas ahí?

El travesti enmudeció. Soltó las manos de Emanuel, pero siguió deteniéndolo con una mirada de borrego a medio morir, y después preguntó:

—¿Me vas a dejar?

—Voy a llamar a la ambulancia. Quédate tranquila.

En los ojos húmedos de Nancy destelló una expresión de gratitud. Un asomo de sonrisa que Emanuel correspondió.

—Gracias.

Emanuel asintió, se quitó el cinturón y lo apretó alrededor de la pantorrilla de Nancy.

—Mantenlo apretado.

Después se subió al coche.

Se fueron.

El reloj del tablero marcaba las cinco. El cielo empezaba a clarear en el azul cobalto de un alba invernal. La calle estaba desierta. Las putas se habían ido a casa. Las fogatas de la calle eran sólo humo, ni un coche, sólo los camiones de carga con sus berridos de elefante y la estela de contaminación que arrastraban consigo.

Aldo y Emanuel no hablaban.

Desembocaron a Constituyentes.

Emanuel veía los campos de futbol americano del Colegio Americano

envueltos en una neblina baja. Él y Aldo habían pasado un montón de tiempo ahí.

De pronto sintió una nostalgia angustiosa por los tiempos de la prepa. Tiempos tranquilos. No habría estado mal regresar... siete años. ¡Siete años! Ya habían pasado siete años desde la graduación. Parecían dos, tres cuando mucho.

*No ha cambiado nada desde entonces.*

Seguía con la misma novia, seguía viendo a Aldo, seguía viviendo con su mamá, seguía fingiendo que estudiaba, seguía.

Un nudo del tamaño de un pulpo se le atoró en la garganta.

*¿Cuándo va a cambiar?*

Aldo desaceleró de pronto y se pegó a la derecha. Emanuel lo vio bajar con sus movimientos bruscos. Lo vio darle la vuelta al coche, abrir la cajuela y sacar al canguro dándole palmaditas en el trasero.

Lo vio entrar al coche rápidamente y arrancar.

—Se habría cagado en la alfombra nueva —dijo Aldo encendiéndose un cigarro.

—Sí... —respondió Emanuel.

Salieron de Constituyentes y se metieron a Parque Lira.

—¡Qué onda! —Melanie se había despertado—. ¿Qué hice? ¿Me dormí? Ay, güey qué nohecita, chavos, me puse una peda... ¿A dónde vamos?

Tenía la voz pastosa por el sueño pero alegre.

—¡Por favor! ¿Nos paramos? Tengo un hambre... Tengo antojo de cuernitos con chocolate —se hizo hacia delante tratando de verse en el espejo retrovisor—. ¡Mira qué pelos y qué cara! Parezco una bruja. ¿Entonces? ¿Nos detenemos en una tiendita?

Pero ya estaban en la calle Arquímedes. En casa.

Aldo se paró frente al portón de Emanuel y preguntó:

—¿Qué onda? ¿Me llamas cuando regreses de la boda?

Emanuel asintió con la cabeza. Abrió la portezuela.

—¿Y de mí no te despidas? —dijo Melanie acercándose hacia él. Lo besó en la boca.

—¿Quieres mi número? —volvió a preguntar.

—Sí, bueno, se lo pido a Aldo, ahorita no tengo...

Salió del coche.

El cielo se había abierto. Se había vuelto una bella mañana. Fría y clara.

El BMW partió.

Emanuel vio el reloj. Cinco y veinte. Justo el tiempo para bañarse, rasurarse, cambiarse los zapatos e irse.

El canguro se quedó quieto por un tiempo en el acotamiento donde lo habían dejado. De pronto sacudió la cabeza y dio saltitos hasta el muro de contención. Estaba a punto de saltarlo cuando se detuvo, atraído por el verde de los campos de americano al otro lado de Observatorio. Empezó a atravesar lentamente la calle.

Un Ford Fiesta lo pasó rozando y no lo atropelló de milagro, pero el Renault que le seguía se frenó, derrapó y pasó por encima de su larga cola. El canguro avanzó a duras penas otros tres metros, arrastrando su apéndice destrozado; después, un camión de leche lo atropelló de frente.





Emanuele aveva i piedi gonfi ma non poteva levarsi i mocassini.

La mamma, la signora Flaminia Monteleone, non ammetteva cose del genere.

—Rimettiti subito quelle scarpe o te ne vai a mangiare in cucina. Con la servitù. Non sei un tabaccaio! —gli avrebbe detto vedendolo cenare in calzini.

E così, seduto sul divano di broccato insieme a mamma, si strafogava il passato di verdura guardando il TGI.

Voleva tornarsene in camera, buttarsi sul letto e morire.

*Che giornataccia*, riflettè.

Tutta colpa di Lalla e dei suoi reggiseni.

Dei suoi golfini, rossetti, guanti di capretto, calze a rete, latte detergente.

Dalle tre alle otto, tra Benetton, Stefanel, Fendi a fare spese con la fidanzata. Non aveva aperto libro. E all'esame di diritto commerciale mancavano solo tre giorni.

Avvertì una fitta di dolore al costato.

Si somministrò un'altra cucchiata del sano passato di verdura che faceva tanto bene all'ulcera di mamma.

—Cori, che c'è per secondo?

La filippina cinguettò:

—Fagiolini bolliti.

Emanuele alzò il volume della televisione.

—Abbassa, Emanuele! Ho un mal di testa terribile —disse la signora Monteleone con aria stanca.

Emanuele non la sopportava più. Tutti i giorni con quel suo fottuto mal di testa. Con quell'espressione di disgusto incollata sulla faccia. Sembrava si fosse mangiata un piatto di trippa andata a male. Se ne stava lì, secca e verde come un asparago, con quel tailleur rosso cardinale, con la sua ulcera del cazzo che obbligava tutti a denutrirsi di pollo lesso, con la sigaretta in bocca e gli occhiali scuri.

—Vabbe', io me ne vado a letto.

La signora Monteleone rimase impassibile.

Emanuele si alzò e si trascinò verso la sua camera attraversando i sessanta metri dello sfarzoso salone tappezzato di quadri astratti e tappeti *kilim*.

Ma fu inchiodato sulla porta.

—Emanuele, te lo ricordi che domani mattina dobbiamo andare al matrimonio? Ho chiesto a Cori di svegliarti alle sei e mezza, mettiti il vestito blu, quello di Caraceni...

Emanuele proseguì senza rispondere.

*No! Cazzo! Il matrimonio! Maledizione, e io che domani volevo chiudermi a studiare!*

Se n'era completamente dimenticato.

A Siena. In un castello sperduto in qualche tenuta di campagna.

*Perché Guglielmo si deve andare a sposare a Siena?*

*Ma poi perché si deve sposare?*

*Semplice, per rompere i coglioni ai parenti, per quale altra ragione sennò?*

Terribile! Svegliarsi alle sei e mezza, viaggiare con quella mummia di mamminacara che ti dice a ripetizione:

—Non correre, Emanuele! Va' più piano! Così ci ammazzeremo.

Capiva suo padre. Quel poveraccio era dovuto andare fino in Belgio per non viverci accanto.

Si immaginò poi il mucchio de fichetti e parenti accalcati davanti al

buffet e il cugino Guglielmo, il più grande coglione del centro Italia, che si pavoneggia sottobraccio a Donna, una cavallona bionda del Vermont.

Preso da queste avvilenti considerazioni, Emanuele s'incamminò per il corridoio affrescato. Sembrava un condannato a morte avviato verso la sedia elettrica. Stava per entrare in tana quando il videocitofono si mise a suonare.

Rispose.

Sul piccolo schermo apparve il faccione butterato di Aldo Trebbiani.

Sorriso gioioso. Quattro capelli immersi nel gel. Occhi piccoli e rapidi. Nasone.

—Seratina, ragazzo? —gracchiò il citofono.

—Ué, Aldo, che fai, vuoi salire?

—No, scendi tu. Andiamo a fare un giro.

—...Stavo per andare a dormire.

—Come mai?

—Ho passato il pomeriggio con Lalla e domani all'alba devo andare a Siena.

—Seratina ridotta, allora. Un cannino al volo.

—No... —Ma poi ci ripensò—. Vabbe' scendo un attimo, così mi accompagni a comprare le sigarette.

—Bravo, ragazzo.

Attaccò e andò a prendere il giubbotto di pelle.

Seratina!

Nel loro gergo significava sfondarsi di canne, rigorosamente senza fidanzate, e tornare a casa a orari improbabili addobbati come alberi di Natale.

Ma da un po' di tempo a Emanuele quelle seratine incominciavano a stargli un po' sulle palle.

*Le seratine sono un tunnel. Ti sfondi di canne e stai a pezzi e non riesci a studiare e tutto ti sfugge di mano e ti pesa addosso, la tua stanzetta del cazzo*

*e le cene con tua madre e i matrimoni a Siena. Quindi le evito come la peste.*

Aldo lo aspettava barricato nella BMW del padre col riscaldamento al massimo. Aveva il solito cappotto di cammello, la camicia azzurra in tinta con gli occhi e dei guantini di daino da corridore.

Sulla fronte spiccava un cerotto a farfalla.

Emanuele si sedette ma prima di chiudere la portiera si fermò a guardare il cerotto:

—Ma che hai fatto sulla fronte?

—Chiudi la porta, veloce, che entra l'aria fredda! —fece Aldo con urgenza e partì a razzo—. Dove andiamo? —chiese urlando sopra la voce di Pino Daniele.

—A comprare le sigarette. Ma che hai fatto sulla fronte?

Scendevano giù veloci per via Archimede, deserta a quell'ora. C'era umidità nell'aria e i pochi lampioni illuminavano di una luce pallida e sferica le macchine posteggiate.

—Adesso te lo dico.

E continuò a guidare con la schiena all'indietro, la nuca contro il poggiatesta e le braccia tese come un pilota di rally.

—Allora, come ti sei ferito?

—Adesso te lo dico.

A piazza Euclide Aldo bruciò due semafori rossi.

—Ieri. Inaugurazione del Pakiana a Fregene. Meteva i dischi un certo Max Trip Twentyfive. Un casino. E chi c'era in quel casino?

—Chi c'era?

—Io e Riccardo.

—Ah! Riccardo chi?

—Il chirurgo.

—E allora?

—E allora niente. Ballavamo. Faceva un caldo bestiale. Il livello etilico era molto alto. Il chirurgo ci dava dentro di vodka al melone. Poi si sente

male e mi si attacca addosso dicendomi che se ne vuole andare a casa. Quello è uno che non si trattiene, beve come un animale. Gli ho detto che non esisteva. Che mi stavo divertendo e di andarsene al cesso a vomitare e lui ci è andato, solo che ha sbagliato cesso e ha fatto un casino nella toilette delle signorine. Ora, voglio precisare che prima di andare al Pakiana, io e il chirurgo ci eravamo sfondati dal Bolognese, roba di cannelloni al sugo. Non sai come ha ridotto quel cesso! E quando una delle signorine ha trovato un cannellone semidigerito nella sua trousse del trucco si è fatta rodere il culo. Chiaramente se lo sono inculato, prima la signorina e poi i buttafuori. Io niente, io mi facevo i cazzi miei, sereno. Che me ne frega a me? E insomma questi quattro bestioni lo hanno buttato fuori. Ma quel testa di cazzo non incomincia a prendere a calci la porta, a dire che vuole rientrare, che c'ha la tessera VIP? Alla fine gli aprono e gli dicono che se non se ne va chiamano la polizia e gli sbattono la porta in faccia. Hai presente la porta del Pakinana?

Emanuele fece segno di no con la testa.

—Una cassaforte. Acciaio inossidabile. Blindata. Pesantissima. Gli hanno chiuso la mano nella porta.

—Porca troia.

—C'ha lasciato tre dita! Le ho visto io agitarsi a terra quelle dita del cazzo e a quel punto ho rotto il culo al primo buttafuori che ho trovato. Insomma, per farla breve, siamo andati tutti al pronto soccorso. Riccardo, i tre buttafuori e io con le dita di Riccardo nella tasca del cappotto. Aspetta...

—Aldo incominciò a frugarsi in tasca —Forse c'ho ancora qualche pezzo di tendine...Voglio dire, quel poveraccio stava per diventare chirurgo. È fottuto! Ora che fa? Al massimo lo psichiatra. Cazzo, uno si fa il culo per prendersi la specializzazione e poi tre stronzi ti amputano tre dita... Pensa che palle rimettersi a studiare psichiatria.

—Ne dici di stronzate...

—Guarda che schiffo... —Aldo rivoltò la tasca del cappotto imbrattata di rosso—. Devo protarlo in tintoria...

—Porca puttana, che storiaccia! —fece Emanuele.

—Vabbe', dammi il fumo che faccio una canna.

—Io non ce l'ho il fumo.

—Come non c'hai il fumo?

—No, non ce l'ho, credevo ce l'avessi tu.

Aldo inchiodò davanti all' All Night Long Bartabacchi.

—Vabbe'...chi se ne frega. Vado a comprare le sigarette —disse Emanuele scendendo.

L' All Night Long Bartabacchi era un locale squallido, con l'insegna rosa intermittente. Dentro non c'era un'anima tranne una cassiera grassa intenta a smaltarsi le unghie e un barista minorene. Emanuele comprò due pacchetti di Marlboro light e uscì zoppicando.

Doveva tornare subito a casa e levarsi quei dannati mocassini.

*Appena arrivo mi faccio un pediluvio di un'ora e mezza col bicarbonato di sodio*, si desse sollevato a quel pensiero.

Rientrò in macchina:

—Fa troppo freddo! Non c'abbiamo nemmeno il fumo. Io quasi quasi me ne tornerei a cas...

Vide che Aldo aveva tirato fuori dalla giacca un barattolino trasparente pieno di polvere bianca.

Emanuele smadonnò tra i denti.

—Sorpresa! La coca! Inizia la seratina in versione deluxe! —disse Aldo con un sorriso contento.

—Nooo, te pregoooo. La coca no. Io voglio andare a dormire. Domani devo andare al matrimonio di mio cugino...

—MA SEI PAZZO?!? Questa è la coca migliore del mondo. Non mi credi? Provala!

—Ti credo, ti credo ma non posso. Domani devo andare al matrimonio.

—No, no, tu non mi credi. Lo so. Provala, cazzo, non puoi dire che questa coca non è buona se non la provi. Fatti un tiro.

—No, non mi va, veramente.

Aldo intanto si era già fatto due piste e tirava su col naso e si strofinava le gengive col dito.

—Fati un tiro, dai — insisté. E avrebbe insistito così tutta la sera.

—Che palle! Un tiro solo e poi mi porti a casa!

Emanuele si fece controvoglia la sua striscia e Aldo ripartì con una sgommata.

Si lanciarono sul lungotevere. Pino Daniele cantava 'o *scarrafone*.

—Cazzo però, è buona 'sta coca! —Disse Emanuele sorpreso—. Dove l'hai presa?

—Ieri sera —rispose Aldo con aria paracula.

—Al Pakiana?

—No, al Fatebenefratelli.

—L'ospedale!?!?

—Sì. Il buttafuori, quello a cui avevo rotto il setto, continuava a infilarsi la coca nel naso massacrato dicendo che funzionava da anestetico e così gli ho chiesto se me ne vendeva un po'. Ne ho presa subito una piotta, l'ho provata, una bomba. E così gli ho dato il Rolex per venti grammi. Un aff... —Il cellulare cominciò a squillare. Aldo lo tirò fuori dal cappotto e rispose con un tono da operatore Sip:— Ciao... Come va? Sìi? Sì... Va bene. Va bene... tranquillamente... Arrivo!

E fece conversione a <<u>> scavallando i cordoli della corsia preferenziale.

—Che fai? Chi era? —chiese Emanuele allarmato.

—Melania. L'andiamo a prendere.

—Dove?

—A Torpignattara.

—MAI! Torpignattara è lontanissima. Non esiste. Portami subito a casa —fece Emanuele incazzato.

—Ma guarda come stai! Che ci vai a fare a casa? A ballare la rumba



nel letto? Accompagnami a prendere Melania e mezz'ora al massimo sei a casuccia. Non mi va di fare la strada da solo.

—Però levami 'sto Pino Daniele che non ce la faccio piú —disse Emanuele estraendo il CD e aggiunse:— E poi chi è questa Melania?

Melania se ne stava appoggiata al cofano di una macchina, in uno stradone buio, fumandosi una sigaretta.

Ai lati costruzioni basse, senza intonaco, con i pilastri di cemento a vista. Cancellate arrugginite, cani rabbiosi e lavori in corso. Alla fermata dell'autobus poco distante quattro somali si ghiacciavano il culo.

*Un posto di merda.*

—Eccola là! —disse Aldo appena vide Melania e invece di rallentare accelerò.

—Anche Melania vide i fari della BMW, scese dal cofano, si aggiustò i capelli e si mise a posto la minigonna.

Aldo tirò il freno a mano e con una sgommata sapiente inchiodò a pochi centimetri dai suoi piedi.

—Ma sei cretino?!? Mi vuoi uccidere? —rise lei poggiando le mani sul cofano bollente.

Sgambettando sui tacchi alti aprì la portiera posteriore ed entrò.

Un'ondata di profumo da supermercato invase la macchina.

*Oddio, che si è messa addosso? Il Baygon per gli scarafaggi? Pensò Emanuele.*

Però era femmina, la ragazza.

Aveva una faccia tonda. Grandi occhi verdi e ciglia lunghe. I capelli le arrivavano al culo ricci e neri. La bocca larga e carnosa, rossa, affogata nel rossetto. Alle orecchie portava due giganteschi cerchi d'oro grandi come trespoli per i pappagalli.

—Aahh! Che bel calduccio fa qua dentro. Fuori mi si stava gelando il sederino! —rise.

Aveva una voce nasale e lamentosa e le vocali troppo aperte.

—Come stai, Aldo? —e senza attendere la risposta tese la mano a Emanuele—. Comunque io sono Melania Crocetti. Piacere.

—Emanuele —rispose lui secco, stringendogliela.

Melania si tolse il giubbotto oversize. Sotto aveva un gilet di pelle scamosciata che nascondeva a malapena le tette costrette nel wonderbra di pizzo.

Emanuele fece un rapido confronto mentale tra le grosse mammelle di Melania e quelle striminzite di Lalla.

*Perché le ragazze perbene hanno sempre le tette piccole?*

Aldo rimise il CD di Pino Daniele e prese la boccetta della coca. Si fece una rumorosa sniffata e la passò a Emanuele.

—No, grazie. Io sto.

Melania strillò da dietro con aria offesa:

—E a me non me la offri? Aldo, sei il solito cafone.

—Ah, brava! Allora sei una drogata! —disse Aldo.

Le passò il barattolo senza nemmeno guardarla in faccia.

Emanuele era stufo. E quella strada non gli piaceva. Quei somali del cazzo continuavano a guardare la macchina.

—Ce ne andiamo da questa fogna, per favore?

Ripartirono.

Aldo correva a centosessanta sulla Casilina, lanciato verso il centro della città. I semafori arancione lampeggiavano. Melania intanto armeggiava con la coca sporcandosi il naso di bianco.

—Non credere che sono una drogata come il tuo amico, Emanuele. Sono solo una che sa prendersi il meglio dalla vita. E che non sa dire di no... —disse con fare mondano.

Aldo prese a ridere sguaiatamente.

A Emanuele gli si gelò il sangue nelle vene per l'imbarazzo.

—Ma dove l'hai trovata questa? —chiese all'amico sottovoce.

—È l'infermiera di mia nonna.

—L'infermiera di tua nonna? Ahhh! Certo!

La nonna di Aldo aveva novantatré anni e un Alzheimer galoppante. Se la faceva addosso e aveva bisogno di qualcuno che la imboccasse e che le pulisse il culo: ci pensava la bella Melania. Così quando Aldo, da bravo nipote, portava i cioccolatini a nonninacara, dava una ripassata pure all'infermiera.

—Dove mi state portando di bello voi due? —domandò Melania sporgendosi in avanti con un sorriso pieno di aspettative.

—Accompagniamo Emanuele a casa —rispose Aldo.

—Come?!? Vai già a casa?

—È che domani devo andare a Siena... al matrimonio di mio cugino. Mi devo svegliare presto.

Emanuele odiava scusarsi, parlare dei cazzi suoi con quella, ma chi ti conosce?

—Ma sei una palla, scusa. Che ti frega del matrimonio di tuo nipote? Vieni con noi, dai —insistette lei.

—Non è mio nipote, è mio cugino. E poi non posso, davvero. È già l'una. È tardi —rispose stizzito Emanuele.

—Ma lascialo perdere a questo zombie. Vuole andare a casa? E io lo porto a casa —intervenne Aldo.

—Grazie —chiuse gelido Emanuele.

Odiava quella situazione. Odiava l'insistenza di quei due. Odiava doversi giustificare. E gli facevano male i piedi.

*Che cazzo gliene frega a questi se io rimango o me ne vado a letto? Ero uscito solo per farmi una canna, 'affanculo,* si disse incrociando le braccia.

Comunque ormai era salvo. Erano a via Aldrovandi. A un passo da casa. Una volta a letto avrebbe dimenticato Melania, Aldo e tutta la stronza seratina.

—Oddio quanto mi piace Pino Daniele. Ragazzi, ho il fumo. Ce la

facciamo una cannetta al volo? —disse Melania con un sorriso ingessato.

—Hai visto? C'ha il fumo. Sei un ragazzo fortunato —fece Aldo.

Niente da fare.

Emanuele doveva compiere ancora quest'ultimo sforzo. Si sentiva in dovere. In dovere di non dire ancora una volta no.

—Occhei, facciamoci il cannino della buonanotte...

—Vecchio porco schifoso e cannarolo che non sei altro. Ti piace imbustarti a letto stravolto, eh?!? —Aldo continuava a dargli pacche sulla spalla e a sgomitare con fare cameratesco.

—Fermati, va' maledetto picchiatello —disse Emanuele cercando di staccarsi quella piattola di dosso.

Si fermarono in un viale buio e alberato accanto a un muro di recinzione. Passavano poche macchine veloci.

Melania rollò rapidamente, tecnica. Fece accendere a Emanuele.

Si passavano la canna in silenzio, trattenendo il fumo nei polmoni. Poi Aldo tirò fuori dal cruscotto una bottiglia di whisky e presero a passarsi silenziosamente anche quella. Un sorso, un tiro, un tiro, un sorso.

Pino Daniele urlava: *Fatte 'na pizza c'a pummarola 'ncopp.*

Emanuele si fissò a guardare la luna enorme oltre il muro. Era stanco. Stanco di perdere tempo. Stanco di non riuscire più a studiare. Stanco di non riuscire a concentrarsi. Improvvisamente ebbe la sensazione di essere un criceto salito per sbaglio sulla ruota e costretto a girare per sempre.

La gente crede che i criceti si divertano. Non è vero. I criceti sulla ruota ci salgono per sbaglio e ci mettono un sacco di tempo a capire che solo se la smettono di correre la ruota si ferma e possono scendere.

Emanuele avrebbe voluto chiudere gli occhi e dormire fino a domani, fino a dopodomani, fino a dopo l'esame e svegliarsi in estate, quando la madre se ne andava all'Argentario.

—Sto a pezzi, andiamo —disse infine facendosi l'ultimo tiro. Aprì il finestrino e buttò il mozzicone.

Una folata gelida e carica di odore di escrementi animali entrò nella macchina.

—Oddio che puzza! Ma che è? —chiese Melania allungata sul sedile di dietro.

—Lo zoo —fece Aldo mettendo in moto.

—Siamo allo zoo?!? Che ficata! Io non l'ho mai visto.

—Se fai la brava lo zio Aldo ti ci porta, vero? —le disse Emanuele, stupendosi del suo tono acido.

—Quando? Quando mi porti allo zoo?

—Ora —disse Aldo spegnendo la macchina.

—È chiuso, coglione —sbuffò Emanuele.

—E allora? Scavalchiamo.

—Sì! Dai! Scavalchiamo! —Melania si eccitò.

Ma Melania si sarebbe eccita pure per una fila alla posta.

—Scavalcate voi. Io me ne vado a casa a piedi. Statemi bene —disse Emanuele contro voglia pensando alla scarpinata che lo aspettava. Ma era disposto pure a farsela a piedi, basta che se ne andava. Si alzò il bavero della giacca, aprì la porta e se ne andò senza salutare. Si avviò per il viale buio, mani in tasca.

Si aspettava che Aldo facesse qualcosa. Che gli andasse dietro, che alla fine lo accompagnasse a casa. E intanto continuava a camminare, solo, in salita, coi mocassini stretti.

*Niente. Quello è proprio stronzo.*

Si mise l'animo in pace e allungò il passo.

Poi sentì alle sue spalle Melania che lo chiamava. Si girò e la vide correre verso di lui. Se fermò.

Aveva due gambe lunghe. Stette lì a guardarla correre, fermo, non mosse un passo verso di lei.

Melania lo raggiunse, aveva il fiatone e i pomelli rossi dal freddo.

—Di' la verità, Emanuele, ti sono antipatica?

Avrebbe avuto anche una bella faccia senza tutto quel trucco.

—Ma che dici!

—Allora perché te ne vai?

—Te l'ho detto, sono stanco e domani devo svegliarmi presto. Davvero.

Mi dispiace.

—Dai, ti prego. Solo un giro allo zoo, fallo per me.

Emanuele abbassò lo sguardo sui mocassini. Era senza parole.

—Vieni con me...

Non seppe dire ancora di no. Era stato antipatico tutta la sera. E poi lei lo stava fissando con quegli occhi.

—D'accordo. Facciamoci questo giro allo zoo.

Aldo era appoggiato al muro di cinta con il naso tuffato nella coca. Li aspettava.

Emanuele riconobbe sulla faccia di cazzo di Aldo la stronza sicurezza di chi conosce i suoi polli.

—Andiamo —disse Aldo e prese a fare dei saltelli per sbirciare al di là del muro di recinzione. A ogni salto il lungo cappotto di cammello svolazzava facendolo assomigliare a un nano del circo. Poi si girò a controllare la strada.

—Qui va bene —decretò infine.

Emanuele lo lasciò fare, decidere. Non è che quello gli sembrasse un gran bel posto per scavalcare.

—Vado io per prima? —Melania salì sulle spalle di Aldo e si afferrò con le mani allo spigolo del muro.

—Ahia! Ci sono i vetri, mannaggia! Mi sono tagliata. Tirami giù.

Aldo la tirò giù. Con i palmi insanguinati piagnucolò:

—Sembro Gesucristo. Ho le stimmate.

—Occhei! Dobbiamo cambiare tattica —Aldo si rivolse a Melania come se parlasse con un bambino:

—Devi mettere i piedi sul muro, senza appoggiarti con le mani. Hai capito?

La sollevò di nuovo ma era troppo basso per farcela da solo.

—Che cazzo fai, Emanuele? Ti sei imbambolato? Ci vuoi aiutare o no?

Emanuele appoggiò le mani sul sedere di Melania e prese a spingerla.

—Non mi toccare il culo, maiale —rise lei.

—Come faccio a spingerti senza toccarti il culo?

—Sì però non te ne approfittare.

—Tu non ti preoccupare e pensa a salire.

—Ecco fatto! —urlò Melania in piedi sul muro.

Aldo fu rapido. Montò sulle spalle di Emanuele e con un salto si tirò su.

Una scimmia. In bilico su pochi centimetri irregolari di vetri rotti.

—Dammi le mani, ti tiro io —fece a Emanuele.

Emanuele gliel' afferrò.

Furono illuminati da una luce blu.

Stava arrivando una volante della polizia. Avanzava piano.

—Cazzo, lasciami andare! Lasciami le mani!

La macchina si avvicinava. Tra poco li avrebbero visti. Aldo lasciò le mani di Emanuele. Dalla tasca gli cadde qualcosa di pesante e metallico che rimbalzò sulla strada.

Una pistola!

La volante era ormai a una cinquantina di metri.

Emanuele si nascose dietro un grosso albero col tronco circondato da una grata.

—Prendila! —gridava Aldo a bassa voce— sennò la vedono!

—Ma sei un coglione?!? Che cazzo ci fai con la pistola? —gli rispose Emanuele.

—Prendila!

Emanuele esitava.

—Prendila, cazzo!

Emanuele sgattaiolò fino alla pistola e se la mise in tasca. Ritornò al suo nascondiglio morto di paura.

La volante passò.

Emanuele guardò in su. Aldo era scomparso.

—Aldo!

Nessuna risposta.

—Aldooo!

—Nessuna risposta

—Vaffanculo Aldo! —disse ancora e si avviò verso casa.

*Mi ha mollato. Ha preso e se n'è andato. E che cazzo ci faccio con questa pistola? Se mi fermano e mi perquisiscono? Finisco in galera diretto. Finisco in galera per colpa di quel coglione,* continuava intanto a ripetersi mentre camminava.

Vide un cassonetto rigurgitante rifiuti.

*La butto!*

Infilò la mano in tasca e sentì il freddo del ferro.

*La butto!*

La strinse.

No. Non poteva buttarla. Quella era la pistola del gioielliere. Il padre di Aldo. Aldo con quel ferro nei pantaloni ci faceva il duro. Ci sparava ai divieti di sosta. Era una fissazione quella pistola.

*Se la butto il gioielliere s'incula Aldo e poi Aldo s'incula me. Vabbe', lo aspetto alla macchina. No, chissà tra quanto torna, forse è meglio che entro dentro e gliela do e la faccio finita con tutte queste stronzate. Sì, faccio così.*

Un grosso ramo di una quercia si allungava oltre il muro. Emanuele salì in piedi sul tetto di una Tipo parcheggiata e con un salto abbrancò il ramo. Superò con facilità il muro e si ritrovò appeso nel buio. La luce dei lampioni non arrivava fin là. Rimase così.

*Qualto sarà alto? Oddio, speriamo che non sia troppo alto.*

Fece un bel respiro e mollò la presa.

Atterrò su qualcosa di morbido che cedette sotto il suo peso.

Barcollò e aprì le braccia per non perdere l'equilibrio.



*Sano e salvo!*

Nell'aria c'era un odore terribile. Puzza di carne andata a male e di fogna e di sudore rancido e di rogna.

Non vedeva nulla...

Provò a muoversi ma un piede era bloccato.

Cercò di liberarlo. Non ci riuscì, era immerso in una massa compatta. Umido e gelatinoso sulla caviglia. Quella cosa gli stava inzuppando i calzini.

Si piegò a esaminare con le mani.

Pelliccia.

*Pelliccia?*

Un animale.

Gli aveva sfondato la cassa toracica con i mocassini e ora il suo piede sguazzava tra gli organi interni della bestia.

*L'ho fatto secco, cazzo. L'ho ucciso.*

Si frugò nelle tasche in cerca dell'accendino.

*Sono atterrato su un animale e l'ho ammazzato.*

Lo trovò e fece luce.

Una debole e spettrale fiammella, tutto qui.

Emanuele esaminò la situazione.

La testa scarnificata e le orbite vuote. Dalla bocca usciva una enorme lingua turgida. Livida. Mosche e larve e vermi affollavano a migliaia le orecchie e gli occhi e la bocca dell'animale. Emanuele sentì il passato di verdura e il whisky tornagli in gola e bruciargli le pareti dell'esofago. Rimandò tutto indietro. Non era il momento di vomitare, ora voleva solo una cosa: liberare il piede da quella cosa morta.

—Oddioo che schifo! Cristoo!

Sentiva attorno alla caviglia la consistenza spugnosa dei polmoni. Prese ad agitarsi come un epilettico per liberare il piede. Anche il cadavere prese ad agitarsi come se si fosse rianimato.

Diede uno strattone e le costole cedettero sollevandosi come macabri

coltelli. Emanuele cadde all'indietro, su un mucchio di fieno fetido. Si alzò e corse via.

La gabbia era aperta e in un attimo fu fuori, sul viale di ghiaia dello zoo.

L'aria fredda gli ghiacciava i pantaloni bagnati di sangue. Corse a bocca aperta fino a quando gli scoppiarono i polmoni e si fermò, piegato in due, a boccheggiare.

Si sedette su una panchina.

Sentiva il cuore sbattergli in petto. Sentiva i rumori di quella giungla carcerata.

La luna affiorava tra le fonde degli eucalipti illuminando tutto con una luce gialla e sporca. Davanti a sé, oltre uno spiazzo con una fontana, il recinto dei cammelli. Dormivano. Immobili. Inginocchiati come vecchie che pregano.

*Basta! Non ce la faccio più. Voglio andare a casa!*

Si immaginò a letto, nella sua stanza, senza scarpe, pulito, sotto il piumone, a guardare un film.

Era ora di farla finita.

Ma dov'erano quei due?

Passò davanti alla gabbia delle scimmie. Vuota. Continuò in direzione dei lupi. Gli ringhiarono contro facendo un baccano d'inferno.

*Questi bastardi mi faranno scoprire.*

Emanuele diventò circospetto, si guardava alle spalle. Prese una strada laterale di terra battuta e dopo un po' sentì rumore d'acqua e risate.

*Eccoli!*

Aldo e Melania si sporgevano sulla ringhiera della vasca delle foche. Gli iceberg di cemento armato li sovrastavano con i loro tre metri d'altezza.

Sotto di loro una grossa otaria allungava il collo lucido. Melania gli versava il Jack Daniel's nelle fauci. E il pinnipede ingollava e rideva.

—Maledetta alcolista che non sei altro! —le urlava Aldo cercando di toccarla.

Emanuele arrivò silenzioso alle loro spalle. Ebbe voglia di spingerli di sotto.

—Allora andiamo? —disse con voce calma.

I due si girarono di soprassalto. Bambini sorpresi con le mani nella marmellata.

—Ma dove stavi? Sei un pazzo! Vieni a vedere, Melania sta ubriacando la foca!

—Guarda, Emanuele! Adora il whisky —farfugliò lei.

—Lascia perdere. Mi è successa una cosa tremenda, ho infilato il piede in un cadavere. Guarda —disse mostrando ad Aldo il mocassino insanguinato.

Gli occhi di Aldo erano due fessure scure. Si piegò al rallentatore e osservò. Scoppiò a ridere, rideva col naso, come se quella fosse la cosa più divertente del mondo. L'arteria sulla fronte pareva scoppiargli sotto il cerotto bianco.

—Io non mi sto divertendo... —fece Emanuele. Poi si girò e si avviò.

—Fermati! Aspetta! Dove vai? —disse Aldo ricorrendolo—. Cazzo, fermati un istante. Devo dirti una cosa.

Emanuele continuava a camminare.

—Non prendertela sempre per tutto. E poi aspetta, devo dirti una cosa davvero positiva.

Emanuele continuava a camminare.

—Non positiva, ottima. E porca puttana, ma ti vuoi fermare? Sono a pezzi, non ce la faccio a correre... —gli ansimava dietro.

Emanuele si bloccò. Si girò verso Aldo e gli piantò gli occhi negli occhi. Severo.

—Senti Aldo, io ero uscito solo per comprare le sigarette, te l'ho detto, domani devo andare al matrimonio di mio cugino. Ma tu niente. Hai iniziato con la coca, con quella cretina, con questo zoo del cazzo. Ora basta. Ho freddo, ho infilato il piede in una carogna e mi fanno male le

scarpe. Me ne vado a casa.

—D'accordo. Non c'è problema. Vai a casa, vai dove vuoi. Volevo solo dirti una cosa.

—Cosa?

—Una cosa che mi ha detto Melania su di te.

—Che cosa?

—Ha detto che sei carino. Che le piaci una cifra.

Emanuele rimase per un momento senza parole, poi con una alzata di spalle disse:

—E chi se ne frega.

—Allora c'ho ragione a dirti che sei coglione! Quella sta lì, ad aspettarti a gambe aperte e tu vuoi andartene a casa.

—Sì, voglio andare a casa. Non me ne frega un cazzo, sono un coglione. Aldo lo afferrò per un braccio.

—Perché ogni volta che mi devi dire qualcosa mi devi toccare?

Aldo lo mollò.

—Occhei, ragioniamo. Com'è? È bona?

—Sì...

Quel sì era un sì accondiscendente e poco convinto ma in realtà Emanuele lo pensava davvero. Melania era un gran pezzo di fica.

—Hai notato che tette?

—Sì.

—Ci hai mai scopato?

—Che cazzo di domande fai? No!

—Io sì. Non ne voglio neanche parlare. Per cui, per favore, va' là e scopatela.

—Qui? Ma tu sei matto!

—Qui. Chiaro.

—Non ci starà mai. E poi non mi va.

—Allora dimmi che non ti va, ma non dirmi che non ci sta. Te la fai in

un secondo.

—Ma perché devi essere sempre il solito?

—E vai! —Aldo cominciò a spingerlo. E rideva.

Anche Emanuele prese a ridere. Ridevano tutti e due come idioti.

—Devo andare? Sei sicuro?

—Vai. Io mi sbraco qui, su questa panchina, e mi guardo i cammelli. Sono a pezzi. Forse mi faccio pure una sega —aggiunse Aldo, improvvisamente più serio.

Emanuele raggiunse Melania che se ne stava seduta davanti alla gabbia dei canguri e finiva la bottiglia.

Le si sedette accanto.

—Ah! Eccoti. Ma dove eravate finiti? Dov'è Aldo? —disse lei battendo i denti e sfregandosi le mani.

—È andato a vedere i serpenti.

—Che schifo, io li odio i serpenti. Pure le lucertole.

—Hai freddo?

—Sto morendo.

Emanuele la strinse. Sentì di nuovo il profumo da supermercato.

Lei gli poggiò la testa sulla spalla.

Prese ad accarezzarla. Ma c'era un problema. Si rese conto di non avere tanta voglia. Leccitazione iniziale s'era afflosciata come una torta senza lievito.

Melania intanto lo baciava sul collo.

Aveva ragione Aldo, quella ci stava.

Ripensò a Lalla. Da quanto tempo stavano insieme?

*Sette anni. Un sacco di tempo.*

Melania gli aveva infilato le mani sotto la camicia. Emanuele bevve l'ultimo sorso di whisky.

*Che ore saranno? Troppo tardi. Fra tre giorni ho l'esame.*

*E allora?*

Una vocina realistica e antipatica inferì.

*Tanto ti bocciano pure questa volta. Ma questa volta mamma ti s'incula davvero.*

Poi quella furbetta rispose.

*E tu non glielo dici. Non lo dici a nessuno, neanche a Lalla.*

Guardò Melania. Stava armeggiando sulla patta dei pantaloni.

*Lo sai quello che ti dirà la tua fidanzatina:*

*“Sei senza spina dorsale, non hai ambizioni nella vita”. Come puoi farti dire cose del genere?*

Melania glielo aveva preso in mano. Osservò la mano di lei, le sue unghie laccate che gli artigliavano il cazzo duro. Alzò lo sguardo, le otarie scivolavano nere sotto il pelo dell'acqua.

L'angoscia gli strizzava lo stomaco e gli premeva sulla trachea come un cancro maligno. Chiuse gli occhi.

*Dovrei mollare tutto. Andarmene. Andarmene lontano, in Australia. Ricominciare. È che dovrei mettermi a studiare. Dovrei smetterla di farmi le canne. Smetterla con queste cazzate... Ricominciare...*

Venne quasi subito, stringendo forte le assi della panchina.

Riapri gli occhi e guardò Melania. Gli sorrideva. La mano imbrattata di sperma.

—E ora dove mi pulisco? —ridacchiò lei.

—Non lo so —disse Emanuele guardandosi intorno.

Aldo se ne stava appoggiato a un lampione e fumava. Li osservava. Emanuele prese una foglia di platano e la diede a Melania.

—Pulisciti con questa.

Aldo lanciò il mozzicone nella vasca delle otarie e si allontanò.

—Ma io ti piaccio? —chiese Melania appoggiando la testa sulle gambe di Emanuele.

—Sì... certo che mi piaci.

—Qual è la cosa che ti piace di più di me?

*Che cazzo di domande fai?*

—Gli occhi.

—Grazie! Sei il primo che dice gli occhi. Di solito dicono il seno. Senti... Io sono stata molto carina a farti... Insomma... Hai capito.

—Sì, sei stata molto carina.

—E allora anche tu potresti fare qualcosa di carino per me.

—Che vuoi? —Emanuele iniziava a innervosirsi sul serio.

*Ma che cazzo vuole? Ti voglio bene o stronzate del genere?*

—Vorrei... —Melania rimase un attimo indecisa e poi disse:— Il canguro... quello piccolo —indicando la gabbia alla loro destra.

Oltre le vecchie sbarre di ferro, in un recinto stretto e lungo, stavano due canguri. Uno grande e uno piccolo. Appallottolati sul pavimento di cemento.

—Come?

—Se mi puoi prendere il cangurino. Lo vorrei carezzare.

—Stai scherzando?

—E dai! Ti prego. T'ho fatto appena una...

Emanuele saltò in piedi come se la panchina fosse diventata improvvisamente incandescente.

—Ma che cazzo di ragionamento è? Uno ti fa una sega e tu gli devi prendere il canguro. Se mi facevi un pompino, allora? Ti dovevo portare qui l'orso bianco? Che mi significa?

—Non diventare aggressivo! Ti avevo chiesto solo un favore —Melania mise su il broncio.

—Ma quale favore e favore! Guarda che non ti devo proprio niente, tu la sega me l'hai fatta perché me la volevi fare, hai capito? —Emanuele girava intorno alla panchina come una tigre alienata. Avrebbe voluto picchiarla ma gli veniva solo da vomitare.

Arrivò Aldo. Era in camicia, il cappotto annodato in vita gli strusciava a terra. Sembrava ancora più basso.

—Che sta succedendo? Che è 'sto casino? Volete svegliare i guardiani?  
—disse sedendosi accanto a Melania. Prese la bottiglia di whisky. Vuota. La buttò alle otarie.

—Niente... Niente... —fece Emanuele con gli occhi bassi.

—Il tuo amico è un cafone. Gli ho chiesto una cosa e ha incominciato a insultarmi —disse Melania imbronciata.

—Questa ha bevuto troppo! —Emanuele si rivolse ad Aldo con una risata forzata—. Mi ha fatto una sega, capisci? Una stronza sega e ora vuole che le vada a prendere un canguro.

—Senti, per favore, non essere volgare. Io non ti ho fatto proprio niente —disse Melania balbettando.

—Occhei. Tu stai calma —intervenne Aldo—. E tu vieni con me. — Prese sottobraccio Emanuele e si allontanarono.

—Allora, che è successo?

—Te l'ho detto. È pazza. Vuole il canguro. —Emanuele quasi non riusciva a parlare e si sentiva la faccia in fiamme.

—E che ci vuole fare con un canguro?

—Lo vuole carezzare —disse Emanuele facendo il verso a Melania.

—E tu prendiglielo —fece Aldo con una alzata di spalle.

—Non hai capito, Aldo. Vuole che le prenda il canguro cucciolo, quello che dorme nella gabbia con la mamma.

—Ho capito, ho capito. Lei lo vuole? E tu vaglielo a prendere! Ti ha appena fatto una pippa, dai! A proposito, come è andata?

—Lo hai visto. Eri lì.

Aldo non rispose.

Camminarono in silenzio in direzione degli sciacalli.

—Vabbe', secondo me lo devi fare. Che ci perdi? Scavalchi, glielo prendi un attimo e poi lo riporto indietro io. Così finisce la storia. Lei ti ha fatto la sega e tu le hai preso il canguro.

Emanuele si avviò di scatto verso la gabbia dei canguri.



—Dove stai andando? —fece Aldo.

—Vaffanculo! Mi avete rotto il cazzo. Tutti e due. Se la storia finisce dopo che ho preso il canguro, io lo prendo. Perché questa storia io non la sopporto più. Serata di merda, Aldo. Grazie.

Avrebbe fatto qualsiasi cosa a quel punto, era esausto.

*Questa seratina del cazzo dovrà pur finire!* Si disse e si aggrappò furiosamente alle sbarre della gabbia. Si tirò su facendo forza sulle braccia. Infilò un piede tra le punte del cancello arrugginito. Rimase un istante in bilico, la testa gli girava, affogata nell'alcol. La forza di gravità e le vertigini complottavano per farlo cadere. Chiuse gli occhi e si calò dall'altra parte. Atterrò con un rumore sordo. Il cuore aveva incominciato a pompargli adrenalina nelle arterie e la saliva gli si era seccata in bocca.

Si aggiustò i pantaloni, che gli erano saliti alle ginocchia.

*Che schifo porcatroia!*

Il risvolto era croccante di sangue secco e roba organica dell'animale morto.

Dall'altra parte delle sbarre Aldo lo incitava. Sembrava un orango imbottito di anfetamine.

—Muoviti!

Puzzava. Quel posto puzzava di merda, piscio e animale selvatico.

Le due bestie giacevano addormentate sul cemento.

—Muoviti!

—E non rompere il cazzo! —gli sbraitò contro Emanuele.

Quei due marsupiali avrebbero dovuto starsene sotto il cielo stellato australiano, con ventotto gradi, in un bel prato di trenta mila chilometri quadrati e invece erano a Roma, ingabbiati, a gelarsi il culo, a dormire tra i loro escrementi.

Continuavano a starsene immobili.

*Vuoi vedere che sono morti? Che sono tutti morti gli animali di questo zoo?*

Fu assalito da un orrendo dubbio.

*Lo han chiuso e se ne sono andati via. Hanno lasciato gli animali a crepare nelle loro gabbie.*

Poi vide il cucciolo agitare le zampe posteriori come fanno i cani quando sognano.

Avanzò.

La madre era enorme.

Un bestione di novanta chili. La lunga coda muscolosa sembrava una condotta dell'acqua coperta di pelo. Se la stringeva tra le minute zampette davanti, zampette da topo con gli artigli affilati. Quelle posteriori invece erano sproporzionate e incredibilmente possenti. Aveva la faccia di un Bambi. Un enorme Bambi grigio e deforme.

Era la prima volta che Emanuele vedeva dei canguri così da vicino.

Non riusciva a valutarne la pericolosità. Animali da documentario. Erano aggressivi? Avrebbero avuto paura?

Emanuele non ne aveva la minima idea.

Concluse che comunque sarebbe stato più sano e coretto non svegliare il bestione. Lentamente, coi movimenti accurati e precisi di un cinese che gioca a shangai, afferrò il piccolo immobilizzandolo con una stretta decisa. Era liscio. Pesava poco.

*Fatto!*

Si allontanò. Il piccolo canguro prese ad agitarsi, a scalciare impazzito. Emanuele lo strinse con più forza e lo guardò negli occhi. E fu lì che sbagliò.

In quelle pupille nere come petrolio e grosse come biglie vide tutta la paura del mondo. Il terrore dell'erbivoro sbranato dal carnivoro.

Restò a guardarlo imbambolato e poi lo lasciò andare.

Da un altro mondo arrivò la voce di Aldo:

—Ma che hai fatto?!? Ce l'avevi in mano e te lo sei lasciato scappare!  
—Ma quello era un mondo lontano, al di là delle sbarre, un mondo che non aveva mai tenuto in braccio un piccolo canguro, che non sa quant'è morbido e tiepido. Un mondo che non capisce un cazzo di niente.

Si avviò deciso verso le sbarre.

Si sentiva meglio. Molto meglio. Aveva scaricato Aldo, Melania e la coscienza in un colpo solo. C'era entrato, in quella fottuta gabbia. Bella prova. E ne era uscito pulito, non aveva ceduto ai capricci stronzi di una troia.

Emanuele si girò un'ultima volta verso il cangurino, che si era rintanato in un angolo buio. Alzò un braccio. Voleva fargli ciao ciao con la mano.

Ma la mano non rispose al comando e prese a tremare, proprio come il cucciolo.

Mamma canguro si era svegliata.

Se ne stava ferma al centro della gabbia. Enorme. Lo guardava con due fessure buie e impenetrabili.

—Porca puttana. —Emanuele se paralizzò. Il cuore gli batteva in petto come le ali di un piccione chiuso in gabbia.

—Che cazzo vuole? Perché mi guarda? —si rivolse ai due fuori.

—E che cazzo ne so... Scappa!

Una parola. Tra lui e le sbarre c'erano tre metri. Tra lui e il canguro due metri. Tre più due fa cinque. Un salto di cinque metri per un canguro è ordinaria amministrazione. Prese a fare strani calcoli. Come se invece che salvarsi il culo dovesse risolvere uno stronzetto problema di aritmetica.

Lì era roba da arena. Roba da cristiani e leoni.

—Occhei. Non c'è problema. Ti tiro io fuori di lì. Devi muoverti lentamente, capito? —Aldo parlava piano scandendo le parole—. Alza le mani.

Emanuele obbedì. Se in quel momento Aldo gli avesse ordinato di infilare un dito in culo al canguro per tranquillizzarlo, probabilmente lo avrebbe fatto.

La bestia rimase immobile con quell'aria da mucca stupida.

—Bravo. Ora girati e raggiungi il cancello. Ma non correre, mi raccomando!

Emanuele si girò spalle al canguro e si mise a camminare come un astronauta sulla luna. Poggiando accuratamente un piede dopo l'altro. Cauto. Proprio come gli aveva detto Aldo. Un passo. Due passi. Tre.

Il canguro gigante non si mosse. Era salvo.

Emanuele sorrise. *Ce l'ho fatta!* Si lanciò sulle sbarre e le afferrò.

Avvertì alle spalle un rumore impercettibile, una folata d'aria gelida, un nulla, l'ansimo del saltatore in lungo. Non ebbe il tempo di girarsi, di guardare, di arrampicarsi, si chiudersi a riccio, niente.

Fu schiacciato contro le sbarre con una potenza micidiale. Una cannonata tra le scapole. Sputò fuori tutta l'aria che aveva in corpo e scivolò a terra lentamente, inesorabilmente, senza più forze. Al rallentatore.

Colpito e affondato.

Emanuele, steso a terra, provava a respirare ma emetteva solo i rantoli rauchi di un delfino ferito a morte. Il grugno sul cemento. La bocca aperta.

—Alzati! Alz...

Riconobbe la voce di Melania. Distante. Gli pulsava nelle orecchie a ondate. Si girò a faccia in su. Stelle. In cielo c'erano le stelle. Era stranamente luminosa la volta celeste.

I polmoni chiusi come sacchetti di caffè sottovuoto.

La lattiginosa galassia e più giù la sfera di ozono e più giù ancora le nuvole. Emanuele vedeva tutto questo scomparire e cercava di risucchiarlo con la bocca. Di respirarlo.

—Respira, Emanuele. Respira!

Con uno spasmo doloroso Emanuele ingoiò aria e la volta celeste gli apparve di nuovo.

*Dov'è?*

La cangura gli girava intorno saltellando come un pugile. Aspettava solo che Emanuele si rialzasse dal tappeto per poterlo finire.

Emanuele si trascinò boccheggiando fino al cancello.

Afferrò le sbarre con le mani. Quel figlio di puttana lo aveva messo

all'angolo.

Per un istante sperò che apparisse un arbitro e urlasse K.O.

—Alzati! Alzati! Sennò...

*(ti ammazza!)*

— ...ti salta addosso di nuovo! —urlava Aldo allarmato.

*Stai morendo nella gabbia di un canguro*, lo informò la sua mente. *Non d'infarto, non di cancro, non a centottanta sull'autostrada. No. Tu stai per essere ammazzato da un fottuto canguro. Perché i canguri sono gli animali più cattivi del mondo e non stanno solo a Quark.*

Ma quello che aveva davanti non era più un canguro. Era un killer. Era Mike Tyson con la coda e il marsupio.

—Vi prego, fatemi uscire, aprite! —Emanuele si era rialzato, con le braccia protese oltre le sbarre stringeva le mani di Aldo.

—Fammi uscire Aldo, ora basta, voglio uscire.

Melania frignava inginocchiata a terra.

—Emanuele, devi scavalcare. Hai capito? La gabbia è chiusa! Cazzo, scavalca questo cancello di merda! —Aldo lo scuoteva cercando di levargli dalla testa quello stupido, illogico desiderio.

*Aprite, vi prego.*

Il canguro stava fermo e aspettava.

Emanuele lasciò le mani di Aldo perché sentì un'ondata di vomito salirgli in gola. Forse il canguro avrebbe accettato quel dono gastrico. Si sarebbe trangugiato il passato di verdura di mamminacara e lo avrebbe lasciato andare via.

—Dove stai andando? Devi uscire! —Aldo cercava di trattenerlo. Ma Emanuele scivolò, spalle alle sbarre, in un angolo della gabbia.

—Vai a chiamare il guardiano. Se sto buono, se rimango immobile non...

*...salterà.*

Il canguro saltò. Sollevandosi sulla coda partì con le zampe in avanti,

pronto a scalciare.

—MIODDIO!

La mano di Emanuele andò dritta alla pistola che aveva nella tasca della giacca. La pistola del gioielliere. E in quel gesto non c'era consapevolezza ma solo l'istinto, la paura della morte scritta nel DNA. Perché Emanuele stava per morire e quello stronzo canguro stava per ucciderlo e niente aveva più senso se non la pallottola sparata senza prendere la mira che andava dritta al cervello, che apriva la testa in due a un marsupiale che non c'entrava un cazzo con la vita di Emanuele.

E poi non ci fu più nulla a cui sparare.

La cangura gli crollò pesantemente ai piedi.

Emanuele rimase aggrappato alle sbarre viscide di sangue mentre quel corpo continuava a fremere cacciando fuori gli ultimi residui di vita.

Il piccolo, che fino a quel momento era rimasto accucciato, saltellò fino al cadavere della madre. Gli girò intorno, lo annusò, gli strofinò il muso addosso. E poi cercò di infilarsi nel marsupio, l'unica tana sicura che conosceva.

Emanuele chiuse gli occhi e aprì la bocca.

Correvano sull'Olimpica.

—Ce l'abbiamo fatta! Cazzo, l'hai fatto fuori! Sei un dannato killer! A un certo punto ti ho visto spacciato ma tu PUMM!, l'hai stecchito a quello stronzo! —Aldo urlava con la bava agli angoli della bocca—. Fammi una pista, Emanuele', sto a mille.

Emanuele invece stava sotto un treno.

Quando erano usciti dallo zoo Melania si era vomitata anche l'ostia della prima comunione ed era collassata sul sedile di dietro. Forse perché era ubriaca, forse perché si era impressionata, forse per entrambe le cose. Ora respirava a bocca aperta, con l'alito che le puzzava di whisky e vomito.

—Pensa quando lo porto a Villa Glori! Tutti quegli stronzi coi pitt-

bull e gli alani. E io col canguro! Pensa quanto acchiappo! Me lo porto al guinzaglio e tutti che mi fanno: "Che razza è?" Dio che ficata! —Aldo si agitava sul sedile come se gli bruciassero le emorroidi.

Emanuele aveva messo un mucchietto di cocaina su un CD e gli preparava una striscia.

Si sentiva svuotato, senza forze, rivoltato come un calzino. Una marionetta incapace di opporsi agli eventi di quella seratina.

Continuava a tornargli in mente l'immagine del cangurino che cercava di infilarsi nel marsupio della madre morta.

*Un feto vivo e vegeto nell'utero di un cadavere.*

—Dove andiamo? —chiese passando il CD ad Aldo—. Pensa quando lo vede il chirurgo! Dici che gli piace al chirurgo? Secondo me sì. Quasi domani glielo porto in ospedale.

Il cangurino aveva fatto il pazzo quando lo avevano infilato nel bagagliaio ma Aldo voleva portarselo a casa a tutti i costi, gli piaceva da morire. Lo avevano sentito scaldare, sbattere contro le lamiere e allora Aldo aveva alzato la musica.

Ora non si sentiva più. Coperto dalla voce di Pino Daniele e da quella di Aldo.

Le nuvole illuminate dalle luci della città sembravano spugne gonfie d'acqua sporca.

Emanuele guardò l'orologio.

Le tre e un quarto.

*Fra tre ore devo partire.*

—Dove stiamo andando? —ripeté senza speranza.

—Accompagniamo Melania a casa. GUARDA I TRAVESTITI!!!

Aldo sembrava una pallina impazzita che rimbalza da una parte all'altra del flipper lampeggiando, prendendo bonus e facendo una marea di punti.

Emanuele lo guardò e capì.

Nell'insieme Aldo era una persona accettabile, ma se lo si scomponeva

ogni suo gesto, pensiero, azione erano detestabili, volgari e malsani.

Lo vide per quello che era, la sintesi di tante parti orrende, una persona sommamente orrenda.

Ma Aldo andava avanti lo stesso. Se non aveva i soldi li rubava al padre se non aveva una donna si scopava l'infermiera della nonna se non aveva un cane si prendeva un canguro se non aveva nessuno con cui uscire chiamava Emanuele e se non andava ai matrimoni gli sposi tiravano un sospiro di sollievo.

*E chi ti ammazza a te?*

Rallentarono per colpa delle puttane. Una fila di macchine che non finiva più.

—Cazzo! E sbrigatevi! Porci schifosi che non siete altro! —Aldo si accaniva sul clacson come fosse il joystick di *Mortal Kombat*—. Andate a scoparvi vostra madre! —latrò fuori dal finestrino sganasciandosi dalle risate.

Negri brasiliani portoricani in guêpière si ammazzavano di freddo sorridendo e mostrando la merce. Un mulatto con la parrucca rossa e gli stivali di vernice mangiava un panino con la porchetta vicino al fuoco.

Emanuele osservava senza interesse quel circo scivolare al di là del finestrino.

Aldo guidava e parlava e gesticolava e masticava furiosamente una gomma. —Ho letto che la categoria più a rischio di contagio sono le massaie di provincia perché quegli schifosoni dei mariti si fottono i travestiti senza preservativo poi tornano a casa e si fottono pure le mogli. È bestiale, muoiono come mosche le massaie di provincia. Lo sapevi? Se vai in un ospedale di Frosinone è pieno di casalinghe con l'aidiesse. Incredibile. Lo sapevi questa storia qui delle massaie?

—No, non la sapevo —rispose Emanuele senza forza.

—E mo' mi avete rotto il cazzo! —Aldo sterzò bruscamente e si infilò nella corsia di sinistra, contromano. Evitò una Volvo station-wagon per



miracolo. Scalò facendo urlare il motore e superò con un balzo la colonna di macchine. Rientrò nella sua corsia a centosessanta, la strada era libera, i lampioni gialli sfrecciavano lasciando una scia luminosa.

Anche al padre di Emanuele piaceva correre. Almeno fino a quando non aveva avuto l'incidente. Era rimasto due giorni in coma. Emanuele e sua madre non erano andati a trovarlo. Si era chiesto a lungo il perché, poi aveva scoperto che in macchina con il padre c'era anche la sua amante. Era morta nell'incidente. Tutto questo accadeva un anno prima che il padre se ne andasse in Belgio.

—GUARDA QUELLO!!! —Aldo urlò e inchiodò facendo sbandare il culo della BMW.

Emanuele fu proiettato in avanti e andò a sbattere contro il parabrezza. Melania si svegliò di soprassalto.

—Che succede?

—Dormi, dormi, non ti preoccupare —fece Aldo. Melania si abbatté di nuovo.

—Che cazzo freni?!? Sei deficiente? —fece Emanuele stizzito.

—NON L'HAI VISTO?

—COSA?!?

—Oddio, non sai che ti sei perso! Ora te lo faccio vedere. —Aldo mise la retromarcia e accelerò straziando il motore.

—NOOO! Ti ho detto che voglio andare a casa! Te l'ho detto alle dieci e mezza e tu mi hai risposto d'accordo non t'incazzare. Ora sono le tre e mezza e sono ancora per strada con te! Aldo. Molla. Quando il gioco è finito molla, Cristo!

Aldo si accostò al ciglio della strada.

In uno spiazzo buio, oltre un cartellone pubblicitario delle cravatte Charme, un fuoco stava morendo. A terra lattine di birra ammaccate e fazzolettini di carta sporchi.

—Scusa, quanto? —Aldo si sporse dal finestrino poggiandosi sulle

gambe di Emanuele.

—Cinquanta per un bocchino e cento per il resto.

Una figura uscì dalle tenebre.

*Cos'è quella? Una donna. No. Una vecchia. No, un uomo vestito da una donna.*

Era magro, con la pancia gonfia, la barba malfatta. Gli occhiali da miope che gli facevano due occhi piccoli come spilli. Aveva una gonna larga, di panno marrone, lunga fino alle ginocchia. Ai piedi i moonboot blu. Una borsetta di vernice beige a tracolla. Per ripararsi dal freddo si era messo una cerata Fila e una sciarpa del Napoli. La parrucca bionda era sporca e spettinata, non un filo di trucco. Non un filo de tette.

—È un affare! —Aldo strattonò Emanuele.

—È che vi faccio lo sconto a voi due —rispose lei con un accento umbro.

—Come ti chiami?

—Nunzia —disse il trans in tono civettuolo.

—Nunzia, al mio amico qui piaci molto, me lo ha detto prima, mi ha detto fermati fermati guarda lì che bona. È vero Emanuele? È vero che ti piace?

—Dai, per favore, andiamo? —mormorò Emanuele guardando dritto davanti a sé.

Ma il travestito infilò la testa nella macchina.

—Allora ragazzi che si fa? Vedo che c'è anche la vostra fidanzata, vogliamo fare una bella ammucchiata? L'orgia fa settanta però.

L'alito gli puzzava di aglio e spinaci e dentifricio. Emanuele abbassò la testa e trattenne il respiro.

—Per un bacio con la lingua quanto prendi? —fece Aldo.

—Niente baci.

—Per via dell'alito?

—Che vuoi dire?

—Voglio dire che hai un alito che stenderebbe uno sciame di locuste.  
—Aldo rise sotto i baffi.

—Non mi va di scherzare a quest'ora. —Nunzia si allontanò dalla macchina raggelata.

—Come, non ti va di scherzare? Dai, torna indietro, parliamone.

Ma Nunzia continuò ad allontanarsi sculettando.

—Scusami, veramente, non ti volevo offendere, vieni qua un momento.

Il travestito si era rimesso al centro del piazzale, vicino al fuoco, cantando tra sé una canzone di Spagna e facendo finta di non sentire.

—T'ho detto scusami!

—Vaffanculo figliodipapà, vai a casa, che è tardi —disse Nunzia mostrandogli il dito medio.

—VIENI QUA, BRUTA TROIA!!! —Aldo ora urlava, le vene del collo viola, buttato addosso a Emanuele, con la testa fuori dal finestrino.

Sembrava un maiale impazzito.

—È MEGLIO CHE VIENI SUBITO, PERCHÉ SE VENGO LÀ IO TI ROMPO IL CULO!

Proprio come al liceo, quando giocavano a rugby. Uguale. Si gettava nella mischia urlando come un invasato, a fare male, a spezzare le ossa.

—Lascialo perdere, andiamo —disse Emanuele, schiacciato contro il sedile—. Non t'incazzare.

—Aspetta un attimo... —Aldo scese dalla macchina—. Ma come si permette quel pigliainculo a chiamarmi figlio di papà... —Camminava velocemente verso Nunzia urlando e ficcandosi la coca nel naso direttamente con le dita.

La raggiunse.

—A chi hai detto figlio di papà? Stronzo!

Le stava addosso.

Tutto attorno era buio e loro erano illuminati dal cono di luce spettrale del lampione. Due attori su un palcoscenico. Emanuele era il pubblico,

chiuso dentro la macchina.

*Non ci posso credere, sono le quattro di notte e questo imbecille si mette a rompere le palle ai travestiti. Allora non ha capito un cazzo? Non si rende conto che io devo assolutamente tornare a casa, che mi sento malissimo...*

Si girò e prese a scuotere Melania.

—Svegliati! Svegliati! Devi andare a prendere Aldo, devi dirgli di smetterla. Dobbiamo tornare a casa! Subito!

Melania si rigirò e farfugliò nel sonno: —Io gliel'ho detto di citofonare a Nappi...

—Oddio, oddio... —Emanuele si piegò su se stesso e spalancò la bocca. Gli mancava il respiro, sudava freddo, puzzava, sentiva il cuore strizzato in una tagliola per volpi.

Quei due, di fuori, continuavano la loro pantomima. Emanuele iniziò a cercare cose in macchina. Nel panico. Le chiavi, le sigarette, l'accendino... non sapeva neanche lui che cosa.

Il cellulare.

*Chiamo Lalla. Sì, la chiamo e le dico di venirmi a prendere. Zeroseiottozeroiseicinqueduenove.*

Compose il numero.

*Dove siamo? Che le dico?*

E poi guardò fuori dal finestrino.

Lasciò cadere il telefonino.

Aldo era a gambe divaricate, con le braccia tese.

Puntava la pistola alla testa di Nunzia. Tutto attorno continuava a essere buio e silenzio, ma Emanuele sentiva un tam-tam martellargli nelle orecchie.

Il cuore! Andava veloce come un treno.

*Ma è impazzito?!?*

Emanuele scese di corsa dalla macchina.

Nunzia era immobile come una statua idiota. Con quegli occhi piccoli

da cavia miope e la parrucca storta.

—E allora? RISPONDI!!! —gli intimava Aldo.

Emanuele non riuscì a dire.

*Metti via quella pistola immediatamente!*

Nulla. La sua attenzione era stata completamente catturata dagli aloni di sudore sotto le ascelle di Aldo. Avrebbe voluto parlare, intervenire e invece continuava a guardare quelle due stronze macchie scure sulla camicia di Aldo.

—Mi pare Il Cairo —disse Nunzia con un filo di voce.

—Occhei occhei, andiamo avanti —Aldo si muoveva nervosamente sulle gambe mantenendo la pistola ben piantata in fronte al travestito.

*Emanuele, svegliati porcoddio.*

Afferrò un braccio di Aldo, che perse l'equilibrio.

—Ehi! Vacci piano, per poco non mi facevi premere il grilletto.

—Vacci piano tu, stronzo! Qui non siamo in un film western, siamo sulla Flaminia.

Aldo riprese la sua posizione a gambe divaricate e premette con maggior forza la canna della pistola sulla testa di Nunzia, che ora aveva incominciato a piangere silenziosamente.

—È vero, non siamo in un film di cow-boy ma neanche sulla Flaminia. Qui siamo a... LASCIA O RADDOPPIA! Fammi da valletta invece di dire cazzate —e si mise a ridere nervosamente.

*Prova con le buone maniere.*

—Aldo, ascoltami, è pericoloso, potrebbe passare qualcuno...

—Allora, vediamo un po'. Continuiamo con la geografia. Qual è la capitale, la capitale dell'... dell'Irlanda?

*Niente da fare.*

Nunzia incominciò a singhiozzare e a scuotere la testa disperata:

—Nooo, ti prego, lasciami andare. Che ti ho fatto di male?

—Hai dieci secondi e poi ti faccio fuori. Tic tac, tic tac, tic tac...

Emanuele ebbe la certezza assoluta che tra otto secondi, sette, sei... Aldo avrebbe piantato una pallottola nel cranio di quel poveraccio.

Doveva fare qualcosa.

Ma cosa?

—Scusa, che cazzo di domanda è? Quale Irlanda? Irlanda del nord o Irlanda del sud? Devi essere preciso, Aldo, se no non vale.

A due secondi dal gong Aldo interruppe il conto alla rovescia e rimase un istante perplesso, ma poi disse:

—Il notaio ha ragione. Questa domanda non vale.

Nunzia, che fino a quel momento aveva trattenuto il fiato come una carpa, riprese a respirare a bocca aperta.

—Ti sei divertito abbastanza? Ce ne possiamo andare? —fece Emanuele con il tono di un padre che si è stancato di girare sulla giostra con il figlio piccolo.

Aldo invece si cacciò altra coca nel naso e scrollò la testa come un cane zuppo. Continuava a tenere la canna della pistola premuta contro la fronte di Nunzia, su cui si era formato un piccolo cerchio bianco.

—Allora dimmi... —si rivolse al travestito col muso spolverato di bianco. Parlava mostrando le gengive, un lupo che ringhia—. Lo sai qual è la capitale degli Stati Uniti?

Nunzia tremava. E guardava fisso davanti a sé il pomo d'adamio di Aldo salire e scendere. Si spremeva il cervello per cercare di ricordare quel poco di geografia che sapeva (ah!, se quel giorno che la maestra aveva spiegato l'America non avesse fatto sega con le amiche...).

—New York —decise infine—. La capitale dell'America è New York.

Aldo si mise a saltare e a ridere sguaiato.

—Io lo sapevo! Lo sapevo che non lo sapevi! Sei una bestia di ignorante! Emanuele si teneva la testa tra le mani.

*Nooo, non è possibile... Siamo nella merda. Ora le spara.*

Lo avrebbe fatto.

Si rese conto che ad Aldo era andato in corto il cervello. Qualcosa là

dentro si era inceppato, qualcosa non funzionava più.

Aldo stava fuori come un balcone, questo fatto ora gli era assolutamente chiaro, aveva riletto tutta la storia ed era giunto alla conclusione che Aldo era da sempre nient'altro che uno psicopatico.

—Risposta errata, ti devo fare secco —disse tranquillo Aldo.

Nunzia piangeva e tremava e guardava il suo boia e cantilenava una preghiera.

—Santa Madre Vergine dell'Immacolata Concezio...

Aldo prese la mira. Nunzia chiuse gli occhi.

—ASPETTA! —urlò Emanuele—. Aspetta un momento!

—Cosa?

—Devi dargli almeno tre possibilità.

—Uff, che palle, il notaio dice che devo darti tre possibilità —si rivolse paziente a Nunzia che ormai aveva smesso di credere nella vita e cercava di prendere contatto con l'aldilà.

—E allora? Questa capitale degli Stati Uniti? —Poi Aldo sentì un bisbiglio alle sue spalle. Si girò di scatto e beccò Emanuele che faceva ampi gesti con le braccia per richiamare l'attenzione della puttana.

—Eh no! Non puoi suggerire! Che cazzo di notaio sei se suggerisci?

—Aldo, ragiona, questa non sa un cazzo di niente, perché spararle? Lasciala vivere nella sua ignoranza...

—Dieci secondi da ora —disse Aldo seccamente.

—Nove, otto...

—Mi pare... Los Ángeles —rispose una vocina lontana lontana.

Aldo allungò il collo e portò una mano all'orecchio. Si guardava intorno come se non avesse capito da dove veniva quel sussurro. —Mi pare di aver sentito Los Ángeles —rivolgendosi a Emanuele—. È possibile? È possibile che qualcuno sia così ignorante da dire Los Ángeles?

—Falla finita, Aldo. Ha ancora la terza risposta.

Aldo annuì comprensivo, lui non gioca sporco, lui rispetta le regole.

Nunzia cercò Emanuele con gli occhi.

—Ho sbagliato? Non è Los Angeles?

Emanuele non rispose. Aldo nemmeno. Entrambi la guardavano come un maestro guarda lo studente ciuccio.

Emanuele si mise a camminare velocemente attorno a Nunzia e ad Aldo che le puntava una pistola carica alla testa, attorno a quell'animale mitologico. Metà vittima metà carnefice,

Non sparerà. Mi sta prendendo per il culo. Sta facendo tutto questo per farmi cagare sotto. Per raccontarlo domani agli altri.

Poi fu un attimo.

—Dallas...

—Sbagliato!

Aldo gli sparò in un piede.

Nunzia crollò a terra guaendo.

Polpa, gommapiuma e sangue. Era quella la roba che usciva fuori dal moonboot blu. Al centro del doposci si era formato un gigantesco occhio cieco iniettato di sangue, una bocca che vomitava carne macinata. Dopo lo scoppio calò sulla scena un silenzio mortifero.

Aldo ed Emanuele guardavano Nunzia che si rotolava a terra in preda a un dolore immenso e ascoltavano il rantolo cacofonico che usciva dai suoi denti stretti.

Aldo disse soltanto:

—Andiamo?

—Andiamo?!? Ma guarda che cazzo hai fatto! Tu sei malato, Aldo, sei molto malato.

Aldo si avviò alla macchina.

Emanuele non lo seguì. Si piegò su Nunzia.

—Ti prego, aiutami! Sto morendo dissanguata! Non mi lasciare, ti prego, non te ne andare... —implorava il travestito. Poi afferrò tremando le mani di Emanuele e lo guardò con quei suoi occhi piccoli—. Non te ne andare...



—Occhei, sono qui, non ti preoccupare. Non me ne vado, ti aiuto io  
—Emanuele provava a calmarsi, a calmarla, ma quella niente. Quella gli si aggrappava al collo come un bagnante che affoga—. Ti prego, non farmi morire.

—Ti ho detto che ti aiuto, non ti preoccupare. —Emanuele cercava di divincolarsi—. Basta per favore, non me ne vado.

Ma Nunzia teneva stretta la presa, lo afferrava per la camicia, per la testa, lo tratteneva.

—Non lasciarmi morire in mezzo a una strada...

—Basta! Smettila! —Emanuele con uno strattone si liberò dai tentacoli—. Ti ho detto che ti aiuto.

Aldo aveva fatto manovra nella piazzola e ora diede due colpi di clacson per chiamarlo. Abbassò il finestrino e disse:

—Che fai, vieni o resti lì?

Il travestito ammutolì. Lasciò le mani di Emanuele ma continuò a trattenerlo con uno sguardo da bastardo bastonato, e poi domandò:

—Mi lasci?

—Vado a chiamare l'ambulanza. Stai tranquilla.

Negli occhi bagnati di Nunzia lampeggiò un'espressione di gratitudine. Un accenno di sorriso che Emanuele ricambiò.

—Grazie.

Emanuele annuì, si sfilò la cinta dai pantaloni e la strinse attorno al polpaccio di Nunzia.

—Tienila stretta.

Poi salì in macchina.

Partirono.

L'orologio sul cruscotto segnava le cinque. Il cielo cominciava a schiarirsi nel blu cobalto di un'alba invernale. La strada era deserta. Le puttane erano andate a casa. I fuochi sul ciglio della strada erano solo fumo, non una

macchina, solo i camion della spazzatura con i loro barriti da elefante e la scia di puzza che si portavano appresso.

Aldo ed Emanuele non parlavano.

Imboccarono l'Olimpica.

Emanuele guardava i campi di rugby del Coni avvolti da una nebbia bassa. Ci avevano passato un sacco di tempo lì, lui e Aldo.

Improvvisamente provò una nostalgia struggente per i tempi del liceo. Tempi tranquilli. Non sarebbe stato male tornare indietro di... di sette anni. Sette anni! Già erano passati sette anni della maturità. Sembravano due, tre al massimo.

*Non è cambiato un cazzo da allora.*

Stava sempre con la stessa fidanzata, continuava a vedere Aldo, continuava a vivere con mamma, continuava a far finta di studiare, continuava.

Un groppo grande come un polipo gli si avvinghiò alla gola.

*Quando cambia?*

Aldo improvvisamente decelerò e accostò a destra. Emanuele lo vide scendere coi suoi movimenti bruschi. Lo vide fare il giro della macchina, aprire il portabagagli e far scendere il canguro dandogli pacchette su sedere.

Lo vide rientrare in macchina velocemente e ripartire.

—Mi avrebbe cagato sulla moquette nuova —disse Aldo accendendosi una sigaretta.

—Sì... —rispose Emanuele.

Uscirono dall'Olimpica e imboccarono corso Francia.

—Salve! —Melania si era svegliata—. Che ho fatto? Ho dormito? Oddio che nottata ragazzi, mi sono presa una sbronza... Dove stiamo andando di bello?

Aveva la voce impastata di sono ma allegra.

—Vi prego! Ci fermiamo? Ho una fame... Ho voglia di cornetti al cioccolato. —Si sporse in avanti cercando di osservarsi nello specchietto

retrovisore—. Guarda i capelli e il trucco! Sembro una strega. Allora? Ci fermiamo a un bar?

Ma ormai erano in via Archimede. A casa.

Aldo si fermò davanti al portone di Emanuele e chiese:

—Che fai? Mi chiami quando torni dal matrimonio?

Emanuele fece segno di sì con la testa. Aprì lo sportello.

—E a me non mi saluti? —fece Melania allungandosi verso di lui. Lo baciò sulla bocca.

—Vuoi il mio numero? —domandò ancora lei.

—Sì vabbe', me lo faccio dare da Aldo, ora non ho...

Uscì dalla macchina.

Il cielo si era aperto. Era diventata una bella giornata. Fredda e chiara.

La BMW ripartì.

Emanuele guardò l'orologio. Cinque e venti.

Giusto il tempo di farsi la doccia, la barba, cambiarsi le scarpe e partire.

Il canguro rimase per un po' fermo nella piazzola dove lo avevano lasciato. A un tratto scrollò la testa e saltellò fino al guardrail. Stava per saltarlo quando si fermò, attirato dal verde dei campi di rugby sull'altro lato dell'Olimpica. Cominciò ad attraversare lentamente la strada.

Una Ford Fiesta gli sfrecciò accanto e non lo prese per un pelo, ma la Citroën che la seguiva inchiodò, sbandò e gli passò sopra la lunga coda. Il canguro fece stentatamente altri tre metri trascinandosi l'appendice spezzato, poi fu preso in pieno da un furgone del latte.

*Per varios usus artem experientia fecit.*

**Marcus Manilius**

Erika Ripadansora  
MXXII